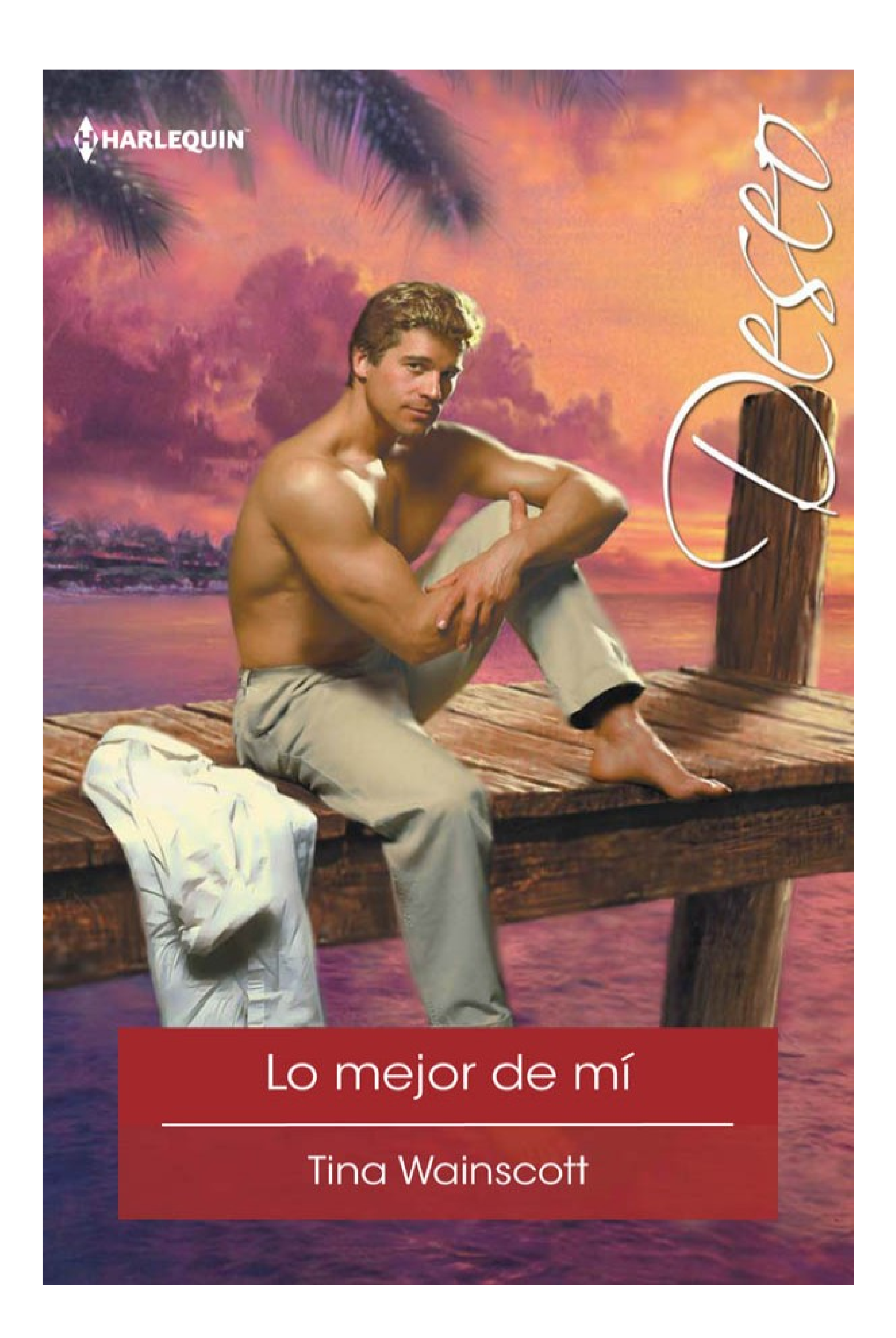

HARLEQUIN
Deseo
Lo mejor de mí
Tina Wainscott

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Lo mejor de mí, n.º 1197 - febrero 2016
Título original: The Best of Me
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N: 978-84-687-8052-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Lucy Donovan bajó del taxi y permaneció unos instantes debajo del arco de entrada del zoo marino, junto a un cartel deslucido que decía: *Parque marino de Sony; conozca a Randy, el delfín*. Cargó su equipaje y soltó un prolongado suspiro al pensar que Sony ya no estaría allí para atender a los clientes. Su padre había muerto recientemente y, aunque hacía doce años que no tenía noticias de él, le había dejado en herencia todas sus posesiones: eso incluía el zoo marino que estaba situado al borde del océano y un apartamento en Nassau, Bahamas. Aunque apenas se habían conocido, Lucy sentía la pérdida de un ser querido y dejó correr las lágrimas que afloraban a sus ojos.

En opinión de su madre, Sony había sido un hombre perezoso y caótico, un vago que no servía para nada. Pero Lucy siempre había pensado en él como si se tratara de un espíritu libre, un explorador, incluso un pirata. A pesar de que la vida de Lucy discurría de acuerdo con los valores que le había inculcado su madre, parte de su alma pertenecía a ese desconocido aventurero que había sido su padre.

Se secó los ojos con un pañuelo y apresuró el paso. El mostrador donde se vendían las entradas estaba lleno de objetos marinos, que se vendían como recuerdo: caracolas, erizos, estrellas de mar... Un hombre moreno se acercó al verla llegar y la saludó con una inclinación de cabeza. Ella se presentó.

–Hola, soy Lucy Donovan, la hija de Sony. Me gustaría hablar con Bailey.

–Encantado de conocerla, señorita Lucy. Yo soy Bill. Bailey está en la oficina, allí, delante de los acuarios.

–Gracias, Bill. ¿Puedo dejarte al cargo de mi equipaje?

–Sí, señorita, ¡cómo no!

–Gracias.

Lucy avanzó unos pasos y observó los acuarios que contenían diversas especies de animales marinos y cuya superficie brillaba

bajo el sol tropical. Había grupos de visitantes aquí y allá, todos vestidos de forma informal, lo cual la hizo caer en la cuenta de que su elegante traje de lino desentonaba con el ambiente. Se dirigió a la oficina y allí encontró a un hombre de color de constitución delgada, que estaba colgado del teléfono. Debía de ser Bailey y, al parecer, buscaba una carta entre el montón de papeles que cubría la mesa con desorden.

–Sí, tengo la carta –dijo, una vez hallada–, pero debe de ser una equivocación… Sí, veo la firma… entonces, ¿ni siquiera puedo matarlo de un tiro? De acuerdo, de acuerdo, no lo mataré, lo prometo. Adiós.

Ella se adelantó un paso, alargando la mano para estrechar la que él le ofrecía.

–Soy Lucy Donovan, la hija…

–Es usted la hija de Sony, no cabe duda, los mismos ojos y el mismo cabello de color castaño oscuro. Llega justo a tiempo, tenemos un problema tremendo. Ese hombre que está ahí afuera quiere robarnos el delfín. Maldito sea. Llegó esta mañana y dijo que pensaba llevarse a Randy. Sin ese animal, este zoo será una ruina, la gente dejará de venir y no habrá ingresos, y si no hay ingresos, no hay trabajo; y si no hay trabajo, no hay comida. Y yo tengo que alimentar a mi familia –dijo atropelladamente antes de aspirar una profunda bocanada de aire–. Señorita Lucy, tiene usted que echar de aquí a ese maldito hombre.

Lucy había pensado aclarar las cuentas del zoo para decidir qué hacer con él, también venía dispuesta a indagar un poco en la vida de su padre, aun a riesgo de ver cómo se desplomaban sus fantasías infantiles, pero no estaba en absoluto preparada para echar a nadie de ninguna parte.

–¿Es un ladrón? –preguntó.

–Un delincuente, quiere llevarse nuestra máxima atracción. Venga, se lo mostraré.

–Espere un momento –intentó detenerlo ella–, ¿cómo es posible que alguien pretenda robar un delfín con testigos y a plena luz del día? –preguntó mientras lo seguía por el zoo.

Se acercaron a una piscina rodeada de gente.

–¡Eh, nosotros hemos pagado para ver las cabriolas del delfín! –se oyó una voz entre la multitud, que resumía el malestar general–.

Ese hombre no nos permite acercarnos. ¿Qué pasa?

–¡Queremos que nos devuelvan nuestro dinero! –exclamó otra voz acalorada.

Bailey batió las palmas reclamando la atención del gentío.

–Estamos trabajando para resolver el problema, vayan a ver el acuario de las langostas y cuando vuelvan podrán admirar la inteligencia del delfín.

La gente se apartó un poco, pero no quiso marcharse al darse cuenta de que un espectáculo de otro tipo iba a tener lugar inmediatamente delante de sus ojos. Lucy se aclaró la garganta, llena de furia al comprobar que realmente había un problema. Se arremangó y saltó la pequeña valla que protegía la piscina, para enfrentarse con el ladrón. El hombre que estaba dentro de la piscina junto al delfín no le prestó la menor atención y mantuvo en todo momento la vista fija sobre el animal. Tendría unos treinta y tantos años, y su húmedo cabello rubio y rizado emitía destellos dorados bajo la luz del sol. Su torso desnudo era musculoso y estaba muy bronceado. La determinación que reflejaba su barbilla firme y cuadrada la dejó impresionada, al tiempo que su cuerpo sentía una oleada de interés. Ese hombre emanaba autoridad varonil y no iba a ser fácil batallar con él.

–Oiga –dijo Lucy intentando reclamar su atención desde el césped que rodeaba la piscina. El hombre sacó un pez de una cesta y el delfín se acercó sacando la cabeza del agua con la boca abierta mostrando dos filas de dientes diminutos perfectamente ordenadas. Ella temió por la integridad física del hombre, pero el delfín cazó en el aire el pez que él le lanzó, antes de sumergirse de nuevo con un alegre chapoteo. La multitud aplaudió, pero el hombre se mantuvo impasible–. Perdone –insistió Lucy–, me gustaría que saliera de la piscina un momento para discutir este tema.

Él la miró con insolencia posando sobre ella unos ojos tan verdes como el océano y Lucy sintió que se le encogía el corazón; pero antes de que pudiera reaccionar, el hombre se giró de nuevo hacia el delfín. Ella se tambaleó ligeramente sobre sus sandalias de tacón alto, pero se recobró de inmediato y se acercó con paso decidido al hombre: nadie le negaba el saludo a Lucy Donovan, se dijo. Los años que había pasado como directora de su propia agencia de publicidad le habían enseñado a mostrar su fortaleza y autoridad en

caso necesario. Se plantó en jarras en el borde de la piscina.

–Salga ahora mismo –ordenó con tono firme.

–Señora, si no tiene usted cuidado, puede caerse a la piscina, algunas losas del borde están un poco sueltas.

–Se equivoca si piensa que puede atemorizarme –dijo Lucy, consciente de que la multitud seguía el desarrollo de los acontecimientos con atención–. Quiero que me explique quién es usted y qué hace aquí. Esto es una propiedad privada.

El delfín volvió a saltar en el aire para capturar otro pez, la multitud aplaudió de nuevo y Lucy sintió crecer la ira.

–Quiero una respuesta inmediata o llamaré a la policía –aulló.

–Ya le he explicado todo el asunto a ese hombre –dijo él señalando a Bailey con un ademán, pero sin separar la vista del delfín.

–Puesto que soy la propietaria, creo que es a mí a quien debería explicárselo –repuso ella con aplomo, cruzándose de brazos.

–¿Es usted la propietaria? –preguntó él con una mueca de disgusto.

–Sí –afirmó ella–. Y quiero saber qué está haciendo con mi pez.

Él nadó hacia el borde y de un solo impulso saltó fuera de la piscina. Se encaró con ella, el agua chorreando por todo su cuerpo, el vello húmedo de su pecho brillaba al sol y el centro de su virilidad destacando debajo de un bañador minúsculo. Llevaba un diente de tiburón atado al cuello con una tira de cuero. Lucy apartó los pensamientos libidinosos que habían acudido a su mente y lo miró, sin dejarse intimidar por su altura o por la profundidad de su mirada. Sin embargo, no pudo evitar sentir una oleada de calor que la inflamó y recorrió todo su cuerpo.

–Para empezar, esto no es un pez –aclaró él con suficiencia–. Es un mamífero como usted y como yo, aunque mucho más comprensivo y amable que los seres humanos. Este delfín lleva seis años viviendo en esta piscina llena de cloro que ha blanqueado el color original de su piel y lo obliga a mantener los ojos entrecerrados. Debe volver al mar abierto. Es una criatura muy sociable que se ha visto obligada a sobrevivir en la soledad de su cautiverio, mientras un entrenador lo obligaba a hacer números de circo para entretener a los visitantes, a cambio de un premio que consistía exclusivamente en pescado congelado.

»Ustedes le han robado su libertad, sus relaciones sociales, la excitación de la pesca, el placer de bucear y saltar en un océano infinito..., en definitiva, ustedes le han robado el alma. Si sigue aquí, no tardará en morir. Por eso he venido yo, para salvarlo. Me llamo Chris Maddox, soy el fundador de la Asociación de Delfines Libres y cuento con el permiso del gobierno de Bahamas para reentrenar a este delfín y devolverlo a su habitat natural. Y no pienso marcharme sin él –concluyó acariciando levemente el diente de tiburón–. ¿Lo entiende?

Lucy había estado pendiente de cada una de sus palabras y su ira se había convertido en culpa. Dio un paso, inquieta, y una de las baldosas se movió haciéndole perder el equilibrio. Movió los brazos para intentar recobrarse, pero cuando estaba a punto de caer sobre el agua donde nadaba ese pez enorme, gritó asustada y trató de agarrarse a Chris. Él intentó sujetarla, pero ya era demasiado tarde y ambos se zambulleron juntos en la piscina. Lucy volvió a la superficie jadeando y nadó con furia hacia el borde. El delfín pensó que se trataba de un juego y la siguió.

–¡Aléjelo de mí! –gritó presa del pánico, antes de darse cuenta de que él se estaba riendo a carcajadas mientras el público lo imitaba. Su miedo se tornó en furia y el delfín sacó la cabeza para mirarla con lo que parecía ser una expresión divertida–. No tiene ninguna gracia –dijo–. Por favor, aparte a ese pez de mí –rogó.

–No es un pez, es un delfín –la corrigó Chris de nuevo con una sonrisa.

–De acuerdo, pero manténgalo alejado de mí mientras salgo de la piscina, por favor.

Él saltó fuera de la piscina y ella lo intentó, pero sus pantalones de lino pesaban como el plomo.

–¿La ayudo? –preguntó él.

–No –contestó ella secamente. Se deshizo de sus elegantes sandalias de tacón alto y las arrojó sobre el césped. Si al menos pudiera mantener la dignidad...

–¿De verdad no quiere que la ayude? –insistió él.

–No, puedo hacerlo sola, es que los pantalones me pe... –antes de que tuviera oportunidad de terminar la frase, él la izó y la depositó de pie sobre el suelo, demostrando la maestría de un deportista consumado.

–No sé si darle las gracias o reprocharle que se haya atrevido a tocarme –dijo ella irritada y arrebolada al mismo tiempo.

–A mí también me ha gustado –se burló él con una sonrisa diabólica.

Ella puso los ojos en blanco ante el íntimo comentario y luego dirigió la vista hacia la multitud: se había convertido en el centro de una atracción turística.

–Por favor, dispersa a la gente –le pidió a Bailey.

–Ahora mismo –contestó él–. Pero eche a ese hombre de aquí, recuerde que nos ganamos el pan con ese pez.

Ella hizo caso omiso del comentario y se volvió hacia Chris, que la miraba con una expresión indulgente.

–¿Por qué no entramos en la oficina y hablamos de este tema civilizadamente? –propuso.

–No sé si te has dado cuenta ya –dijo él atreviéndose a tutearla–, pero yo no soy una persona civilizada y no hay nada que podamos negociar. Ya le he entregado a tu empleado la carta que dice que este delfín me pertenece. Creo que eso es suficiente –dijo antes de deslizarse de nuevo en la piscina y nadar hasta la cesta de pescado. Ella rodeó con cuidado la piscina y se acercó a él con genuino interés, demostrando que tenía sentimientos.

–Todo eso que me has contado sobre el cloro y...

–Este delfín está recibiendo un trato cruel e inhumano. Liberty, o Randy, como vosotros lo llamáis, no ha nacido para entretener a los turistas. ¿Cómo te sentirías tú si tuvieras que vivir en un cuarto pequeño y pestilente, alimentándote de comida congelada, y dando volteretas para diversión de los clientes? ¿Qué sentirías si estuvieras entre cuatro paredes, sin poder disfrutar jamás de la lejanía del horizonte?

Liberty meneaba la cabeza como si quisiera corroborar las palabras de Chris, a la espera de que este le lanzara otro pez. Lucy sintió una punzada en el corazón al descubrir las magulladuras que tenía el delfín en el morro y, de repente, se dio cuenta de que Chris debía de suponer que era ella la que había dirigido el zoo marino desde su creación.

–Yo no he dado ningún trato inhumano a ese delfín –aclaró–. Acabo de heredar el zoo, era de mi padre, Sony Boland –explicó ante su mirada interrogativa–. Ni siquiera estaba informada de que

lo tenía, habíamos perdido el contacto hace muchos años –¿por qué estaba dando tantas explicaciones a un desconocido?–. Acabo de llegar hoy mismo y Bailey me ha dicho que alguien intentaba robar este pez –Chris puso los ojos en blanco–. De acuerdo, de acuerdo, no es un pez, es un delfín.

Pero Chris parecía haberse sumergido de nuevo en su mundo acuático, habiéndola olvidado por completo. Si le quedara el menor asomo de dignidad, se alejaría de allí inmediatamente para atender sus asuntos, pero la curiosidad de Lucy era más fuerte que su sentido del decoro.

–¿Por qué le llamas Liberty? –preguntó.

–No me gusta que los animales lleven nombres de personas, por eso lo he rebautizado.

–¿Qué piensas hacer con él? –interrogó ella de nuevo, tras unos minutos de extraño silencio. Deseaba ponerse ropa seca, pero no podía marcharse sin dejar bien claro que ella no torturaba a los animales, fueran de la raza que fueran.

–Tengo que desentrenarlo y enseñarle de nuevo a capturar peces vivos y a usar su sonar –contestó él sin mirarla.

–¿Su sonar?

–Los delfines emiten sonidos cuyos ecos les indican qué hay en los alrededores y dónde pueden buscar su presa. Después de pasar seis años en esta piscina, Liberty ha dejado de usarlo porque las señales rebotaban constantemente contra las paredes, volviéndolo loco.

–¿Puedo hacer algo para ayudar?

–No, lo mejor es que te vayas y nos dejes a solas, a mí y a mi delfín. No necesitamos nada.

Ni siquiera le había dado las gracias por el ofrecimiento, ni siquiera le había dedicado una sonrisa de despedida, en realidad, ni siquiera se había vuelto para mirarla.

–¿Vives de esto? ¿Te paga la Asociación de Delfines Libres?

–Yo soy la Asociación de Delfines Libres. Viajo de una prisión acuática a otra liberando a los defines maltratados.

–¿Prisión acuática? ¿Me estás diciendo que este zoo es una prisión acuática?

–Para Liberty, sí. No sé cómo tratáis al resto de los animales.

Ella miró a su alrededor: el parque estaba anticuado, pero

limpio.

–¿Piensas que mi padre era una persona cruel o simplemente inconsciente?

–Solo lo vi una vez, cuando vine a comprobar el estado de Liberty, antes de tramitar los papeles –dijo dirigiéndole una inesperada mirada que la hizo temblar de arriba abajo–. No lo sé. Solo sé que compraba comida de mala calidad y que jamás pensó en implantar un sistema que permitiera renovar la piscina con agua de mar fresca, así que usaba agua dulce con cloro y sulfuros. Tu padre incrementaba sus beneficios a costa de la calidad de vida de Liberty. Ahora estoy bombeando agua de mar, a la espera de que sus ojos sanen y pueda abrirlos del todo.

–¿Muerde? Quiero decir... ¿estuve en peligro cuando... ?

–Lo único que estuvo en peligro fue tu dignidad. Los delfines son bastante dóciles en cautividad –contestó él con una sonrisa radiante, recordando, seguramente, lo cómico de la escena. Lanzó el último pez de la cesta y se frotó las manos debajo del agua–. Y tú..., ¿no te sentirías deprimida si vivieras encerrada en alguna parte?

–Probablemente –contestó al fin, después de estremecerse de solo pensarlo–. Dedicas toda tu vida a los delfines, ¿no?

–Sí –contestó Chris saltando fuera de la piscina y tomando una toalla–. Por cierto, ¿cuánto tiempo vas a estar por aquí?

–Una semana, no puedo faltar de mi trabajo durante más tiempo.

Él asintió con la cabeza mientras se secaba los suaves rizos dorados. Después sacó una camiseta y unos pantalones cortos de una bolsa de deportes y se los puso. Un suave vello dorado cubría sus musculosas piernas. Ella lo miró y, por fin, recibió la sonrisa complaciente que llevaba esperando desde el inicio de la conversación. Su pulso se aceleró, por un momento creyó que él la admitía en su entorno, que se había dado cuenta de que ella no era responsable del maltrato recibido por los animales, aunque el zoo le perteneciera. Pero la mirada de Chris se perdió a lo lejos, su pensamiento ya no estaba allí.

–Que te vaya bien –dijo él a modo de despedida, mientras ella sentía que se marchaba el hombre que le había causado la mayor impresión de su vida.

Él cruzó el arco de entrada, montó en una motocicleta y se alejó

tranquilamente sin volver la vista atrás. Estaba estupefacta, por una parte sabía que no podría dejar de pensar en él y, por otra, su forma de despedirse no dejaba lugar a la esperanza de que él pudiera sentirse interesado por ella. Había dejado bien claro que no necesitaba su ayuda, casi había dado a entender que su presencia solo supondría una molestia. Desde luego, no era un hombre que se dejara guiar por la cortesía y las buenas maneras. Lucy Donovan sabía apartarse de los problemas. Había dejado a su ex marido en cuanto decidió que la relación de pareja ya no era satisfactoria, y tampoco pensaba rondar por las cercanías de Chris Maddox si él no la aceptaba como amiga. Sin embargo, algo dentro de ella le hizo pensar que ese hombre no solo no deseaba su compañía, sino que, en realidad, no deseaba la compañía de nadie. Se preguntó por qué.

Capítulo Dos

Chris sorteó con su vieja motocicleta las piedras y los baches del camino en dirección a la Plantación Caribe, que le había sido cedida como residencia por la familia Eastor mientras duraran las tareas de reeducación de Liberty. Afortunadamente, la plantación no estaba en la zona turística de la isla y disponía de una playa privada que serviría para que el delfín se acostumbrara de nuevo al salvaje océano. Cruzó la verja de entrada y dejó a un lado la impresionante mansión, rodeada de un frondoso jardín, donde la familia Eastor veraneaba, para dirigirse a la cabaña situada junto al embarcadero, en la que había instalado su campamento.

Aunque la vista del océano era incomparable, sus pensamientos seguían centrados en el rostro de Lucy, a pesar de que hubiera intentado olvidarla durante todo el trayecto: ese rostro enmarcado por una mata de cabello castaño chorreando había dejado una huella indeleble en su memoria. Sonrió al recordar la expresión de pánico que asomó a sus ojos cuando sintió la desacostumbrada proximidad de Liberty.

Aparcó la moto y entró en la cabaña, pensando en cómo los ojos de ella se habían ensombrecido cuando él había acusado a su padre de negligencia. Sabía a ciencia cierta que ella no tenía nada que ver con la prisión de Liberty, porque en su primera investigación del zoo jamás había aparecido la firma de Lucy por ninguna parte. Pero había disfrutado poniéndola nerviosa con la intención de librarse de su presencia lo antes posible. Hacía años que había tomado la decisión de no dejarse engatusar por ninguna mujer y se había entregado por completo a su trabajo. Las mujeres eran una distracción que exigía demasiado tiempo. Y más aún, en el caso de Lucy, pensó: sin duda, esa mujer vestida por un modisto caro y cargada de joyas, estaba acostumbrada a que los hombres la cortejaran con esmero. No llevaba anillo de casada, pero hoy día eso no quería decir nada. Chris se dio cuenta de que, a pesar de su firme apuesta en contra de las mujeres, no iba a ser fácil apartar a

Lucy de sus pensamientos, su tierna reacción al conocer con detalle los sufrimientos de Liberty no parecía fingida.

Siguiendo un ritual conocido, Chris se despojó de sus ropas y se metió bajo la ducha al aire libre, que estaba situada en un lugar privilegiado frente a las dos franjas azules que invadían el soleado paisaje, la del océano y la del cielo. Se aplicó una generosa dosis de champú sobre los rizos dorados y se frotó con energía, mientras se concentraba en el plan de trabajo previsto para los próximos meses. Pero sus pensamientos volvieron de nuevo a Lucy... ¿para qué? Él la había desairado y ella le devolvería el mismo favor mañana por la mañana; así era como funcionaba el cerebro de las mujeres. Además, tampoco se trataba de una gran belleza. Era bonita, sin duda, con un rostro en forma de corazón y unas cejas imponentes. Los pechos redondos y llenos se habían marcado claramente por debajo de la ropa mojada, con los pezones erectos por efecto del frío. Y la boca podría hacer las delicias de cualquier hombre. «Olvida esa boca,» se dijo, «olvida esa boca y a esa mujer.» Estaba intentando controlar la presión ascendente de su miembro viril, sin conseguirlo.

Pensó en las aventuras de una sola noche que solía disfrutar desde hacía años con mujeres independientes que, muchas veces, ni siquiera hablaban su mismo idioma. Pero Lucy era una mujer urbana y el ritmo de las grandes ciudades no casaba bien con el de las islas. Una gaviota graznó al pasar sobre su cabeza; los animales eran las únicas criaturas del planeta de las que se podía fiar, era fácil comprenderlos y convivir con ellos. Y su pasión por los delfines, en concreto, no dejaba espacio libre para las mujeres. Sabía que jamás encontraría una mujer que compartiera al cien por cien su dedicación a la protección de esos animales: nadie cambiaría una vida de seguridad económica y comodidad por una vida precaria y aventurada en defensa del medio ambiente. Era más fácil seguir solo.

Chris se había criado en un ambiente duro y sin compasión, su madre había muerto antes de que él fuera lo suficientemente mayor como para poder recordarla, y su padre se había sumido en una amarga depresión que lo obligaba a tratar al resto de las personas con disgusto y frialdad: se sentía traicionado por el destino y no soportaba la felicidad ajena. Tenía un barco y se ganaba la vida

llevando de pesca a los turistas, pero todo el dinero que ganaba lo destinaba a comprar cerveza para emborracharse y criticar sin tregua a sus clientes. Bebía tanto que había muerto poco después de cirrosis hepática. La única felicidad que había conocido Chris durante su infancia y adolescencia estaba basada en la contemplación de la fascinante vida submarina.

Después de la ducha, Chris se tiró sobre una hamaca, dispuesto a descansar de la larga jornada dedicada a ganarse la confianza de Liberty. Pero, al cabo de dos minutos, estaba de pie de nuevo, sintiéndose inquieto. Caminó hacia la playa, calculó el espacio que necesitaría el delfín para acostumbrase al océano y, con la ayuda de una barca, colocó unas redes que limitaran esa zona. Sin embargo, no era conveniente que Liberty saliera a mar abierto hasta no haber aprendido lo suficiente como para alimentarse por sí mismo. Cuando oscureció tanto que resultaba imposible seguir trabajando al aire libre, decidió darse una vuelta hasta el bar de Barney para tomar una cerveza; quizá así conseguiría olvidar la jugosa boca de Lucy.

Lucy había conseguido apartarse por fin de la increíble criatura marina que acababa de conocer, se había puesto ropa seca y había acudido al encuentro de Bailey.

–No ha echado usted a ese hombre –dijo él con tono de reproche.

–No, y no pienso hacerlo.

–He observado cómo lo miraba. Usted era nuestra última posibilidad y… resulta que decide enamorarse del hombre en cuestión.

–¿Qué dices? –lo recriminó. Era verdad que lo había mirado un par de veces y no se podía negar que el hombre tenía su encanto, pero de ahí a… enamorarse.

–Vamos a perderlo todo, ahora que su padre ya no está aquí.

–¿Qué hubiera hecho mi padre? –preguntó ella sintiendo una punzada de culpabilidad al saberse responsable de los puestos de trabajo de los empleados del zoo.

–Lo hubiera echado de aquí sin miramientos.

–En ese caso, la policía lo habría arrestado por contravenir la

ley: los papeles que ha presentado el señor Maddox están en regla. Lo mejor será que olvidemos al delfín y nos concentremos en la contabilidad del negocio. Bailey, ¿por qué no me enseñas los libros de cuentas? Veamos si mi padre tenía buena mano para dirigir la empresa.

Lucy estudió los libros y, en menos de media hora, llegó a la conclusión de que el negocio no mostraba grandes beneficios. No era de extrañar que su padre solo tuviera dos empleados en nómina, pensó apoyando el codo sobre la mesa y la barbilla sobre la mano, mientras sus ojos recorrían la estancia antes de detenerse sobre una pequeña fotografía enmarcada: era ella de niña. Se conmovió al darse cuenta de que su padre siempre había reservado un lugar para ella en su corazón.

–Señorita Lucy, voy a marcharme ya. ¿Desea que la acompañe hasta el apartamento de su padre?

–Sí, por favor.

Bailey condujo la desportillada camioneta hacia el sur, sorteando ágilmente los baches y las maniobras imprevistas del resto de los conductores.

–Los ricos compran las mejores casas y solo vienen de vacaciones durante un par de semanas al año –comentó Bailey, haciendo un análisis de la situación–. Los demás vivimos allí –añadió señalando un barrio alejado del océano y construido con materiales baratos, destinado claramente a propietarios de clase media baja.

Bailey se internó por las calles y, finalmente, aparcó delante de un edificio de tres pisos pintado de rosa con balcones blancos. El apartamento de su padre solo tenía un dormitorio, pero estaba bien equipado. Lucy conectó el aire acondicionado y, por primera vez desde que había recibido la noticia de su fallecimiento, dudó si quedarse en su casa sería tan buena idea como le había parecido en un principio. Si lo que había pensado era indagar en la personalidad de ese misterioso y desconocido hombre que había sido su padre, allí no lo lograría. El apartamento carecía de efectos personales. En realidad, parecía un taller; las estanterías estaban llenas de piezas pertenecientes a bombas de agua en diversos estados de reparación y los muebles eran escasos y viejos, aunque estaban limpios. La despensa estaba llena de latas de conserva y sobre una mesa se

acumulaba un montón de mapas oceanográficos, llenos de anotaciones. Era evidente el amor de su padre por el mundo marino, aunque una mentalidad anticuada le hubiera impedido ser consciente del daño que hacía a la Naturaleza manteniendo a los animales en el estrecho cautiverio de su negocio.

Ya eran las ocho y media cuando se dejó caer sobre el sófa verde de la sala de estar. Uno de sus pies chocó contra el cajón de una mesita y su contenido se desparramó por el suelo: eran recortes de viejos periódicos locales... sobre ella. La foto de su graduación, la foto de su boda y la foto que encabezaba un extenso reportaje sobre los éxitos de su agencia de publicidad. Sony había seguido el rastro de su vida desde una silenciosa distancia. Lucy deseó reír y llorar al mismo tiempo. Pero, si él sabía que se había casado, ¿por qué no había escrito para felicitarla?

Lucy separó las cortinas y miró hacia la calle; necesitaba salir de allí y respirar un poco de aire fresco para ordenar sus pensamientos. Bailey le había asegurado que el vecindario no era peligroso, por lo que se decidió a dar un paseo nocturno.

El bochorno de la tropical noche estrellada la sacudió en pleno rostro y aspiró una gran bocanada de aire húmedo. Caminó unos metros por el paseo marítimo, abstraída en sus pensamientos, hasta que pasó por delante del bar de un tal Barney y sintió cómo el atractivo olor a comida caliente y suavemente especiada le recordaba que no había tomado nada desde el desayuno. Había estado tan ocupada con Bailey y con Chris, y luego en el apartamento de su padre, que no había tenido tiempo para pensar en sus necesidades más básicas.

Se detuvo, intentando estudiar qué tipo de clientela llenaba el bar; desde luego nadie muy elegante. Su madre y su ex marido se hubieran horrorizado al saber que pensaba entrar a cenar en un sitio casi cochambroso, amenizado por una alegre música reggae. Era evidente que los clientes no eran turistas, con excepción de una pareja de piel enrojecida por el sol que estaba sentada en una mesa junto a una esquina, muchos de ellos llevaban el cabello arreglado al estilo rastafari. El ambiente general se componía de una viva mezcla de risas, comentarios y música, cuyo eco se perdía por el patio trasero que daba directamente sobre el océano. Lucy se sentía ligeramente amedrentada al internarse sin compañía en un bar de

inequívoco sabor local, pero se animó pensando que luego podría contárselo a los amigos de Minnesota. Se acercó a la barra, alegrándose de haberse puesto una simple camiseta y unos pantalones cortos, y se sentó sobre un taburete.

–¿Qué va a ser, señorita?

–Me gustaría tomar un combinado, como el que está tomando esa pareja del fondo –contestó. El camarero se puso inmediatamente a mezclar licores en una coctelera.

–Vaya, vaya, si resulta que es la señorita Lucy mezclándose con los nativos.

Su corazón se sobresaltó al reconocer la voz de Chris, pero lo atribuyó a la sorpresa y se volvió con recobrada calma hacia el hombre que estaba sentado a su izquierda. Ella dejó que su mirada resbalara desde sus rizos rubios hasta una camiseta roja sin mangas y unos vaqueros cortados con descuido a medio muslo.

–Me alegro de verte vestido –dijo Lucy intentando ocultar una mirada de admiración–, es una experiencia... distinta.

–Así que ya conoces a la dama –intervino el camarero con un guiño a Chris mientras depositaba la bebida de Lucy sobre la barra.

Lucy se sonrojó hasta la raíz del cabello.

–No me refería a eso..., es que lo he conocido en la piscina y solo llevaba el traje de baño...

–No hay problema, señorita –la interrumpió el camarero–, muchos visitantes descubren sus instintos más primarios al llegar a la isla, estamos acostumbrados.

–Pero... –intentó defenderse Lucy mientras el camarero se alejaba sin prestarle la menor atención. Ella se volvió para mirar a Chris y descubrió que este se reía entre dientes, al parecer, muy complacido–. No hace falta que te apresures a defender mi honor –lo amonestó con ironía.

–Hace años que no me entreno en la defensa de una dama en apuros –contestó él, encogiéndose de hombros–. No sabría ni cómo empezar.

–Me lo creo, no hace falta que lo jures –replicó ella poniendo los ojos en blanco.

–Y bien, ¿qué hay de malo en que él piense que hemos disfrutado de un par de sesiones de sexo salvaje?

«¿Sexo salvaje?». El mero pensamiento hizo correr la sangre por

sus venas al doble de la velocidad habitual, pero Lucy se decidió a borrar de su mente la imagen de Chris como pareja.

–No hemos disfrutado de ninguna sesión de sexo salvaje, ni siquiera te he visto desnudo –aclaró–, y no quiero que nadie piense lo contrario.

–¿Te gustaría? –sugirió él mirándola con una lánguida expresión en sus bellos ojos verdes, probablemente resultado de la cantidad de cervezas que había ingerido.

–¿Qué? –exclamó ella.

–Verme desnudo.

Lucy sintió un hormigueo en la columna vertebral y compuso una mueca de indiferencia antes de clavar la vista en su ridículo cóctel de color rosa adornado por una sombrilla de papel.

–Dado el tamaño del bañador que llevabas, creo que no necesito ver nada más. «¡Dios mío!», se dijo, «acabas de admitir que te has fijado en... su miembro viril».

–Jamás pensé que lo habrías notado.

Ella no sabía cómo defenderse; sin darse apenas cuenta, había quedado a merced de ese hombre que, al parecer, desconocía las reglas básicas de la cortesía. Volvió a concentrarse en la bebida y se encontró con la mirada sonriente y cómplice del camarero. Disimuló dedicándose a observar la decoración del local: fotografías, pósters, chapas, banderas... y, finalmente posó la mirada sobre los largos dedos de Chris, que acariciaban las curvas de la botella de cerveza. Sus manos eran fuertes y estaban encallecidas. Él se bebió el resto de la cerveza de un trago y depositó la botella sobre la barra. El camarero le trajo otra y él hizo con ella un brindis silencioso antes de beber otro trago. Lejos de Liberty, Chris parecía una persona distinta, más amable, más relajada. Él giró el taburete y se apoyó sobre la barra para observar a la clientela. Sus hombros estaban moteados de pecas y en el cuello colgaba el diente de tiburón. ¿Consistía toda su vida en salvar delfines y beber cerveza?

Ella también se volvió hacia los parroquianos que llenaban el bar, después de esperar un tiempo prudencial para que él no pensara que lo estaba imitando. Lucy tenía que admitir que era agradable encontrarse con una cara conocida en un país extranjero. Se dijo que esa era la razón por la que se sentía tan cómoda, aunque

tenía que reconocer que el ambiente del bar de Barney era de lo más acogedor.

–¿Dónde vives? –preguntó con timidez.

–En la Plantación Caribe.

–¿Es bonita? –preguntó sorprendida de que él se alojara en lo que parecía ser un lugar muy lujoso, a juzgar por el nombre.

–La mansión es impresionante, de estilo colonial, con grandes columnas en el frente y todo eso, pero yo vivo en la cabaña del embarcadero.

Eso encajaba más con la personalidad de Chris.

–Yo vivo en el apartamento de mi padre –explicó ella sin esperar a que él preguntara.

Él encogió una pierna sobre el taburete y apoyó la barbilla sobre la rodilla, antes de dirigir una mirada amistosa a Lucy.

–Y bien, señorita Lucy, ¿a qué se dedica usted habitualmente? –preguntó con un tono ligeramente burlón que imitaba la cortesía nativa de Bailey.

–Soy la propietaria de una agencia de publicidad en St. Paul, Minnesota –contestó ella, a sabiendas de que él pretendía resultar sarcástico, pero dejándose llevar por la suavidad de la música acoplada al ronroneo del oleaje–. Bueno, en realidad solo poseo la mitad de la empresa; desgraciadamente, la otra mitad pertenece a mi ex marido.

Él alzó las cejas, pero no con la expresión de admiración a la que ella estaba acostumbrada, sino con sorpresa y desdén.

–Así que posees una empresa que se dedica a promover la avaricia capitalista, intentando vender productos innecesarios que la mayor parte de la gente no puede permitirse comprar.

Ella dudó un momento antes de responder.

–Nosotros resaltamos las cualidades de los productos que fabrican nuestros clientes, apelando a su interés...

–Sexual –la interrumpió él–. Apeláis al sexo y al exceso.

–Si eso es lo que el cliente desea..., tenemos grandes clientes, como Kruger, la fábrica de papel más importante del país, ya sabes, papel higiénico, papel para la cocina...

–Y le decís a los consumidores que si se limpian el trasero con papel Kruger, resultarán irresistibles ante el sexo opuesto, ¿no es eso? Así es como te ganas la vida.

La idea resultaba tan ridícula que Lucy estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se controló a tiempo.

–Olvida lo del papel higiénico. Primero vendemos la marca de la empresa, y luego sus productos... –se detuvo un instante y entornó los ojos–. ¿Por qué me da la sensación de que hablas de mi agencia como si yo fuera una delincuente? No pienso sentirme atacada, estoy orgullosa de mi trabajo.

–Quizá no estés tan segura de ello en el fondo –contestó él, encogiéndose de hombros.

–Siento disentir –se defendió ella cuadrando los hombros–. Estoy muy satisfecha de la actividad de mi empresa. He trabajado mucho para conseguir la reputación que tenemos –él la miró con intención y ella sintió que algo distinto a todo lo que había conocido antes rompía las barreras y se instalaba en su corazón–. ¿Qué quiere decir esa mirada? –preguntó al fin.

Estaba esperando que me lo preguntaras –contestó él con una sonrisa–, en realidad deseaba que me suplicaras una explicación.

–Yo no suplico a nadie –contestó ella, airada y alzando la barbilla, de nuevo a la defensiva, añadió: Supongo que pretendes ser un héroe: yo vendo papel higiénico y tú salvas delfines.

–En absoluto –dijo él tomando un sorbo de cerveza–. Me limito a devolver los delfines a su hábitat natural, me lo tomo como una obligación.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella sin poder evitar la curiosidad.

–Es una larga historia.

–Aún tienes que terminarte la cerveza, tenemos tiempo.

–Trabajé durante nueve años en el zoo marino de Keys; empecé como chico de los recados y llegué a ser el jefe de los entrenadores. Además, también me dedicaba a atrapar delfines salvajes para otros zoos del mundo. Hasta que me di cuenta de los infelices que eran en cautividad, de lo mal que estaba sacarlos de su entorno para encerrarlos entre cuatro paredes. Y ahora lo único que pretendo es enmendar mis errores –explicó sin dar importancia a su decisión, como si se tratara de un simple capricho, aunque Lucy sabía por la expresión de sus ojos que se trataba de un convencimiento profundo. De repente, él agarró la muñeca de ella y miró el reloj–: Espero que no se haya estropeado por causa de tu chapuzón en la

piscina.

Ella inclinó la cabeza hacia el reloj de oro con la esfera rodeada de diamantes y pudo percibir el aroma del champú en el cabello de él. Se estremeció al notar su proximidad. El reloj en cuestión había sido un regalo que se había hecho a sí misma el día que consiguió alcanzar la cifra de cien mil dólares de beneficios, pero no pensaba confesárselo. El reloj de él parecía sumergible.

–Ni se me había ocurrido pensar en él hasta ahora –dijo–. No creo que le haya pasado nada.

–En todo caso, podrías comprarte otro.

–Sí, así es –corroboró ella.

–¿Qué coche tienes?

–Un BMW.

–Lo suponía.

–¿Qué es lo que supones sobre mí, dios todopoderoso?

–Que eres una chica bien, una chica de clase alta. Un BMW, un reloj de oro con diamantes, ropa de diseño y perfume exclusivo. Incluso lencería de lujo, me atrevería a decir.

Lucy tuvo que reconocer que así era, al menos desde que su madre se había casado con un millonario, que se había convertido en su cariñoso padre adoptivo.

–Para empezar, quiero que quede claro que mi ropa interior no es asunto tuyo –puntualizó–. Además, ¿qué tienes contra las cosas de calidad?

–Nada, nada en absoluto. Puedes hacer lo que quieras, pero para mí solo eres otra víctima más de la gran mentira capitalista.

–¿Qué? –exclamó ella, pensando que, de repente, estaban hablando idiomas diferentes.

–Me refiero a la estúpida idea de que el dinero es lo que nos hace felices: cuanto más acumule uno, más feliz será.

–Yo soy feliz –insistió ella, deseando gritárselo al mundo entero–. He alcanzado la meta que me había propuesto y estoy satisfecha con mi estilo de vida. No todo el mundo puede decir algo así a los treinta años.

–Déjame pensar, cuando tenía treinta años yo… estaba en la cárcel –anunció teatralmente y, acto seguido, apuró la cerveza, sacó unos billetes del bolsillo y los depositó sobre la barra–. Felices vacaciones, señorita Lucy –añadió burlón, a modo de despedida.

Ella lo miró marcharse, vio cómo atravesaba el local para caminar por la orilla del mar hasta el embarcadero donde se alojaba, sin volver la vista atrás en ningún momento para suavizar el efecto de sus últimas palabras. Lucy agarró con fuerza la copa que estaba bebiendo. Sabía cuál era su juego; él pretendía ofenderla y asustarla hasta el punto de quitársela de encima por completo. Pues bien, en adelante no tendría de qué preocuparse, porque ella no sentía el menor interés por él.

Lucy cayó de repente en la cuenta de que había entrado al bar para comer algo, aunque la presencia de él la había distraído. Pidió unas costillas a la brasa y la gente la miró mientras comía con ganas. Cuando el camarero le presentó la cuenta, se percató de que su bebida no estaba incluida.

–Falta la bebida –le advirtió.

–Su hombre se la ha pagado, señorita –contestó él–. Qué raro, todo el tiempo hablando de desnudos y súplicas y, al final, se marcha sin terminar la tarea. A lo mejor debería mostrarse más tímida la próxima vez –aconsejó con una sonrisa. Ella deseó matarlo.

–Si necesitó el consejo de alguien, ya lo pediré –lo retó.

–No hay problema, mensaje recibido –replicó el camarero con una sonrisa.

Lucy se bajo del taburete y salió del local. Definitivamente, no era la mejor noche de su vida.

Capítulo Tres

El sol tropical de las Bahamas era sin duda más brillante y cálido que el de Minnesota. En esa alejada zona del mundo, el aire era sofocante, incluso a las siete de la mañana.

Los tacones de Lucy resonaron sobre el suelo de cemento mientras se dirigía a la oficina del zoo marino. A mediodía haría una escapada para comprarse ropa más cómoda y acorde con el entorno. También había tomado la decisión de no acercarse a la piscina de Liberty bajo ningún concepto, pero en cuanto traspasó el arco de entrada, su mirada se dirigió involuntariamente hacia el espacio donde nadaba el gran mamífero acuático. Y allí estaba Chris, aunque lo único que ella podía distinguir desde la prudente lejanía era una cabeza llena de rizos dorados que caían sobre unos hombros morenos y musculosos, lanzando destellos bajo el sol de la mañana. Inmediatamente recordó el tono seductor de sus palabras cuando la noche anterior le había preguntado si le gustaría verlo desnudo, y todo su cuerpo se vio sacudido por una cálida emoción que le sonrojó el rostro y aceleró su ritmo cardiaco. Por supuesto, él no había hablado en serio, solo trataba de jugar con sus sentimientos para ofenderla y desconcertarla, y ganar así esa especie de batalla que, al parecer, libraba consigo mismo y contra el mundo. Además, el hecho de que fuera un hombre apuesto no quería decir que ella deseara necesariamente verlo desnudo.

Lucy entró en la oficina sin entretenerse más. El ambiente era pesado y bochornoso, pero no se veía ningún aparato de aire acondicionado por los alrededores; solo había un anticuado ventilador que removía el aire, haciendo aletear los desordenados papeles que Sony había pinchado sobre un corcho en una de las paredes. Ella dejó la puerta abierta para respirar algo de aire fresco y la sujetó con una venera marina que hacía las veces de cuña. Una vez instalada en la oficina, entreabrió las persianas venecianas que la protegían del sol y su mirada volvió a posarse sobre la piscina de Liberty.

–Buenos días, señorita Lucy –gritó Bailey casi en su oído con un tono de voz alegre y cantarín, que la tomó por sorpresa, concentrada como estaba en aquella encantadora pareja que formaban el hombre y el delfín. Cerró inmediatamente las persianas con un ligero aire de culpabilidad e irritación.

–Por Dios, Bailey, no me sorprendas de ese modo, me has dado un susto de muerte.

–Lo siento, señorita Lucy. Solo quería saber si necesitaba ayuda para interpretar las cuentas y para decidir si el zoo permanecerá abierto.

–No, gracias. En principio, me gustaría analizar el estado del negocio a solas, ya tendremos tiempo para pensar qué hacemos con él –replicó, abriendo las persianas de nuevo–. Parece que el «ladrón» ha vuelto esta mañana –añadió, con cortesía, para no despedir a Bailey tan secamente.

–Sí, está ahí desde el amanecer. Se le va a reblandecer la piel de estar tanto tiempo en el agua.

–Es posible –contestó ella riendo entre dientes–. Hasta luego, Bailey, tengo que trabajar.

Lucy era una mujer de negocios y se sintió completamente a sus anchas mientras estudiaba las cuentas de la empresa que había pertenecido a su padre. Se preguntó si él habría amado el zoo marino que constituía su forma de vida y pensó que quizá sí, aunque no hubiera dado un trato adecuado a las criaturas que vivían en él, probablemente debido a que la defensa del medio ambiente nunca había llegado a formar parte de su ideología. Se preguntó también si habría sido un hombre de mar solitario, como Chris. El reflejo de los saltos de Liberty en la piscina atravesaba las ventanas inundando la oficina de suaves resplandores y se dio cuenta de que, a pesar de lo intrigante de la vida de su padre, le interesaba más la personalidad del hombre que acababa de conocer.

–Hola –gritó Bailey golpeando la puerta y asomado la cabeza varias horas más tarde–. No la he asustado esta vez, ¿verdad?

–No tanto como antes, gracias.

–¿Ha decidido cerrar el zoo? –preguntó solemnemente dando un paso hacia adelante.

–Todavía estoy estudiando los números –contestó Lucy.

–Me parece que se le va el tiempo mirando a través de ese ventana, señorita Lucy –afirmó él con frescura.

Ella procuró ocultar su sonrojo.

–Estaba pensando –dijo a modo de explicación–. Necesito algo más de tiempo, así que, por favor, vuelve de nuevo a tus ocupaciones, Bailey.

–Sí, señorita –repuso él saliendo de la oficina. Al cabo de veinte minutos, apareció de nuevo–. ¿Ya ha tomado una decisión?

–¡No, y márchate de una vez!

Bailey desapareció y no regresó hasta el mediodía. Lucy ya tenía una respuesta.

–Esto no tiene buena pinta –confesó al fin con tono de serena advertencia, mientras él se dejaba caer en una de las butacas con desazón, pero sin sorpresa.

Lucy pensó que todas las personas ponían la misma cara de desaliento e incertidumbre cuando sabían que la empresa iba a prescindir de su puesto de trabajo y ella sintió lo mismo que sentía siempre en semejantes ocasiones: tristeza e impotencia. Pero las leyes de la economía empresarial estaban sujetas a esos flujos de personal: a veces era necesario hacer nuevos contratos para atender momentos de trabajo excesivo, pero en otras ocasiones era necesario despedir a varios empleados cuando el trabajo escaseaba y coste de sus salarios impedía la obtención de beneficios.

–Este negocio estaba al borde de la quiebra, no sé cuánto tiempo hubiera permanecido abierto si Sony hubiera estado aquí. Además, si perdemos al delfín, nos quedamos sin la máxima atracción.

–Podríamos comprar otro delfín –sugirió Bailey.

–Creo que no podemos permitírnoslo. Además... ¿quién nos asegura que el señor Maddox no va a volver por aquí para dar al traste con nuestros planes?

–Usted podría engatusarlo y suplicarle que nos dejara conservar al delfín; estoy seguro de que ese hombre no es del todo inmune al atractivo de una mujer tan bonita como usted.

–Lo siento, pero no soy ese tipo de persona, jamás podría a utilizar mi supuesto atractivo personal para hacer cambiar de

opinión a un hombre.

–¿Por qué no? Es usted preciosa.

–Lo siento, pero eso no va a funcionar, lo sé a ciencia cierta. Y no pienso suplicar nada porque estoy segura de que él jamás abandonará sus planes.

–Tan cierto como que el sol brilla en el cielo –intervino una voz desde la puerta–. Aunque se presentara ante mí la mismísima reencarnación de Marilyn Monroe, jamás permitiría que continuara el cautiverio de Liberty.

El rostro de Lucy ardió como una llamarada alimentada por el viento y su mirada suspicaz se encontró con esos ojos verdes que destilaban engreimiento.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí?

–Hum…, un rato, lo suficiente.

–Y… ¿a qué has venido? –preguntó ella con una mezcla de irritación y vergüenza, mientras Bailey desaparecía discretamente murmurando algo sobre dar de comer a los calamares. Chris vestía el mismo bañador del día anterior; es decir, estaba prácticamente desnudo enfrente de ella.

–Me gustaría saber si Sony guardaba datos sobre la vida de Liberty: alimentación, visitas del veterinario, ese tipo de cosas… –explicó él acercándose a la mesa y plantando las dos manos sobre ella.

–Estás llenándome de agua la mesa –lo amonestó Lucy al comprobar cómo su cuerpo goteaba sobre la superficie de formica.

–Lo siento –dijo él incorporándose y obligándola así a levantar la vista hasta sus ojos–. Puedo venir en otro momento si estás ocupada.

–No, ahora está bien, necesito descansar un rato –dijo abandonando su puesto frente a la mesa para dirigirse a un destartalado archivador–. Por cierto –añadió con aire desenvuelto–, gracias por tu invitación de ayer.

–Fue un placer –contestó él escuetamente mientras ella empezaba a leer los nombres de las carpetas: «tortugas», «anguilas», «peces voladores»…

Por vez primera desde que había llegado, Lucy fue consciente de que no solo había heredado un negocio, sino también un montón de criaturas vivas cuya supervivencia dependía de ella a partir de ese

momento. Él estaba tan cerca que ella podía percibir la cálida humedad que desprendía su cuerpo.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Me asusta tener que decidir el destino de tantos animales.

–¿Los has visitado ya?

–En realidad, solo he echado un ligero vistazo, prefería enfrentarme antes con la contabilidad de la empresa.

–Lo entiendo… y ¿qué has heredado? ¿Una mina de oro o un barco hundido?

–No me importa el dinero, solo quiero saber lo suficiente como para decidir qué hacer con el negocio en el futuro.

–Lo cual no incluye mudarte para hacerte cargo de él personalmente. No sería propio de la reina de la publicidad de Minnesota –replicó él con tono de chanza.

–No soy ninguna reina de la publicidad –le espetó ella entornando los ojos con ira.

–A mí me parece que sí –contestó él estudiando su elegante corte de pelo y su atuendo con tanto detenimiento que hizo hervir la sangre de Lucy. Ese hombre sabía ponerla furiosa, y aunque detrás de su comentario burlón se podía vislumbrar un cierto destello de genuino interés, ella no estaba dispuesta a seguirle el juego.

–¿Hay alguna razón para que deba soportar este trato insultante? ¿Quieres hacerme pagar por los errores de mi padre, o… por casualidad has pensado que estoy interesada en ti y disfrutas rechazándome de todas las maneras posibles?

–Quizá me guste verte furiosa –confirmó él riendo entre dientes, al tiempo que alargaba el brazo para tomar uno de los archivos–. Te lo devolveré cuando lo haya leído.

–¡Puedes quedártelo para siempre! –le gritó ella furiosa, mientras él salía por la puerta.

Algo más tarde, Lucy pidió un taxi y se dirigió al mejor centro comercial de Nassau para comprar ropa cómoda y adecuada al clima tropical. Cuando regresó al parque vestía unos pantalones cortos de color blanco y una camiseta con un estampado de flores. Al ver la motocicleta de Chris aparcada junto al arco de entrada sintió calor y temor al mismo tiempo. Seguramente, ese hombre no

había poseído un coche jamás… Si prescindía de las cosas buenas de la vida…, ¿cómo podía ser feliz?

Lucy se acercó a la piscina de Liberty y descubrió con asombro y decepción que Chris no estaba allí. Sin embargo, se sintió inmediatamente atraída por los magníficos movimientos del delfín dentro del agua y se agachó junto al borde para admirarlo. El animal sacó la cabeza y pareció saludarla. Ella se preguntó qué secretos de la Naturaleza conocería ese simpático mamífero, qué misterios rodearían su vida en libertad y qué relaciones mantendría con el resto de los animales de su raza y con sus presas. Pensó que el salvaje mundo submarino debía de estar lleno de sorpresas apasionantes.

–Hola, amigo –dijo al delfín, mientras buscaba la cesta de pescado sin encontrarla–. Lo siento, no tengo comida para ti, pero estoy segura de que ese idiota vendrá a darte de comer muy pronto –se le encogió el corazón al escuchar cómo se acercaban las pisadas de ese »idiota», pero él se abstuvo de hacer ningún comentario, simplemente le arrojó un pez sobre el regazo. Al recibir el impacto, Lucy gritó con sorpresa y repugnancia antes de agarrar esa cosa viscosa y lanzarla lejos de sí–. ¡Me has puesto hecha un asco! –gritó–, voy a oler a pescado durante todo el día. Eres un, un…

–¿Idiota?

–¡Sí! Y no solo eso. Da gracias a que mis buenas maneras no me permiten pronunciar el resto de los adjetivos que te mereces –jamás había conocido a un hombre que fuera capaz de sacarla de quicio de esa manera.

–Me dio la impresión de que querías darle de comer, y decidí portarme como un caballero –aclaró él encogiéndose de hombros.

–¿Cómo un caballero? –exclamó Lucy–. Me sorprende que utilices esa palabra. ¿Conoces a muchas mujeres que piensen que es maravilloso recibir en pleno cuerpo el golpetazo de un pez muerto, viscoso y maloliente? –pero Chris hacía rato que no la escuchaba; se había sentado en el borde de la piscina, junto a la cesta de pescado, y silbaba y emitía sonidos agudos, apoyando la mano sobre el hocico de Liberty. Ese gesto de confianza mutua llegó al corazón de Lucy–. Oh, que bonito, le tocas la nariz con la mano –dijo emocionada, olvidando súbitamente su enfado.

–Eso no es su nariz –la corrigió él–. Su nariz está ahí –añadió

señalando un agujero en la parte alta de la cabeza del animal–. Le estoy tocando el hocico.

–Siempre aprendo cosas nuevas sobre los delfines cuando estoy contigo.

–Te dejaría que le dieras de comer, pero, al parecer, la reina de la publicidad no desea entrar en contacto con un animal muerto.

–Dame ese maldito pez –pidió ella entornando los ojos–, pero no me lo lances sobre el regazo esta vez, por favor.

–Reconozco que la caballerosidad no es mi punto fuerte –contestó él acercándole una palometa y tratando de evitar reírse al ver cómo ella la sostenía con la punta de unos dedos cuidadosamente manicurados. Chris reconoció interiormente que, a su manera, la estaba cortejando y, además estaba disfrutando enormemente de ello–. Métela debajo del agua; ahora estoy intentando que no dé cabriolas en el aire para atrapar la comida, quiero que se acostumbre a comer debajo del agua, como hacen los delfines salvajes.

Lucy siguió sus instrucciones y cuando Liberty se acercó para atrapar el pez, sonrió encantada.

–¿Puedo darle otro?

Chris sabía que debería librarse de ella, no deseaba que Liberty siguiera manteniendo contacto con los seres humanos, pero antes de que se le ocurriera la manera de alejarla de allí, su mano ya le había entregado otro pez.

–¿Por qué no lo liberas ya? –preguntó ella, disfrutando como una niña al comprobar cómo Liberty se acercaba de nuevo a ella para capturar la palometa.

–Porque aún no sabe alimentarse solo; de momento solo está comiendo peces muertos, pero tiene que aprender a atrapar peces vivos. Además, debe pasar un cierto tiempo en el mar para aprender a nadar en línea recta y para recordar cómo relacionarse con sus semejantes. No solo quiero que recobre la salud, también quiero que recobre el alma. He preparado unas redes en la playa privada de la Plantación Caribe para que retome el contacto con su entorno natural. Esta zona está llena de grupos de delfines, y espero que su presencia los atraiga para que Liberty pueda recordar sus hábitos sociales, antes de ser liberado del todo.

–Eso suena... maravilloso –dijo ella con la ternura pintada en sus

enormes ojos castaños. Él se conmovió durante un instante ante esa profunda mirada, pero rápidamente recordó quién era ella y a lo que se dedicaba–. ¿Te pagan por hacer este tipo de trabajo? –inquirió ella con curiosidad.

Él rio con ganas al comprobar que su intuición había sido acertada; esa pregunta encajaba perfectamente con la reina de la publicidad que él pensaba que era.

–Desentrenar delfines no es la típica profesión que llama la atención de las mujeres normales en busca de marido. En otras palabras, no, no me pagan. Lo normal es que la gente se ponga en contacto conmigo para informarme de que en alguna parte hay un delfín en cautividad y yo consigo que alguien me ofrezca su patrocinio para investigar el caso, antes de solicitar el permiso de las autoridades competentes. Hay personas que se preocupan por el medio ambiente y que hacen donaciones a la Asociación de Delfines Libres, pero cuando no estoy trabajando con un delfín, hago chapuzas para ganarme la vida.

–Así que viajas por todo el mundo liberando delfines, ¿no?

–Sí.

–¿Por qué?

–Porque sí; simplemente, me dedico a eso –contestó él, incómodo, poniéndose de pie.

–Deberías contratar a una agencia de publicidad para que el mundo entero conociera tu compromiso con la Naturaleza. Conseguirías muchas más donaciones –dijo ella con tono práctico.

–Ya, pero no puedo permitirme ese gasto, me limito a conceder entrevistas cuando los medios de comunicación me lo solicitan. Es publicidad gratis, aunque no sucede muy a menudo.

–Algo es algo –concluyó Lucy.

–Y bien, señorita Lucy, ¿qué va a hacer usted con este sitio? –preguntó él con tono de guasa para cambiar de tema.

–¿Te importa realmente saberlo, una vez que te has adueñado del delfín?

–Me importa saber qué va a pasar con el resto de las criaturas marinas que viven aquí confinadas. Si le vendes el zoo a una persona que se parezca a tu padre, dudo que vayan a recibir muy buen trato.

–No estarás pensando que mi padre ha tratado mal a los

animales a propósito, ¿verdad?

–No –contestó él con suficiente firmeza como para aplacar la incipiente furia de Lucy–. Probablemente lo hizo lo mejor que pudo, y no hay que olvidar que para él este zoo significaba, sobre todo, una forma de ganarse la vida. Hay gente que piensa que los animales están ahí para que los humanos nos divirtamos con ellos, y supongo que tu padre era una de esas personas. Digamos que tenía una mentalidad algo anticuada –añadió antes de dejarse caer dentro de la piscina–. Hasta luego, señorita Lucy, tengo mucho trabajo y, si no le importa, prefiero hacerlo a solas.

Chris dejo pasar unos instantes antes de volver la vista para mirar cómo Lucy se alejaba. Probablemente era cierto que ella nunca hubiera aprobado los métodos de su padre, pero sin duda pertenecía al desagradable mundo del codicioso capitalismo. Deseó que se marchara pronto porque, a pesar de su firme prevención frente a las mujeres, ella se estaba convirtiendo en una tentación que no le convenía en absoluto.

Capítulo Cuatro

Lucy se preguntó si Chris se había convertido en un idiota por culpa de la vida o si había tenido ese endiablado carácter desde niño. ¿Por qué mostraba semejante desdén hacia la gente? En realidad, Lucy no sabía ni siquiera por qué se molestaba en pensar en él. Chris podía burlarse todo lo que quisiera, pero tener un trabajo como el que ella tenía, sin ningún jefe que le diera órdenes, y vivir en un precioso apartamento decorado con todo tipo de lujosos detalles, era un regalo del Cielo que no todo el mundo podía disfrutar. Y resultaba que un hombre que prácticamente no poseía nada la estaba obligando a sentirse mal con respecto a su forma de vida, arremetiendo sistemáticamente contra lo que él denominaba «la gran mentira capitalista». «Qué idiota», pensó por enésima vez. Lucy estaba orgullosa de que su vida fuera perfecta, gracias al esfuerzo que dedicaba a su trabajo. Aunque quizá le vendría bien contar con el cariño de un hombre o... de un perro.

Se acercó a Bailey y pudo comprobar que estaba explicando la vida sexual de los pulpos a un grupo de turistas. Bailey era un buen hombre, pero ella no podía mantener abierto el zoo para que él y Bill conservaran su puesto de trabajo, tendría que encontrar otra solución. Quizá podría escribirles una buena carta de recomendación.

–Entrelazan los tentáculos y ruedan por el fondo del océano en íntima comunión durante horas, e incluso días –decía Bailey, exagerando un poco la nota, como era su costumbre.

Desde luego, Lucy no sabía nada sobre el comportamiento sexual de los animales marinos, apenas sabía algo sobre el de los seres humanos, pero aquello sonaba excesivo. Cruzó por delante de los acuarios donde vivían en cautividad decenas de vistosos habitantes de las aguas oceánicas. ¿Sufrirían al sentirse presos o habrían olvidado ya el sentimiento de libertad con el que habían nacido? Volvió a pensar qué hacer con el zoo marino de su padre, mientras observaba cómo muchas de aquellas criaturas mostraban un

comportamiento muy similar al de Liberty, nadando en círculos sin un propósito definido, para divertimento de los seres humanos.

Lucy suspiró, plenamente convencida de que la cautividad suponía una auténtica tortura para todos esos animales, pero consciente de que nunca sería capaz de dedicarse a salvarles la vida y el alma a cambio de una vida sin dinero, sin restaurantes, sin joyas, sin coches, sin hoteles. Ese tipo de vida solo la podían soportar las personas como Chris, que se contentaban con cubrir sus necesidades más perentorias de abrigo y alimento.

–Y bien, señorita Lucy, ¿ha conseguido que nos deje el delfín? –preguntó Bailey una vez se hubo alejado el grupo de turistas al que había estado atendiendo.

–Yo quiero que Chris Maddox libere a ese delfín –afirmó Lucy, preparada para recibir una severa reprimenda del empleado de su padre.

–Dios nos asista, la ha convencido, ese maldito hombre la ha convencido de que cerremos el zoo.

–Me he convencido yo sola –aclaró Lucy–. Creo que los animales deben vivir en libertad. Y hablando de hombres malditos, tengo que llamar a mi ex marido para saber cómo anda todo por la oficina –añadió desapareciendo en busca de un teléfono. Habló primero con su secretaria y luego con Tom.

–Hola –dijo él–. ¿Cómo es que no te has dignado a mirar tu correo electrónico?

–Hola, yo estoy bien, ¿y tú? –contestó Lucy con calma.

–¿Qué? ¿Pretendes que me entregue a las cortesías de rigor cuando llevas más de una semana desaparecida de la faz de la Tierra?

–Solo he estado fuera dos días, y la falta de cortesía fue lo que acabó con nuestro matrimonio, así que recuérdalo cuando veas a esa monada de chica con la que cenaste la semana pasada.

–Estás celosa –respondió él riendo entre dientes.

Ella soltó una carcajada.

–Si estuviera celosa no te daría buenos consejos –le advirtió sin perder el humor.

–Supongo que no, pero tampoco es como para tomárselo a risa.

–Perdona, no lo he podido evitar.

–Bueno, no importa, pero dime: ¿por qué no has mirado el

correo electrónico?

–Porque no me he traído el ordenador portátil. Ya te dije que, para mí, esto iban a ser unas vacaciones.

–Sí, yo también digo eso cada vez que viajo, pero en realidad sigo conectado a la oficina permanentemente.

–¿Estás insinuando que no trabajo lo suficiente? –era la primera vez que se atrevía a hacerle semejante pregunta, aunque hacía meses que él dejaba caer sutiles comentarios que apuntaban en esa dirección–. Si eso es lo que estás pensando, dilo. Estoy dispuesta a disolver la empresa o a venderte mi parte. Si quieres que sea sincera, estoy cansada de tus indirectas.

–No es eso, cariño –se apresuró a disculparse él–. Bueno, es cierto que a veces me parece que yo mantengo un mayor compromiso con la empresa, pero no quiero que disolvamos nuestra sociedad. La cuestión es que, cuando estábamos casados, los dos poníamos todo nuestro empeño en el trabajo y, ahora, parece que tu tiendes a evadirte un poco, creo yo.

–Por eso estamos divorciados, Tom. Estábamos casados con el trabajo, sin dedicar tiempo a construir una verdadera relación de pareja. Te juro que yo sigo comprometida con la agencia, pero realmente necesito unos días de vacaciones. Y no me llames «cariño»; no ha habido cariño entre nosotros desde hace mucho tiempo. Una vez aclarado esto, dime: ¿cuál es esa emergencia que me has mandado por correo electrónico?

–No hay ninguna emergencia, simplemente quería saber si podía localizarte en caso necesario.

–No estoy localizable –informó Lucy con un hondo suspiro–. En realidad, ni siquiera me he acordado de la agencia desde que llegué –era verdad, a excepción de la desagradable conversación mantenida con Chris la noche anterior–. Y no me siento en absoluto culpable, al revés; creo que me merezco unas buenas vacaciones y, además, el mundo no se va a hundir porque yo esté una semana fuera de la oficina. Necesito tomarme mi tiempo para decidir qué hago con el zoo marino de mi padre.

–¿Cómo es el zoo? –preguntó Tom con curiosidad infantil.

–Es un zoo enorme con espectáculos de delfines y miles de acuarios llenos de las más exóticas criaturas. Está junto al océano y las manadas de turistas nos inundan, es una mina de oro –exageró

Lucy, consciente de que él se hubiera tomado a broma la verdad, es decir, que era un parque pequeño y anticuado, al borde de la quiebra económica. Oyó un ruido en la puerta y su mirada se quedó clavada sobre la de Chris, que llevaba un archivo en la mano.

–Eso suena interesante –dijo Tom–. Oye, me están llamando por la otra línea y tengo una reunión con un nuevo cliente muy importante dentro de veinte minutos. ¿Serás capaz de ponerte en contacto conmigo al menos una vez al día?

–Imposible, puede que llame dentro de tres o cuatro días, pero no te prometo nada. Adiós. –Lucy rio con nerviosismo después de colgar–. Puedo explicar esa ligera exageración –balbució ante Chris.

–No hace falta –dijo él meneando la cabeza con incredulidad, mientras dejaba el archivo sobre la mesa–. Hace mucho tiempo que dejé de intentar comprender a la gente.

–Me quedaré más tranquila si consigo explicártelo. Hablaba con mi ex marido, el hombre que comparte conmigo la propiedad de la agencia de publicidad. A veces me vuelve loca con su actitud y la verdad es que le he mentido por pura intuición.

–No me importa –contestó él tomando sus manos–, todo eso que me cuentas forma parte de la gran mentira capitalista y yo ya no pertenezco a ese mundo.

Lucy estaba fuera de juego, pero se sentía extrañamente reconfortada por el calor que trasmitían las manos de él. Se preguntó si él sentiría lo mismo. Como si hubiera escuchado su silenciosa pregunta, él le apretó las manos durante un instante eterno, antes de soltarlas para darse la vuelta y marcharse. Ella cerró un puño y se lo llevó a la frente: acababa de hacer el tonto. Primero había soltado una mentira tremenda y luego había tratado de justificarse sin ningún argumento. No podía culpar a Tom por completo, había algo dentro de ella que no funcionaba bien, según acababa de darse cuenta. La mirada de Chris no podía haber sido más elocuente.

Al final del día, Lucy había conseguido ponerse en contacto con una agencia inmobiliaria para que fueran a echar un vistazo a la finca e hicieran una primera tasación. Se levantó de la mesa con la intención de despedirse de Bailey, pero de repente se encontró

frente a la piscina de Liberty. Chris flotaba en una pequeña balsa, agitando el agua con los pies y las manos. Aún llevaba el mismo bañador que acentuaba su diminuto trasero en contraste con la anchura de su espalda. Ella se humedeció los labios con la lengua, como si estuviera a punto de probar un delicioso bocado.

–No vienes con la intención de explicarme ninguna otra historia rara, ¿verdad? –preguntó él con sorna al detectar su presencia.

–No me importa lo que puedas pensar.

–Eso no me lo creo. Ayer te importaba incluso que un camarero pensara que me habías visto desnudo. Por cierto, ¿qué quieres? Estoy ocupado.

Ella intentó que su tono desconsiderado no la afectara, pero se incrustó en su alma como la hoja de un puñal.

–No pareces estar muy ocupado –se atrevió a opinar después de un silencio doloroso.

–Estoy observando a Liberty. Quiero que se acostumbre a mi presencia sin que ello implique que tenga que entrar en relación conmigo; quiero que aprenda a ignorar a los seres humanos, o que no les conceda mayor importancia que al resto de los seres vivos. Sin embargo, a todos los delfines les gustan los seres humanos. Me pregunto por qué.

Ella lo miró, preguntándose de nuevo qué razón había para que Chris odiara de esa manera a la gente.

–Pues parece que tú le gustas mucho –intervino Lucy–. Y yo también me pregunto por qué –contraatacó, recuperando el buen humor. Chris dio un manotazo en el agua para salpicarla y ella hizo un movimiento esquivo, pero no consiguió librarse de una gotas que cayeron sobre sus pies y que consiguieron hacerla reír–. Eh, te gusta ser cáustico con los demás, pero no admites la verdad cuando se trata de ti.

–Métete en la piscina para que pueda demostrarte un par de verdades –sugirió Chris con una sonrisa maliciosa.

–Ni hablar, ya me has lanzado un pez muerto y ahora acabas de rociarme con agua salada; creo que no me conviene estar cerca de ti –dijo ella con el corazón alegre: la estaba cortejando, no cabía duda. Era un maleducado, pero la estaba cortejando.

Lucy terminó de empaquetar todas las pertenencias de su difunto padre. Puso los mapas aparte, porque no estaba segura de qué hacer con ellos. Aunque su madre la había criticado por empeñarse en acudir personalmente a resolver los asuntos de su primer marido, ella estaba contenta de haber venido. Ese viaje le había proporcionado una sensación de cercanía con respecto a su desconocido padre, que la hacía sentirse más integrada en el mundo. Encendió la pequeña pantalla del televisor para ver el programa del tiempo. Todavía estaba sorprendida de no haber echado de menos ni su casa ni su trabajo, desde que había llegado. Frío y lluvia en Minnesota, un buen momento para llamar a su amiga Vicki y tener una pequeña charla distendida. Vicki trabajaba como periodista en uno de los periódicos más importantes del estado y se habían conocido durante una entrevista. Marcó el número a la espera de escuchar la jovial voz de su amiga. En muchos aspectos le gustaría poder ser como ella, espontánea y despreocupada, pero su rígida educación se interponía.

–Hola –contestó Vicki sin resuello.

–Hola, soy yo.

–Ya iba siendo hora..., espera que encuentre el teléfono inalámbrico, acabo de llegar a casa –al cabo de unos instantes se volvió a oír su voz–: Tengo delante de mí una foto de las Bahamas con playas tan blancas como la nieve y aguas tan limpias como un cristal. ¿Es verdad todo eso... o es solo publicidad?

–La verdad es que aún no he tenido tiempo de pasear por la playa –confesó Lucy, intentando apartar la mente de la imagen de Chris–. No tengo perdón.

–Lucy, eso es típico de ti. Se supone que estás de vacaciones, ¿no?

–Sí, pero no. Es complicado, tengo que decidir qué hacer con el zoo y, además, no para de molestarme un tipo que está intentando desentrenar a un delfín.

–¿Un tipo, dices? –Lucy pudo imaginar cómo los ojos de Vicki destellaban de interés.

–Sí, un tipo. He estado muy ocupada...

–¿Qué pasa con ese tipo?

–No es esa clase de hombre.

–¿Qué clase de hombre es?

–Lo que quiero decir es que no hay nada entre nosotros, no pienses que estoy viviendo una aventura amorosa porque no es verdad –dijo Lucy riendo–. Apenas nos soportamos el uno al otro.

–¿Es guapo e interesante?

–Hum, sí, supongo que podría decirse que sí. Alto, cabello rubio y rizado, delgado y, sin embargo, musculoso. Y unos ojos verdes..., está bien.

–Lucy –dijo Vicki–, ¿me estás ocultando algo?

–Bueno, tiene unos ojos verdes que quitan el hipo. En realidad tengo que admitir que es todo un ejemplar del sexo masculino, pero nuestra relación no tiene ningún futuro. Hemos empezado con mal pie y nada indica que las cosas vayan a cambiar. Ni siquiera le gusta la compañía de la gente y se burla de mí diciendo que soy la reina de la publicidad de Minnesota –concluyó con una sonrisa. Vicki emitía gemidos de admiración al otro lado de la línea telefónica.

–¡Dios mío! ¡Qué envidia! Suena de maravilla. Además, creo que te gusta porque te conozco y soy capaz de detectar la sonrisa que ilumina tus labios mientras hablas de él.

–Imposible –dijo Lucy intentando recobrar la compostura. Se había abandonado a una descripción idílica y había perdido por completo los papeles.

–Totalmente cierto, te conozco. Pero cuéntame, ¿cuál es el problema? ¿No es tu tipo? Si hay que juzgar tus gustos a partir de Tom, me atrevería a decir que no veo ningún problema en que cambies un poco de tipo. Tom es el hombre más aburrido que he conocido en toda mi vida.

–¿Te parece que me gustan los hombres aburridos?

–Sí, para ti los hombres interesantes deben tener una carrera profesional impecable, una cuenta corriente saneada y una reputación intachable. A lo mejor te vendría bien relajarte un poco y tener una aventura con ese tipo. Piénsalo, es un sueño romántico en un país tropical convertido en realidad.

–¿Una aventura? ¿Me estás sugiriendo que tenga una aventura?

–Sí, necesitas relajarte y soltarte un poco la melena. Ese hombre de los delfines con los rizos dorados parece la excusa perfecta.

–Vicki –dijo Lucy al fin, con total seriedad–, olvídalo, sabes que soy demasiado sensible como para tener una simple aventura.

–Ese es tu problema. Eres demasiado sensible, demasiado

inteligente, demasiado bondadosa. Tíralo todo por la borda y cambia de vida –le aconsejó su amiga.

–Eres una mala influencia para mí, ¿lo sabías? –dijo Lucy con una sonrisa cómplice–. Pero no va a funcionar. Por alguna razón, ese tipo me detesta. Piensa que soy una mujer materialista y ambiciosa, demasiado interesada por el vil metal.

–Lo eres.

–Ya, lo soy. Pero ¿qué tiene eso de malo? Vivo bien.

–Lo sé, cariño, pero en el mundo hay más cosas aparte de los coches de lujo y los perfumes caros.

–No, en eso no estoy de acuerdo. Además, no sería capaz de pasar una noche con él y no volverlo a ver en toda mi vida.

–A algunas nos pasa eso continuamente, pero no hay problema, tráetelo contigo –contestó Vicki riendo.

–¿Te dice algo la frase «estar como pez fuera del agua»? –rio Lucy a su vez–. Ese hombre no es humano, pertenece al océano. Jamás encajaría en mi mundo –dijo, intentando imaginar a Chris vestido con un traje y haciendo comentarios sobre los movimientos bursátiles durante la celebración de un cóctel–. No funcionaría. Además, ya te lo he dicho, el tipo me detesta. Ayer me lanzó un pez muerto.

–Eso es señal de que le gustas –contestó Vicki.

–No lo creo, aunque despué me dejó que diera de comer al delfín. Y tendrías que haber visto cómo Liberty dejaba que Chris le acariciara el hocico.

–Chris es el tipo y Liberty el delfín, ¿no?

–Eso es. Bueno, ¿qué quieres que te lleve de regalo?

–Te diré lo que quiero, quiero una foto de ese Chris. Y una foto de la playa para que pueda compararla con la que tengo en casa. Y también quiero verte llegar con una sonrisa que diga: «Por fin he disfrutado del amor en su estado salvaje y pienso recordarlo toda la vida». Eso es lo que quiero.

–Adiós, Vicki.

–Adiós, Lucy. Recuerda lo que te he dicho.

Lucy meneó la cabeza mientras colgaba el teléfono. Vicki nunca había ocultado que envidiaba la opulencia de Lucy. Sin embargo, ella jamás le había confesado que hubiera deseado nacer con un temperamento tan espontáneo y jovial como el suyo. ¿Sabía Vicki

que aunque su éxito profesional fuera completamente satisfactorio, una parte de su corazón permanecía vacía? Sí, lo sabía, por algo eran amigas desde hacía mucho tiempo.

Capítulo Cinco

Esa mañana Lucy se había propuesto observar el color del mar, pero el cielo estaba encapotado y el agua mostraba un triste color gris. Se oyó un trueno a lo lejos, y luego otro sonido de agua batida unido a la persuasiva voz de Chris.

–Eso es..., perfecto.

Las palabras impactaron sobre el cuerpo de Lucy de una forma que no se atrevía a explicar. ¿Acaso su mente había aceptado el consejo de Vicki con respecto a tener una aventura con Chris? Se reveló ante semejante pensamiento, pero dada la estremecedora respuesta de su cuerpo ante el simple sonido de la voz masculina, decidió que tendría que evitar la proximidad de ese hombre, si quería mantenerse a salvo. Pero Liberty había detectado su presencia y nadó hacia ella, saludando con la cabeza.

–¿No es un ejemplo de auténtica masculinidad? –preguntó él–. Mira, ayer le diste de comer y hoy te saluda, enamorado.

El piropo se introdujo en sus venas, acelerándole los latidos del corazón. Olvidando su reciente decisión, se acercó a la piscina para contemplar al delfín. Él nadó con el hocico fuera del agua hasta que tocó una pelota de plástico que flotaba sobre la superficie de la piscina, y con un golpe maestro, se la lanzó. Ella la recogió, complacida, con una gran sonrisa.

–Quiere que se la devuelvas –dijo Chris saltando fuera de la piscina y mostrando de nuevo esa imagen casi desnuda, chorreando agua, que Lucy hubiera deseado... fotografiar.

Ella devolvió la pelota a Liberty y este se la lanzó a Chris, iniciando un juego a tres bandas que se prolongó durante varios minutos. La sonrisa de Lucy era espléndida, todo su ser vibraba con el entorno y estaba contenta, tan contenta como hacía años. Cuando Liberty se cansó de jugar, buceó a la espera de alimento. Chris ya había conseguido que atrapara los peces debajo del agua.

–¿Quieres darle de comer otra vez? –ofreció él.

–Sí –contestó ella con timidez–. Parece que has hecho muchos

progresos.

–Pero se siente solo –aclaró él–. En cambio, tú parece que tienes compañía –añadió señalando a un hombre que se acercaba a ellos conducido por Bailey.

–Señorita Donovan –dijo el desconocido–, soy Crandall Morton, de la agencia inmobiliaria. Encantado de conocerla.

–Hola –saludó ella, estrechando su mano–, lo mismo digo. ¿Qué le parece si vamos a la oficina para charlar un rato? –Lucy encontró refrescante la oportunidad de volver a utilizar el lenguaje cortés y lleno de cifras de los profesionales. Sin embargo, había rechazado su invitación a cenar cuando se despidieron bajo el arco de entrada. ¿Por qué? Si pensaba tener una aventura en Nassau, aquel era su hombre: educado, bien vestido y, obviamente, adinerado, a juzgar por el modelo de su coche.

–Usted no piensa venderle la finca a ese hombre, ¿verdad? –preguntó Bailey al cabo de unos instantes.

–¿Por qué no? Su agencia esta dispuesta a hacer una buena inversión construyendo un pequeño hotel de cara al mar. La finca tiene mucho más valor que el zoo marino, Bailey.

–Su padre odiaba a ese tipo –afirmó sin más–. Creo que hoy no vamos a hacer buen negocio –añadió dirigiendo la vista hacia las negras nubes de tormenta que se acercaban.

–¿Qué hubiera hecho Sony en una ocasión como esta?

–Cuando el tiempo era malo, simplemente ponía el cartel de cerrado y nos íbamos todos a casa.

–Está bien, hoy cerramos –decidió Lucy.

Chris se acercó frotándose el cuerpo con una toalla.

–Me voy al bar de Barney –se despidió–. Ya nos veremos.

Lucy se encontró de repente a solas, con todo el día por delante y sin ningún plan al que ajustarse. Cuando se volvió para mirar a Chris, descubrió que él también tenía sus ojos puestos en ella.

–Supongo que no te apetece venirte conmigo a contemplar la tormenta desde el bar, ¿no? –preguntó él.

–¿Es eso una invitación?

–Sí, creo que sí.

–Bien, entonces acepto.

–Es mejor que nos marchemos antes de que empiece a llover –dijo señalando la motocicleta.

–No pensarás que voy a montarme en esa chatarra –replicó ella.

–Me apuesto lo que quieras a que jamás has hecho nada peligroso en toda tu vida –comentó él con sorna.

–Te equivocas. Creé una empresa nada más salir de la universidad, lo cual supone un riesgo enorme. Además, he venido hasta aquí yo sola para resolver los asuntos de mi padre.

–De acuerdo, anímate –respondió él–. Se pondrá a llover antes de que podamos llamar a un taxi.

Ella lo siguió sin volvérselo a pensar y cerró la cancela del zoo antes de montar detrás de Chris en la motocicleta, poniendo especial cuidado en que sus cuerpos no entraran en contacto.

–Es mejor que me rodees con los brazos –advirtió él–. Irás más segura –sentenció antes de poner en marcha el motor. En cuanto aceleró, Lucy se abrazó a él por mero instinto de supervivencia y sintió cómo su cuerpo se escurría hacia delante, entrando en contacto íntimo con el del conductor. Su pelvis encajaba a la perfección en el pequeño trasero de él y sus pechos se aplastaban contra su espalda. Lucy empezó a sentir cómo una corriente de calor inundaba su sistema nervioso; era una sensación de placer pura y sensual que sonrojó su rostro y la hizo estremecerse con un suave gemido–. ¿Te encuentras bien? –preguntó él volviendo la cabeza.

–Perfectamente. Y, por favor, no apartes la vista de la carretera –rogó mientras se daba cuenta de que pasaban de largo por delante del bar de Barney–. ¡Nos hemos pasado! –gritó.

–Espera un momento, voy a aparcar detrás.

Apenas habían desmontado bajo el porche trasero cuando empezó a llover torrencialmente. Entraron en el bar y un camarero distinto los informó de las especialidades del día, que ellos rechazaron.

–Yo, un refresco de naranja –pidió Lucy.

–Y yo, una cerveza –dijo Chris.

Se sentaron en una mesa baja frente a la tormenta oceánica y ella colocó los pies sobre la silla de enfrente, mientras Chris iba por la bebidas.

Cuando depositó el refresco frente a ella, se inclinó un segundo para apartar un mechón de pelo de su rostro. Había sido un gesto íntimo que la había inundado de calor, aunque él hubiera desviado

la mirada inmediatamente hacia la máquina de discos.

–Voy a poner algo de música –dijo Chris, antes de darse la vuelta.

–Ya sé que es una tontería –dijo Lucy cuando él regresó–, pero aquí sentada frente a la tormenta, habiendo conocido la forma de vida de mi padre, vuelven a mi mente las imaginaciones infantiles que tenía sobre él. Me lo imaginaba surcando los siete mares con un parche en el ojo, como los antiguos piratas –su sonrisa se ensombreció al encontrarse con la mirada de Chris–. Ya te dije que era una tontería –añadió.

–No es ninguna tontería –dijo él–. En realidad, ni siquiera sabías que poseía un zoo marino en las Bahamas.

–No, me lo contó el abogado. Háblame de ti.

–Prefiero no hacerlo.

–Estoy segura de que tienes una vida apasionante, salvando delfines por todo el planeta.

–Mi vida es perfecta, viajo de un sitio a otro, casi siempre en zonas cálidas y tropicales como esta. Y me gusta lo que hago.

–Pero no ganas dinero y no tienes una casa donde refugiarte.

–Tengo una modesta casita en Keys y el dinero no me importa.

–¿Cómo puede no importarte el dinero? Todos lo necesitamos, nos permite comprar las cosas que deseamos para ser felices.

–¿Es usted feliz con su coche de último modelo, señorita Lucy? –preguntó burlón.

–Claro que sí –contestó ella; no iba a confesarle que había un hueco vacío en su corazón.

–De acuerdo.

–¿De acuerdo?

–Si tú eres feliz...

–Lo soy.

–Entonces, ¿por qué mentiste a tu ex marido sobre la situación económica del zoo marino?

–Por causa de la competitividad –contestó ella encogiéndose de hombros–. He sido educada para competir y ganar, al principio competía con mis hermanas adoptivas y luego empecé a competir con mi ex marido.

–Supongo que todos ellos están muy orgullosos de ti.

–Lo están. Y tú, ¿eres feliz?

–Sí –contestó él escuetamente en una postura muy relajada que no dejaba lugar a dudas.

Lucy comprendió que la felicidad de él era serena y completa. No necesitaba rodearse de lujo y tampoco se veía obligado a defender su estilo de vida, como le ocurría a ella.

–Pero ¿qué te pasa?, ¿por qué prefieres la compañía de los delfines a la de las personas?

–Porque soy una persona introvertida y tímida.

–Al menos podrías contarme por qué estuviste en la cárcel. Quiero saber si eres un asesino en serie o algo parecido.

–No te das por vencida, ¿eh? ¿Qué versión prefieres: la sangrienta o la almibarada?

–La sangrienta, por favor –contestó ella con una sonrisa en los labios, mientras él se dirigía a la barra por otra cerveza.

–Demos un paseo –sugirió a su vuelta–. Ha dejado de llover.

Caminaron por una playa húmeda y desierta hasta alcanzar el muro de un rompeolas. Se sentaron allí en silencio.

–No te gusta hablar, ¿eh? –preguntó Lucy.

–Prefiero guardar silencio y absorber el entorno –explicó él con un lenguaje muy suyo.

–Pero cuando dos personas están juntas, lo normal es que hablen de sus cosas.

–Hace ya mucho tiempo que no respeto la reglas sociales. Pienso en el mar, en la felicidad de que disfrutan los animales marinos en libertad; por eso fui a la cárcel. Cuando trabajaba en el zoo marino de Wonders, pensaba que los delfines eran felices, pero al cambiar de propietario, empezaron a recibir un peor trato, y yo decidí que debían vivir en libertad. Lo intenté de todas las formas posibles, pero nadie me hacía caso.

»Un día, un periodista habló conmigo y escribió un artículo sobre los sufrimientos de los delfines en cautividad y mi jefe me despidió. Yo decidí cortar las redes que impedían que los delfines del zoo se escaparan, pero no logré hacerlos salir. Así fue como aprendí que necesitan entrenarse para volver a desear vivir en libertad. Me arrestaron por vandalismo, por eso fui a la cárcel.

–Sus miradas se encontraron y Chris pareció comprender la ternura que expresaba el rostro de Lucy mientras lo escuchaba. Levantó su barbilla con el dedo índice y, respondiendo a un impulso

súbito, besó su boca con avidez. Ella se dio cuenta de que había esperado ese beso con ansia.

–Me has besado –dijo.

–Y tú me has devuelto el beso.

–Pero tú has empezado.

–Lo admito. Ahora que ya hemos pasado por ello, te sugiero que volvamos a tratarnos con discordia, es lo más cómodo –sugirió él con sarcasmo–. Voy a volver al zoo, la tormenta ya ha pasado y tengo mucho trabajo con Liberty.

–Voy contigo, quiero estudiar la propuesta del señor Crandall.

–No piensas vender al finca a ese tarado, ¿verdad?

–¿Por qué no? Me ha hecho una buena oferta.

–Ah, el dinero, me olvidaba de que sin él no eres nadie.

–Me estás insultando de nuevo. Pensaba que con ese beso habíamos sellado una especie de tratado de paz. Si me besas es porque te gusto un poco, ¿no?

–Sabes tan bien como yo que dos personas que no se gustan jamás podrían compartir un beso como ese. Y si somos capaces de besar con tanta intensidad, imagina todo el resto de cosas que podríamos hacer… igual de bien. Pero ese pensamiento me distrae a mí de mis obligaciones con Liberty, y a ti de tus preocupaciones por el futuro del parque. Creo que deberíamos olvidarlo y tratarnos como si nunca hubiera ocurrido.

«¿Olvidarlo?», pensó Lucy. «¿Cómo?».

Capítulo Seis

–¡Mujeres! –exclamó Chris, una vez a solas con Liberty. Pero no todas las mujeres dejaban la huella que Lucy había dejado en su cuerpo al agarrarse a él en la motocicleta, ni todas las mujeres poseían una boca cuyo contacto le había provocado un torrente inagotable de impresiones placenteras–. ¡Mujeres! –exclamó de nuevo mientras Liberty parecía darle la razón con la cabeza–. A ti también te gusta, ¿verdad? –preguntó al delfín.

Chris no estaba en contra de disfrutar de breves aventuras con mujeres que, en realidad, no significaban nada para él. Pero Lucy no encajaba en ese estereotipo y él no tenía tiempo ni ganas de cortejar a una mujer en serio… si podía evitarlo. Pero entonces, ¿por qué la había besado? No encontraba una respuesta que le permitiera olvidarse de ella. Observó cómo ella se acercaba con el rabillo del ojo.

–Hola –dijo Lucy, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones cortos.

–Hola –contestó él antes de sumergirse para dar de comer a Liberty. Tenía que detener esa historia y confió en que ella se hubiera marchado cuando él emergiera, pero se la encontró sentada en el borde de la piscina con las piernas metidas en el agua. Ignoró la corriente de calor que inundó todo su cuerpo y se preparó para utilizar la táctica de mostrarse grosero–. ¿Qué haces ahí? Pensaba que estarías reunida con ese tarado.

–¿Qué pasa? ¿Te molesto?

–Sí. No es nada personal, ¿sabes? Eres más guapa que el resto de la gente que suele aparecer por aquí.

–Qué comentario tan encantador –contestó ella con una mirada burlona.

–Ya sabes que la buena educación no va conmigo. Normalmente tengo que tratar con los propietarios de los delfines que voy a liberar y te aseguro que la amabilidad no hace acto de presencia en nuestras relaciones.

–Por eso eres tan grosero con la gente, ¿no?

–Exacto.

–No te preocupes, procuraré apartarme de ti.

–¡Hola! –exclamó un voz. Era Crandall, que llegaba con una sonrisa radiante.

–Parece que el tarado viene a presionarte un poco, ¿eh? –comentó Chris.

–Puedo cuidarme sola –respondió Lucy secamente mientras se incorporaba para dar la bienvenida al recién llegado–. Hola, Crandall, ¿qué tal?

–Estupendamente, siento no haber podido encargar un poco de sol para el día de hoy.

–¿Es usted el dios del clima? –preguntó Chris con acritud, sin poder evitarlo.

–Eh... no, simplemente... Creo que no hemos sido presentados.

–Es Chris Maddox –dijo Lucy rápidamente.

–Ah, el ladrón del delfín –soltó Crandall con una risotada.

Antes de que Chris pudiera deshacer el malentendido, Lucy tomó la palabra.

–Chris posee la custodia legal de ese delfín –zanjó–. Me temo que aún no he tenido tiempo de estudiar vuestra oferta con seriedad –añadió con tono profesional–. Me he tomado cierto tiempo libre para... disfrutar del paisaje.

–En realidad venía a pedirte que cenaras conmigo esta noche –aclaró Crandall.

Chris estuvo a punto de interceder a favor de Lucy diciendo que ya tenían planes para esa noche, pero finalmente pensó que él no era ningún héroe de película y, además, no tenía ningún interés en pasar la noche con ella.

–Me encantaría –respondió Lucy–. Todavía no había hecho ningún plan para esta noche.

–Fabuloso –dijo Crandall, tomándola del brazo y alejándola de la piscina de Liberty como si se tratara de una princesa–. Estaba pensado en una cena con langosta y vino blanco, mientras contemplamos una hermosa puesta de sol, si el tiempo mejora un poco.

Ella miró a Chris y él estuvo a punto de gritar que ya tenía una cita con él, pero se contuvo y volvió a su entrenamiento con

Liberty. Si realmente deseaba librarse de Lucy, ¿por qué se sentía tan decepcionado?

Lucy sintió un punzada de desazón cuando Chris se desentendió de ella para volcar toda su atención sobre el delfín. ¿Qué esperaba? Aprovechó la excusa de cerrar la cancela del zoo para desasirse de Crandall. ¿Por qué? Estaba segura de que si ese hombre llegaba a besarla, no le diría después que era mejor olvidar lo sucedido, y... al menos iba bien vestido. Crandall abrió la puerta de su magnífico coche de importación y la sostuvo para que ella se acomodara. Luego, dio la vuelta al coche y se introdujo con elegancia por la puerta del conductor. Cuando puso el automóvil en marcha, Lucy no pudo evitar dirigir una mirada de nostalgia hacia la motocicleta de Chris.

–¿Crees que debería cambiarme de ropa? –preguntó.

–No, estás preciosa. Además, en Nassau todo el mundo se viste de modo informal.

Crandall condujo hasta el restaurante con el mismo peligro que los nativos, hablando sin parar sobre sí mismo, un tema del que parecía estar enamorado. Cuando llegaron, un par de empleados se abalanzaron para abrirles las puertas del coche e hicieron una reverencia a Crandall, como si perteneciera a una familia real. Él mantuvo la mandíbula en alto con dignidad y se acercó a ella para tomar su brazo. Lucy estaba segura de que su madre habría aceptado a ese hombre con sus mejores bendiciones. El maître los condujo hasta una mesa cercana al inmenso ventanal que se abría sobre el vasto océano. Después de aprobar el vino, Crandall encargó langosta para dos. La puesta de sol no era gran cosa y el mar presentaba un color verde ceniciento, pero Lucy se sintió en paz consigo misma, disfrutando del clima de lujo y serenidad.

–¿Podríamos pasar unos minutos en silencio para absorber la atmósfera de paz?

–¿Qué?

–No importa, olvídalo.

–Bien, porque quería hablarte, Lucy. Tenemos un pequeño negocio que resolver y luego podríamos dedicarnos a... absorbernos el uno al otro. Los inversores aguardan tu decisión con impaciencia.

–Ya te lo he dicho, no me he decidido aún.

–Ellos saben que no quieres apresurarte.

–¿De verdad?

–Claro.

–Bien, porque esa es la verdad. Además, necesito un poco de tiempo para disfrutar mi propiedad en las Bahamas.

–De acuerdo, olvidemos el negocio por el momento.

–¿Sabes? Es tan agradable disfrutar de la conversación de una persona... civilizada... –dijo tras tomar con calma un poco de vino–. Hasta ahora solo me he relacionado con Chris Maddox y te puedo asegurar que no sabe lo que significa la palabra «caballerosidad». ¿Sabes lo que hizo el primer día, cuando me caí a la piscina? Salió, se secó tranquilamente con una toalla y luego me la dio, completamente chorreando, para que me secara yo... –comentó con una sonora carcajada. Se felicitó por haber dejado de lado su intención de mantener silencio para absorber el entorno, estaba disfrutando realmente del vino, la conversación y la comida.

»Y me ha contado que fue a la cárcel por intentar liberar a sus primeros delfines. ¿Puedes creerte que haya alguien tan loco como para arriesgarse a que lo encarcelen? Sin embargo, cuando lo veo trabajar con Liberty, me da la sensación de que sus convicciones ecologistas son muy profundas.

–Crandall la escuchaba relajado, tras su sexta copa de vino, sin olvidarse de rellenar la copa de Lucy cada vez que esta daba un sorbo. Finalmente, terminaron de cenar y un camarero retiró los platos.

–¿Quieres algo de postre?

–No, gracias. Ha sido una cena deliciosa.

–Me alegro de que hayas disfrutado tanto como yo. Y ahora déjame enseñarte las mejores vistas de la zona.

–Bueno, en realidad, debería irme ya...

–Por favor, permíteme que te enseñe un par de sitios esta noche, y luego podrás quedarte a solas para tomar una decisión sobre la finca.

Lucy dudó un instante, pero supuso que no tendría nada de malo dar una vuelta por la isla con un caballero como Crandall.

Crandall se animó en cuanto salieron del restaurante. Condujo por la ciudad, señalando las propiedades en venta que estaban a su cargo. Pero Lucy estaba cansada y, de pronto descubrió que no tenía ganas de seguir junto a ese hombre.

–Todo esto suena muy interesante, pero estoy cansada y me gustaría irme a casa.

–Solo una parada más –pidió Crandall.

–De acuerdo, una parada más –transigió Lucy. Crandall condujo durante unos minutos, cruzó una verja blanca y se detuvo frente a una preciosa casa–. ¿Dónde estamos? –preguntó Lucy.

–Esta es mi casa.

–No pienso entrar –dijo Lucy a la defensiva.

–No es necesario –contestó él tomando una de sus manos para besarla–. Solo quiero enseñarte mi playa privada.

–¿No sería mejor verla con la luz del día?

–Es más bonita de noche –Lucy lo siguió un poco confusa e indecisa–. ¿Piensas que te he traído hasta aquí para seducirte y convencerte de que aceptes nuestra oferta?

–Es posible –contestó ella, desasiéndose de su brazo con disimulo–. Pero te advierto que no va a funcionar.

–¿Te has detenido alguna vez a pensar que eres una mujer muy atractiva y que yo soy un hombre muy interesante? ¿Sabes que estoy deseando conocerte mejor?

Lucy hubiera soltado una carcajada si no hubiera estado tan nerviosa.

–Te agradezco el cumplido, pero creo que no me interesa tu oferta en este momento.

–Hum, eres preciosa –dijo Crandall atrayéndola hacia sí–. ¿Estás segura de que no te apetece hacer el amor conmigo sobre la playa? –Lucy sintió cómo crecía su virilidad contra su pelvis y trató de separarse, sin resultado.

–Sí, estoy segura. Quiero irme a casa –dijo desasiéndose por fin y caminado hacia el coche. Pero él se lanzó en pos de ella y volvió a agarrarla.

–No pienses que te vas a escapar así como así, Lucy. No he conocido a ninguna mujer que no deseara tener una aventura tropical y yo soy capaz de hacer realidad esa fantasía. Podrías quedarte en mi casa durante el resto de la semana, en vez de vivir

en el apartamento de tu padre.

–¿Cómo sabes dónde vivo?

–He hecho algunas averiguaciones. No te muestres tan a la defensiva, no soy un maníaco sexual, la mayor parte de las mujeres se alegraría de poder compartir la cama con un hombre como yo. Déjate llevar, Lucy, entremos juntos en el paraíso del amor –dijo estrechándola de nuevo contra sí–. Sabes que me deseas.

El cuerpo de Lucy temblaba, y no de deseo precisamente. Estaba sola y atrapada en la playa privada de ese tarado, pero no se iba a dejar violar sin intentar defenderse. Se preparó para golpear la entrepierna del hombre con una rodilla.

Capítulo Siete

Antes de que Lucy pudiera colocarle el rodillazo, Crandall se giró y la atrapó en otra postura, mientras sus labios buscaban los de ella con frenesí. Lucy no podía creerse que algo así le estuviera sucediendo a ella, no podía ser verdad, tenía que tratarse de una pesadilla de la que estaba apunto de despertar, asustada y sudorosa. Y entonces fue cuando oyó el silbido. Crandall parecía sorprendido de que alguien se hubiera atrevido a entrar en su playa privada, pero Lucy sintió un alivio inmediato al reconocer la figura que se acercaba andando por la arena, silbando una tonada. Se separó de Crandall con un movimiento brusco, pero él la sujetó firmemente por la muñeca.

–Cuidado, preciosa, nunca se sabe qué clase de persona puede atreverse a violar una propiedad privada.

Pero Lucy ya mostraba una sonrisa radiante y se sentía a salvo. ¿Cómo era posible que Chris estuviera paseando por esa zona de la isla justo en ese preciso momento? No importaba, estaba salvada, su cuerpo se derritió como la mantequilla al sol.

–Oh, disculpen –dijo Chris componiendo una expresión de sorpresa–. No pensaba encontrarme a nadie por aquí.

–Esta es una playa privada –lo informó secamente Crandall mientras apretaba aún más fuerte la muñeca de Lucy–. Si no desapareces inmediatamente, llamará a la policía.

–¿Morton, eres tú? –preguntó Chris escrutando la oscuridad apenas bañada por la luz de la luna y acercándose un poco más–. ¡Lucy, qué sorpresa tan agradable! –añadió mientras alargaba la mano para que Crandall se la estrechara. Este no tuvo más remedio que soltar a Lucy para hacerlo y ella aprovechó para establecer una distancia prudente entre ellos.

–Y tú, ¿qué haces por aquí? –replicó Crandall.

–Estaba dando un paseo. ¿Sabías que la gente dice que esta es la playa más bonita del mundo? –dijo dirigiendo una brillante mirada a Lucy dando a entender que era consciente de la situación. Ella

deseó lanzarse a sus brazos, pero se contuvo.

–Sí, lo sé, pero es una playa privada. Si no te importa, a Lucy y a mí nos gustaría estar solos.

Antes de que Crandall pudiera asir de nuevo a Lucy, Chris se adelantó y rodeó su cintura con un brazo.

–Pero, Lucy, cariño, me habías prometido tomar una cerveza conmigo esta noche en el bar de Barney..., ¿no te acuerdas?

–Ah, sí, es verdad –repuso ella llevándose la palma de la mano a la frente–. ¿Cómo he sido capaz de olvidarlo? –Lucy miró a Crandall intentando que su nerviosismo no se notara y dijo–: Le debo una cerveza.

–Pero creía que no tenías planes esta noche –contraatacó Crandall.

–Olvidé la cerveza.

–Quedamos en que me invitaría a una cerveza por haberle salvado la vida esta mañana. Se cayó en la piscina del tiburón, pero yo la saqué inmediatamente.

–Creía que te habías caído en la piscina del delfín.

–Eso fue el primer día, pero hoy tuve otro tropiezo; me temo que soy un poco torpe.

–Hay que vigilarla muy de cerca –apostilló Chris, guiñándole un ojo–. Y bien, Lucy, ¿te vienes ahora a tomar la cerveza o quieres que pase a buscarte más tarde?

–Ahora es perfecto –sentenció ella antes de volverse a mirar a Crandall. Su miedo se había convertido en ira–. Gracias por la cena, la comida ha sido fabulosa y también la compañía.

–Vamos, pues, tengo la moto aparcada a la entrada de la playa.

Crandall los siguió con suspicacia mientras Chris arrancaba la moto y Lucy se acomodaba detrás de él. Se despidió con la mano de Crandall y se alejó a toda velocidad.

–No puedo creérmelo –gritó Lucy–. ¡Qué hombre tan desagradable! Intentó besarme a la fuerza –dijo mientras se frotaba los labios contra la camisa de Chris para borrar la huella. Su cuerpo tembló al imaginar lo que hubiera podido pasar si él no hubiera aparecido.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Chris a gritos.

–¡Me has salvado la vida! –afirmó Lucy totalmente pegada a su cuerpo.

–¡Bah!, quizá haya salvado tu virtud, pero no tu vida.

–Cuidado, estás empezando a hablar como un caballero.

–¡Qué vergüenza! –dijo volviendo la cabeza con una sonrisa –unos minutos más tarde aparcaron delante del bar de Barney–. ¿Te apetece la cerveza?

–No tengo ánimo para estar en un lugar lleno de gente.

–¿Quieres que te lleve al apartamento de tu padre?

–No, Crandall podría venir a buscarme.

Chris asintió con la cabeza y se puso en marcha otra vez, en dirección norte.

Cuando tomaron un camino vecinal, ella suspiró aliviada al ver el cartel que anunciaba que se encontraban en la Plantación Caribe. Rodearon la mansión y se encontraron en un hermoso jardín que llegaba hasta la playa. Chris la ayudó a bajar de la motocicleta y la condujo hasta el embarcadero. En el porche, cerca de una barca amarrada, había dos tumbonas. Él entró en la caseta y encendió una suave luz que tiñó de un delicado color amarillo la noche. Lucy se dejó caer en una de las tumbonas y fijó la mirada sobre el océano. Cuando Chris reapareció traía un refresco de naranja para ella.

–Te he traído esto, a no ser que necesites algo más fuerte.

–No, está bien, gracias –dijo comprobando que él también bebía un refresco–. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí.

–Encantado, no hay problema, hubieras sido capaz de resolver el tema tú sola, pero cuando comprobé que no ibas a poder atizarlo con la rodilla, decidí intervenir.

–O sea, que nos habías estado vigilando todo el tiempo –dijo Lucy con una sonrisa radiante.

–Bailey me advirtió que ese tipo no era de fiar en cuanto te marchaste, incluso me preguntó si yo te había dado permiso para salir con él. Así que decidí mantenerme alerta y cuando vi tu cara de disgusto mientras estabas en sus brazos, actué.

–Gracias.

–Ya me has dado las gracias varias veces –dijo levantándose de la tumbona para apoyarse en la valla del embarcadero, frente al mar.

–Lo sé, pero creo que nunca me cansaré de hacerlo –contestó ella, levantándose a su vez, para unirse a él.

–Me alegro de que no te hayas dejado llevar por el encanto de

ese maldito hombre.

–¿Por qué habría de hacerlo? No es mi tipo.

–Señorita Lucy –la reconvino él con una sonrisa divertida–, creo que ese Morton encaja perfectamente en su tipo de hombre, acaudalado, bien vestido, educado...

–Vale, lo admito, ese es el tipo de hombre que suelo encontrarme en mi vida profesional, pero los hay de todas clases y este casi me daba pena, no hacía más que presumir de sus éxitos aquí y allá.

–Cuando la gente no tiene nada dentro de sí, tiene que presumir de sus éxitos exteriores.

–Así que piensas que porque tengo un BMW y un reloj de oro con diamantes, no hay nada dentro de mí.

–No hablo de ti, hablo de la gente que presume de ello –ella se acercó un poco y lo miró llena de deseo–. Lucy, no me mires así o tendré que besarte otra vez, y ninguno de los dos quiere eso, ¿no?

–No, claro –contestó ella con el corazón a punto de estallar.

–Puedes quedarte a dormir aquí si te apetece.

–Me encantaría, en serio.

–Pero solo hay un dormitorio... y una ducha en el exterior.

–No me importa –aseguró ella mientras él la miraba como si no pudiese creerse lo que estaba escuchando–. Mira, he pasado un rato muy desagradable esta noche, podría pedirte que me llevaras a un hotel, pero no quiero abusar de ti y... tampoco quiero pasar toda la noche sola. Lo que sí necesito inmediatamente es darme una ducha.

–Está a la vuelta de la esquina, frente al mar. No suele pasar mucha gente por esta playa, además la oscuridad de la noche te protegerá de las posibles miradas de los curiosos. Te traeré una camiseta para que puedas cambiarte.

–Gracias, Chris.

–De nada. El jabón y el champú están ahí mismo. Voy por una toalla.

Chris volvió con todo lo que había prometido traer y la dejó a solas frente al océano.

«Allá voy», se dijo Lucy abriendo el grifo de agua fría y metiéndose debajo. Sintió que su desnudez era aún más evidente al estar al aire libre y eso la llenó de un sentimiento de sensualidad y aventura. Cuando acabó, se secó y se embutió en una camiseta que

le llegaba hasta la mitad de los muslos. Se sentía limpia y fresca y disfrutaba de una libertad sana y natural completamente desconocida hasta el momento. Así era la vida en estado puro, pensó. Él vivía sin grandes comodidades, sin atascos a primera hora de la mañana, sin un estricto horario que cumplir al cabo del día. Chris y ella eran dos personas totalmente diferentes, unidas por un delfín.

Lucy se sentó en una de las tumbonas y esperó a que Chris se duchara. Cuando apareció, solo llevaba unos pantalones cortos y sobre su pecho destacaba el diente de tiburón. Sin apenas darse cuenta, Lucy se inclinó hacia él para tocar los duros contornos del colgante.

–Es un diente de tiburón, ¿no? –preguntó separándose instintivamente en cuanto él levantó la mirada.

–Sí, para mí es un recuerdo permanente de que no soy invencible. Un tiburón se lo dejó clavado en mi brazo de una dentellada cuando tenía dieciséis años.

–¿Has estado casado alguna vez? –inquirió Lucy con atrevimiento.

–No, en cierta ocasión hubo una chica que llegó a interesarme. Era bióloga, pero me dejó por otro y eso me enseñó a no esperar nada del sexo contrario. Además, el tipo de vida que yo llevo no suele atraer a las mujeres, aunque a veces consigo tener compañía durante una noche.

–Me dijiste que habías vivido en un barco de pesca...

–Sí. Cuando mi madre murió, mi padre invirtió todo nuestro capital en un barco de pesca, en el que vivíamos. Nos ganábamos la vida sacando a los turistas a pescar, dos veces al día: cuando yo llegaba del colegio y a última hora de la tarde. Si por algún motivo yo me retrasaba, él me zurraba.

–¿Abusaba tu padre de ti? –preguntó Lucy horrorizada.

–Solía gritarme e insultarme, pero yo no lo llamaría «abuso», era su carácter. ¡Lucy!, no me mires con esa expresión de espanto. Yo era un chico fuerte y, como ves, he sobrevivido. Además, desde que tenía diez años, empecé a vender pescado y ahorré hasta el último céntimo necesario para comprarme un equipo de buceo. En la profundidad del mar todo está en calma, no hay gritos ni palizas, solo la impresionante inmensidad de un océano lleno de criaturas

maravillosas. Me fui de casa a los dieciséis años, después del episodio del tiburón, y desde entonces he estado solo. No me arrepiento. Empecé a trabajar con los delfines en el zoo marino de Wonders y el resto ya lo conoces. Probablemente, ahora eres la persona que más sabe sobre mi vida, no suelo ser tan conversador.

–A veces, la persistencia da sus frutos –comentó Lucy.

–Guapa y curiosa, justo lo que más me gusta de una mujer –dijo él. A Lucy se le encogió el estómago, pero no pudo encontrar una réplica adecuada–. Y bien, señorita Lucy, ¿cuándo regresa usted a su casa?

–Dentro de un par de días. ¿Todavía estás empeñado en librarte de mí?

–No importa lo que yo desee. Tú te irás y yo terminaré con Liberty para irme a otro zoo marino a continuar con mi trabajo.

–En estos momentos me resulta imposible imaginar que voy a olvidar este lugar… «y a este hombre», –pensó para sí.

–Apuesto a que nunca te tomas vacaciones.

–Casi nunca.

–Lo sabía, trabajas para comprarte cosas bonitas y, al final, llega un momento en que trabajas tanto que ya no tienes tiempo de disfrutar de ellas –dijo él con una expresión enigmática–. Vivimos en mundos diferentes –sentenció–. Vamos, señorita Lucy, déjeme que le enseñe su hamaca.

–¿Hamaca?

Capítulo Ocho

Lucy se estiró en la hamaca con la primera luz de la mañana. La sonrisa que inundaba su rostro parecía indicar que podía conquistar el mundo con un solo dedo. ¿Estaba sonriendo?, se preguntó pasándose los dedos por los labios. Sí, indudablemente. ¿Cuánto tiempo hacía que no se despertaba con una sonrisa? Lo había olvidado. Un millón de pájaros trinaban en el jardín de la plantación, el sol entraba por la ventana y la hamaca había resultado mucho más cómoda de lo que esperaba. Se bajó de ella y salió al porche. Una almohada y una sábana sobre una de las tumbonas revelaban el sitio que él había escogido para dormir. Lo vio en el mar tendiendo unas redes desde una barca para capturar peces vivos para Liberty. Al cabo de unos minutos, Chris volvió a la playa con su carga y Lucy se acercó a él por detrás.

–Hola –dijo posando una mano sobre su musculoso y bronceado brazo.

–Hola, dormilona –contestó él dándose la vuelta con una sonrisa.

–Lo primero que he pensado al levantarme es que podría vivir en un lugar como este toda la vida –afirmó ella, aún soñolienta, sintiendo a partes iguales el calor del sol y de su varonil sonrisa.

–Según tengo entendido tienes un trabajo y un apartamento que te esperan en Minnesota.

–Supongo que sí –dijo ella asombrada de haber podido pasar años trabajando, sin tomarse unas vacaciones.

–No lo supones, lo sabes –la corrigió él–. No digo que sea nada malo –añadió con una sonrisa diabólica.

–Ah, es verdad, la gran mentira capitalista... Soy una persona codiciosa y materialista, lo había olvidado –dijo ella con una sonrisa.

–Bueno, en realidad supongo que no eres tan horrible –admitió él.

–Imagino que eso es todo un cumplido –contestó ella estremeciéndose con la brisa marina.

–El mayor que se puede esperar de mí, ya sabes que desconozco las reglas de la cortesía.

–Bueno, ayer me dijiste que te gustaban las mujeres bonitas y curiosas, así que supongo que no lo estoy haciendo del todo mal –le recordó ella mientras una ola bañaba sus pies desnudos.

–Lo estás haciendo bien –corroboró él con una sonrisa más tímida que la anterior.

–¿Qué es eso? –preguntó Lucy sentándose sobre la arena y señalando un cable negro que salía del mar.

–Estoy grabando los sonidos del mar para que Liberty pueda acostumbrarse a ellos. Mañana tengo que volver a tender las redes para capturar peces vivos. ¿Te gustaría acompañarme?

–Claro –contestó Lucy, sorprendida de haber aceptado sin consultar mentalmente su agenda antes. ¿En la barca?

–No, utilizaremos el equipo de buceo superficial, así podrás conocer el fondo del mar.

–Pero yo no tengo aletas, ni gafas... –suspiró ella sintiendo un miedo repentino.

–Hay suficiente material en el zoo marino, no te preocupes.

–Genial –contestó sobrecogida ante la perspectiva, mientras regresaban al embarcadero–. Supongo que pasaré las dos próximas noches en un hotel. Me gustaría hacer unas fotos.

–Bien, tráete la cámara mañana cuando vayamos a bucear.

Lucy se acomodó en la moto sobre la espalda de Chris, disfrutando del contacto de sus cuerpos. Sin embargo, recordó que pronto estaría de vuelta en Minnesota y se reprochó estar disfrutando del roce de los pechos contra la espalda de él en cada bache. Además, Chris no era su tipo.

–¿Puedes llevarme esta tarde en la moto hasta el apartamento de mi padre? –preguntó una vez hubieron aparcado delante del zoo marino–. Desde allí, tomaré un taxi hasta el hotel.

–Señorita Lucy, estoy dispuesto a llevarla a donde usted quiera –dijo antes de darse la vuelta para encaminarse hacia la piscina de Liberty.

Mientras se dirigía a la oficina, se detuvo delante del acuario de la raya, donde Bailey estaba echando una cesta de pienso marino.

–Buenos días, señorita Lucy. Tengo que hablar con usted.

–Bien, pásate por la oficina cuando quieras.

–Quiere hablarte de un amigo que ha pensado comprar la finca –intervino Chris, que no estaba muy lejos.

–Estupendo, estoy abierta a cualquier tipo de oferta –contestó ella con firmeza mientras observaba los lentos movimientos de la raya. Su acuario era mucho más pequeño que la piscina de Liberty y pensó que el impresionante animal parecía aburrido y descorazonado.

–¿Es peligrosa esa raya?

–En absoluto –contestó Chris.

–Lucy –dijo de pronto una voz que la inquietó de inmediato. Era Crandall, que se dirigía a ella con expresión de arrepentimiento.

–No tengo nada de qué hablar con usted, señor Morton. Me temo que debo pedirle que se vaya –dijo fríamente viendo con el rabillo del ojo cómo Chris los observaba.

–Lucy –dijo Crandall meneando la cabeza–, sé que te he causado una mala impresión, pero vengo a pedirte disculpas. Las señales que recibía de ti me hicieron pensar…

–No estabas recibiendo ninguna señal de mí, bastardo.

–Ha sido un simple malentendido –explicó Crandall levantando las manos en señal de rendición, con la mejor de sus sonrisas–. Quizá bebí demasiado. Cuando te marchaste me sentí fatal y fui al apartamento de tu padre para disculparme, pero no estabas allí.

–De acuerdo, ya te has disculpado. Ahora, vete.

–Lucy, dame una oportunidad para que podamos hablar sobre ello como personas civilizadas…

–Señor Morton, ¿conoce usted la vida de las rayas? –dijo Lucy con tono jovial.

–Hum, en realidad, no.

–Me sorprende. Esta es una raya venenosa, el mero contacto con su piel provoca una reacción de fiebre alta que puede significar la muerte. Salta la valla y acércate.

Crandall confiaba tanto en sí mismo que se acercó al acuario sin advertir el suave tono burlón en la voz de ella. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Lucy le dio un empujón que parecía accidental y él cayó sobre el agua donde habitaba la raya con gran estrépito. Presa del pánico, se hundió hasta el fondo y luego

emergió agitando piernas y brazos con caótico alboroto para recuperar el equilibrio.

–¡Auxilio! –gritó.

–¡Date prisa, Crandall, sal de ahí inmediatamente, te juegas la vida! –gritó Lucy disfrutando de su venganza.

Crandall saltó fuera del acuario y miró detrás de sí: la raya estaba tranquilamente posada sobre el fondo en la esquina opuesta. Lucy no pudo evitar reírse a carcajadas y su alivio se redobló al escuchar una risotada masculina. Al parecer, Chris también encontraba la situación de lo más jocosa.

–De acuerdo –dijo Crandall chorreando–. Ya te has vengado de mí, esa raya no era peligrosa, ¿verdad?

–A lo mejor no le gustan los tipos de tu calaña. Pero te aseguro que el tiburón blanco es mucho más amigable y, si no abandonas mi propiedad inmediatamente, voy a darme el gusto de presentártelo también.

–Lucy, estás cometiendo un gran error. Jamás conseguirás una oferta como la nuestra –amenazó mientras se dirigía al arco de entrada.

–Conozco todas tus ofertas y estoy dispuesta a quedarme con la finca antes que vendérsela a un tipo como tú.

«De vuelta a la civilización», pensó Lucy mientras entraba en el vestíbulo del lujoso hotel donde pensaba alojarse. Se le ocurrió invitar a cenar a Chris en el restaurante del hotel, pero algo le hizo pensar que quizá él no se encontrara tan cómodo como ella en un lugar como ese. Era su mundo, no el de él. Aún era pronto para cenar, pero entró en el comedor y pidió una ensalada de gambas y un vaso de vino. «No vuelvas a pensar en Chris», se ordenó.

Después de cenar, se tumbó sobre la inmaculada cama de su habitación y marcó el número de teléfono de su madre.

–Hola, mami, soy Lucy.

–Cariño, ya pensaba que te había secuestrado una tribu de nativos o algo así.

–Estoy bien, no ha pasado nada, simplemente he estado muy atareada.

–¿Dónde te alojas?

–En el Hotel Island Club. Es precioso.

–¿Y tu padre… vivía en una tienda de campaña o qué?

–No –dijo con una sonrisa–, vivía en un edificio de apartamentos.

–¿Y… qué tal el zoo marino? Tom me ha contado que es magnífico y que tiene un montón de beneficios, aunque me cuesta creérmelo, habiendo conocido a Sony.

–Bueno, es posible que Tom haya exagerado un poquito –dijo sonrojándose de culpa al recordar su mentira–. El zoo es pequeño, pero la finca está junto al mar y supongo que vale mucho dinero. Ya he recibido una oferta y estoy esperando una segunda.

–Bueno, al menos vas a sacar algo de ese bribón.

Lucy estuvo a punto de hablarle sobre los recortes de periódicos y las fotografías, pero sabía que no lograría conmover a su madre.

–No es solo el dinero, también le agradezco la oportunidad que me ha dado de visitar esta hermosa isla tropical, necesitaba unas vacaciones urgentemente. Mañana voy a bucear en el océano.

–¿Bucear? Eso suena peligroso, cariño.

–No te preocupes, me acompaña un tipo que ha nacido en el mar –dijo Lucy con una sonrisa.

–¿Un tipo?

–Sí, se llama Chris y se dedica a liberar delfines.

–¿No te sentirás atraída por un hippie, verdad? Recuerda que te he enseñado a comportarte como una mujer sensata.

–Solo voy a bucear, nada más –la tranquilizó.

–Lucy, ten mucho cuidado, ya sé que las mujeres divorciadas… pueden sentir ciertas urgencias naturales, pero quizá deberías conseguir uno de esos aparatos…, ya sabes, eso sería mucho más cómodo y menos complicado que un hombre de carne y hueso.

Lucy no podía creerse que su madre le estuviera sugiriendo que utilizara un consolador y decidió no hacer ningún comentario sobre el tema.

–Piensas que me apetece tener una aventura con Chris, pero… ¿que dirías si te confesara que no es solo eso, que estoy enamorada y que deseo pasar el resto de mi vida junto a él? –bromeó.

–¡Lucy Annabelle Donovan! ¡No te rías de tu madre! Tú necesitas un hombre que te pueda ofrecer todas las comodidades que necesitas.

–¿Por qué? Al fin y al cabo, tu te casaste con un aventurero.

–Sí, pero era muy joven e ingenua. Estaba enamorada, sin embargo pronto me di cuenta de que si seguía con él, jamás podría vivir en una buena casa ni tener un buen coche. Maduré y cambié de vida, así que ya sabes, haz caso de tu madre. Y ahora tengo que dejarte, vamos a un cóctel, llama cuando llegues a casa. Hasta luego, cariño.

Lucy estaba aún concentrada en sus pensamientos cuando descubrió que se encontraba en la puerta del hotel pidiendo un taxi, abstraída, dio la dirección del zoo marino y una gran sonrisa iluminó su rostro al ver la moto de Chris aparcada bajo el arco de entrada.

Capítulo Nueve

La puesta de sol teñía el cielo de púrpura y carmesí y los colores se reflejaban sobre la superficie del ondulado océano. Lucy aspiró una profunda bocanada de aire, sintiéndose parte del paisaje y deseando conservar para siempre la sensación de paz que en ese momento sentía. Entró en el zoo y, al cabo de un minuto, escuchó el sonido de una guitarra. Chris solo era una silueta situada a contraluz, en el borde de la piscina de Liberty. Permaneció quieta y en silencio durante una largo rato, para absorber la escena que quedaría impresa en su memoria durante el resto de su vida.

Chris tocaba la guitarra para Liberty, sin saber que tenía más espectadores, y Lucy disfrutó a solas de ese instante de comunicación no verbal entre un ser humano y un animal marino, con la placentera sensación de estar disfrutando de una escena sublime. Su corazón se inundó de placer al comprender que el solitario Chris disfrutaba de momentos de intensa felicidad con el trabajo que había escogido libremente. Chris finalizó la tonada y Liberty se volvió hacia ella, descubriéndola. Él se volvió también y la vio.

–¿Me estabas espiando? –preguntó.

–No era mi intención, te lo aseguro, simplemente me quedé quieta, impresionada por la belleza del paisaje y de la música –dijo ella temblando y evitando posar los ojos sobre su musculoso cuerpo.

–¿Te encuentras bien, Lucy? –preguntó él acercándose.

–Estoy bien, pero tengo que recoger una cosa en la oficina –se excusó ella.

–¿Estás segura de que te encuentras bien? –insistió él tomando sus manos. Lucy no pudo evitar la corriente de calor que recorrió todo su cuerpo–. Pareces... preocupada. ¿Ha vuelto a molestarte Crandall?

–No, no. Acabo de hablar por teléfono con mi madre y le he contado que mañana iba a ir a bucear contigo. No le ha gustado la idea, le parece peligroso.

–¿Piensa que vas a caer en las fauces de un tiburón?

–No, en realidad está preocupada por tu causa –contestó ella con una risa nerviosa–. Piensa que voy a tener una aventura contigo, o incluso a enamorarme de ti, pero yo la he tranquilizado. Ella sabe que soy una mujer sensata.

–Y eso... ¿te preocupa? –preguntó él estrechándola en sus brazos.

–No, quiero decir... tú y yo somos tan diferentes. Sería ridículo, ¿no?

Él la miró durante un instante con la suficiente profundidad como para sondear su alma y disparar la adrenalina por todo su torrente sanguíneo. «Bésame», pidió Lucy en silencio. Como si le hubiera leído los pensamientos, Chris inclinó la cabeza y la besó a su modo, lento y suave. Le introdujo la lengua con calma y jugó con la suya antes de explorar el resto de los recovecos.

–¿Quién eres en realidad? –preguntó Chris, separándose de ella–. Ya lo sabes todo acerca de mí. ¿Quién eres tú?

–¿No quieres seguir besándome?

–No.

–Quizá no haya sido una buena idea hacerlo.

–Probablemente.

–Sin duda.

–Vuelvo a mi pregunta. ¿Quién es Lucy en realidad?

–Bueno, soy copropietaria de una agencia de publicidad que da muy buenos beneficios.

–¿Y?

–He trabajado mucho para llegar hasta donde estoy, soy una persona razonable y perfeccionista.

–Es posible que no te conozcas tan bien como crees –sugirió Chris.

–Claro que me conozco.

–Piénsalo –dijo besándola en la punta de la nariz–. ¿Necesitas que te lleve hasta el hotel?

–Sí, me encantaría. Si me esperas, voy a la oficina y vuelvo de inmediato –dijo para cubrir las apariencias. A su regreso, Lucy preguntó–: ¿A Liberty le gusta la música?

–Sí, especialmente cuando dejas prolongar el sonido de un acorde. Me pregunto si la música sería un instrumento viable para

entrar en comunicación con los delfines –contestó él mientras se dirigían hacia la motocicleta.

Lucy estuvo a punto de proponer que tomasen una bebida en el bar de Barney, pero se sentía demasiado vulnerable y temía hacer alguna tontería como, por ejemplo, echarse en sus brazos y ponerse a llorar, inconsolable. Además, la pregunta sobre quién era ella en realidad revoloteaba por su mente, poniéndola nerviosa.

Cuando llegaron al Island Club, Lucy se sorprendió a sí misma proponiéndole tomar un cerveza en el bar del hotel, pero él debía de haber previsto la respuesta.

–No es mi estilo, señorita Lucy. Buenas noches –dijo, y se marchó.

Lucy subió a su habitación, abrió el balcón y se apoyó sobre la barandilla. ¿Quién era ella? ¿Existía en ella una parte desconocida que estaba saliendo a la luz durante esos hermosos días en las Bahamas? Era propietaria, sensata, práctica, educada, perfeccionista, competitiva y divorciada. Pero... ¿cómo era en la intimidad, lejos del trabajo? No recordaba habérselo planteado nunca.

Se estudió con detenimiento, empezando por lo más básico: era una mujer con un corazón romántico. Durante años había basado su vida en la fortaleza profesional, evitando las tentaciones emocionales, pero durante ese viaje su corazón estaba saliendo a la luz. Sin duda era una mujer solitaria y romántica que deseaba y necesitaba algo más que un simple beso, quizá un compromiso amoroso para toda la vida. Pero no era un pensamiento agradable, ya que nada de todo eso se podía comprar con dinero, por tanto lo desdeñó con firmeza. Mañana le diría a Chris que era una mujer feliz.

A la mañana siguiente, Chris observó cómo Lucy se acercaba a la piscina de Liberty, deteniéndose en otros acuarios a su paso. Un extraño sentimiento de paz y felicidad lo inundó. El tono sonrosado por el sol de su bello rostro se había tornado moreno y su melena saltaba sobre los hombros en una danza que encogió su estómago.

–Hola, Liberty –dijo ella antes de saludarlo a él–. Hola, Chris. Quiero tocarlo.

Él estudió sus dedos para comprobar si tenía las uñas bien pulidas y se descubrió pensando que prefería que esos dedos tocaran una parte muy concreta de su cuerpo.

–De acuerdo, bate las palmas sobre el agua para llamarle la atención.

Liberty nadó hacia ella y levantó el hocico para tocarle la mano

–¡Me ha tocado! –gritó Lucy con entusiasmo. No me extraña que te guste trabajar con estos animales.

–Trabajar con ellos es muy gratificante, pero odio sentarme en la mesa de mi casa a escribir cartas y hacer llamadas telefónicas a los gobiernos para pedir permisos de custodia y liberación.

–¿Sabes lo que pienso? Creo que cuidas a los delfines huérfanos porque no tuviste una madre que te cuidara a ti cuando eras niño.

–Es posible que tenga usted razón, señorita Lucy –admitió él finalmente con expresión pensativa, pero sonriente. Lucy estaba inclinada sobre la piscina y él pudo contemplar el inicio de sus pechos. Sintió ganas de meter la mano por su escote, pero desechó la idea inmediatamente: Lucy no era la típica muchacha en busca de una aventura tropical. Era una mujer que cualquier hombre querría como esposa, pero él no podía ofrecerle semejante cosa.

–¿Recuerdas tu pregunta de ayer? Pues voy a contestarte: soy una mujer que ha luchado y ha conseguido un montón de cosas, soy una mujer feliz.

–Eso es lo que importa, Lucy, que seas feliz –si tenía alguna duda, Chris decidió no expresarla.

–Lo soy. Tengo todo lo que deseo y aún soy joven, puedo aspirar a muchas más cosas en la vida.

–Estoy seguro de ello.

–A veces me encuentro un poco sola –aceptó Lucy comedidamente–, pero eso es porque trabajo demasiado, aunque me gusta lo que hago. Soy muy feliz –afirmó mirándolo a los ojos y encontrando una expresión ligeramente burlona como respuesta. De pronto se llevó una mano a la frente y exclamó–: ¡Qué mentirosa soy! –él no supo qué responder, le hubiera gustado poder consolarla, pero se abstuvo–. No le he dicho esto a nadie. Acabo de cumplir treinta años y me siento... vacía. No sé por qué, tengo todo lo que necesito y la gente, bueno, la mayoría de la gente me respeta.

–Yo te respeto.

–¿De veras?

–Claro. ¿Por qué te sientes vacía?

–Me gustaría saberlo. Nunca se lo he dicho a nadie porque mis amigos de Minnesota se lo tomarían a broma y mi madre me mandaría al mejor psiquiatra de la ciudad. No sé por qué te cuento todo esto.

–Porque sabes que yo también he pasado por ello.

–¿Tú crees?

–Por supuesto. Cuando trabaja en el zoo marino de Wonders tenía toda la atención femenina que necesitaba y no estaba nada mal pagado. Aun así, me sentía incompleto.

–Pero abandonaste aquella vida y ahora te acompañan los delfines. Eres feliz. La gente pensaría que estoy loca si decido abandonar mi negocio y todo lo que ello representa.

–Lucy, no se trata de que abandones tu vida; simplemente estás atravesando una crisis, estás aprendiendo a conocerte mejor a ti misma, no es nada preocupante –la consoló Chris.

–¿De verdad?

–Claro, acabas de cumplir treinta años y a esa edad todo el mundo se replantea su vida. Vuelve a casarte y sigue trabajando, te encontrarás mejor.

–La gran mentira capitalista, ¿no?

–Contigo funciona, conmigo no.

–No estoy preparada para volver a casarme, después de Tom.

–¿Qué hay de malo en Tom? –preguntó él, ávido por conocer la vida privada de Lucy.

–Nada, Tom es perfecto, guapo y emprendedor. Nos conocimos en la universidad y tuvimos un noviazgo de película, pero nunca aceptó del todo que mi familia invirtiera su dinero en poner en marcha nuestro negocio. Por eso se muestra tan competitivo conmigo, quiere compensar esa inversión con horas de trabajo. Pero cuando una de mis campañas ganó un premio importante, se vino abajo, perdió parte de su autoestima y nuestro matrimonio se convirtió en un infierno, el lado romántico de la relación desapareció.

»Hace ya un año que nos divorciamos y estamos orgullosos de mantener una relación profesional totalmente civilizada, pero él

siempre pretende dejar claro que trabaja más que yo, y yo estoy cansada de sus quejas e insinuaciones –explicó mirándolo–. Probablemente, ahora me respetarás menos que antes.

–Al contrario, señorita Lucy, la respeto mucho más que antes –dijo con una sonrisa comprensiva en tono divertido.

–Gracias –contestó ella con una sonrisa apocada.

–Venga –dijo él tomando su mano–, acompáñame a dar de comer a Liberty y luego iremos a bucear.

Deseaba abrazarla, acababa de demostrar que era una mujer con sentimientos, vulnerable y algo solitaria. Si desentrenar a una persona fuera tan fácil como desentrenar a un delfín... «No te involucres, Maddox», se dijo, «ella se marchará mañana».

Capítulo Diez

–Cuéntame la oferta del amigo de Bailey –preguntó Chris mientras preparaba el equipo de buceo en la playa.

–Bueno, David Gevauden quiere construir varias casas y un restaurante, nada muy elegante, para gente normal. He hablado con él por teléfono y parece buena persona, no como el tarado ese de Crandall –aclaró Lucy con una carcajada–. No me ofrece tanto dinero como él y además me pagará a plazos, pero con intereses. Tengo que pensarlo.

–¿Preparada? –preguntó él.

–Preparada –contestó ella–. ¿Qué es aquella mancha que se ve al fondo?

–Es un arrecife de coral, no debes tocarlo porque es un ser vivo muy delicado.

–No pienso tocar nada ahí dentro –advirtió ella.

–Todavía puedes arrepentirte.

–Ni hablar, vamos allá.

Él llevaba su diminuto bañador habitual y ella se sintió prácticamente desnuda cuando se quitó la camiseta y los pantalones cortos, dejando a la vista su bañador de una pieza.

–Hum, la reina de la publicidad no puede quejarse de que la Naturaleza la haya tratado mal –dijo él con admiración, estudiando su figura–. Sígueme y haz lo mismo que yo –añadió internándose en el agua lo suficiente como para poder ponerse las aletas y las gafas con el tubo de respiración. Luego, se puso a nadar hacia una apertura en el banco de coral. A medida que se acercaban hacia aguas más profundas, el color azul del mar se oscurecía. Él batió las aletas delate de su rostro a modo de juego y luego la esperó para tomar su mano y nadar juntos. De pronto señaló hacia la derecha para que ella pudiera ver el paso de una tortuga gigante que se alejaba de ellos. Luego, se acercaron a un enorme pez negro moteado de amarillo y nadaron con él, cada uno por un lado, hasta que el pez se cansó de ellos y desapareció moviendo la aleta de la

cola a gran velocidad. Lucy y Chris emergieron.

–¿Qué tipo de pez era ese? –preguntó ella.

–Un mero. Ahora mira lo que voy a hacer, pero no te acerques –dijo antes de sumergirse a pulmón libre para mover la arena del fondo en un lugar determinado.

Una raya despertó de su siesta y se alejó como si planeara en el agua. Lucy comprendió de repente que una persona pudiera sentirse totalmente satisfecha sumergida en ese mundo apasionante. A lo lejos, nadaba un banco de peces rojos con el vientre azul y las aletas en forma de abanico. Al cabo de unos minutos, volvieron hacia la zona de playa. Lucy jamás se había sentido tan gratamente impresionada en toda su vida. Se quitó la gafas y las aletas y se quedó de pie sobre la playa, atónita. El sol brillaba a su alrededor, creando destellos en la cresta de las olas, pero ella estaba más interesada por el hombre que había tenido el detalle de mostrarle ese mundo maravilloso.

–Ha sido increíble –exclamó–. Tenías razón, es mucho más interesante ver a todas esas criaturas en su hábitat natural que en un acuario. Quiero más, quiero pasar más tiempo en el mar.

–El fondo del mar crea adicción –dijo él mirándola con la sonrisa más maravillosa del mundo.

–Nunca olvidaré este día.

–Sí, lo harás. Volverás a Minnesota y nos olvidarás.

Él se acercó y frotó dos puntos de sus mejillas.

–No me digas que se me han pegado las algas.

–No, quería tocar tus preciosos hoyuelos.

–¿Tengo hoyuelos?

–Sí, pero solo cuando sonríes contenta.

Él alzó su barbilla con una mano y la miró a los ojos antes de besar los hoyuelos, uno detrás de otro.

Lucy se quedó sin respiración mientras él besaba sus labios de nuevo. Se estremeció de arriba abajo en una oleada de placer, saboreando la sal en los labios de él. Chris la deseaba y dejó que la tensión de su cuerpo se lo demostrara. Ella también lo deseaba a él y pasó los brazos por detrás de su cuello, hundiendo los dedos en los suaves rizos dorados. La lengua de él jugaba con la suya siguiendo el ritmo de las olas. Lucy no quería separarse de él, no quería marcharse al día siguiente. Seis noches no habían bastado

para saciar su necesidad, ni tampoco lo harían seis años... «¿Qué estoy pensando?», se preguntó antes de ordenarse: «No pienses, por una vez en tu vida, no pienses, déjate llevar por las emociones».

Chris soltó un inmenso suspiró al terminar el beso. La miró y volvió a abrazarla.

–Háblame de tu vida en Minnesota –preguntó, por fin, resignado–. Qué haces, cuándo te levantas, qué desayunas, cuéntamelo todo sobre ti.

–¿Por qué quieres saber todo eso ahora?

–Porque quiero recordar que te marcharás mañana, que no me perteneces, que mañana no estarás conmigo.

Ella suspiró y él la besó de nuevo. Quería olvidarse de que tendría que marcharse al día siguiente, quería seguir entre sus brazos para siempre.

–No sé qué decir.

–Pues inventa algo.

–Quizá podría quedarme algunos días más... ¡No, maldita sea!, no puedo. Tengo un montón de reuniones la semana próxima –las reuniones, la oficina, todo eso sonaba irreal en aquel paisaje y estrechada por los brazos de ese hombre–. Quiero quedarme –dijo, al fin.

–Pero no puedes, ni debes. Tienes que dirigir un negocio, esa es tu vida. Lo nuestro es solo un interludio, algo que olvidarás fácilmente, o que recordarás como un sueño lejano.

–No pienso olvidar ni un solo detalle.

–Todo se olvida, preciosa –comentó él con cierto sarcasmo–. Pero estoy contento de haberte conocido, tu presencia ha mejorado la opinión que tengo de la gente en general. Eres toda una dama –añadió acariciando su labio inferior–. ¿Te has dado cuenta de que hemos olvidado vaciar las trampas? –preguntó volviendo a la vida real–. Venga, volvamos al mar a pescar la comida de Liberty. A lo mejor queda algo para que nosotros podamos cenar también.

Capítulo Once

De vuelta en el zoo marino, Lucy fue al cuarto de baño a cambiarse de ropa, mientras Chris se alejaba hacia la piscina de Liberty con pescado fresco. Ella se miró en el espejo y se encontró rejuvenecida y sonriente. Tenía hoyuelos en las mejillas. En sus ojos lucía una mirada soñadora y se encontró más guapa que de costumbre.

Se acercó a la piscina de Liberty y antes de que pudiera pedir un pez para darle de comer, Chris le dio uno.

–Ya es capaz de capturar peces bajo el agua y ahora estoy variando sus menús aleatoriamente, para que se acostumbre a la variedad propia del océano –informó Chris.

–¿No echas de menos a los delfines cuando los liberas?

–Estoy acostumbrado a la idea, pero sí, a veces echo de menos a alguno, aunque soy feliz al saber que viven en libertad.

Habían acabado con la cesta de pescado, y probablemente aquel momento sería el fin de su relación con Liberty: Lucy tenía que marcharse al día siguiente.

Cuando el sol empezó a ocultarse en el horizonte, Chris asó a la brasa un par de rodaballos que habían pescado en las trampas esa misma mañana, y cenaron en la playa. Hablaron de cosas triviales y Lucy tomó unas fotos mientras Chris descansaba sobre la toalla.

–¿Me has sacado alguna foto? –preguntó él.

–Sí, ¿te importa?

–No, pero... ¿para qué la quieres?

–No quiero olvidarme de ti jamás –contestó Lucy, acomodándose junto a él.

–Quédate conmigo esta noche, Lucy –rogó Chris inclinándose para besarla.

Ella había estado esperando esa sugerencia durante todo el día y sintió cómo su pecho se tensaba con los pezones endurecidos y una

oleada de calor recorría su cuerpo, deteniéndose por fin en el centro de su feminidad.

–Lo haré encantada –respondió acariciándole la barbilla con el pulgar.

Él la besó de nuevo con un ritmo lento y pausado y ella sintió cómo se incendiaba todo su sistema nervioso. ¿Cuánto tiempo hacía desde que no sentía el ardor propio de una mujer enamorada? Lo amaba, amaba a ese hombre, y mañana tendría que dejarlo para siempre.

–¿Te apetece darte una ducha? –propuso Chris.

–¿Te refieres a ducharme... contigo?

–Claro, ¿tienes miedo? –preguntó él con una sonrisa maliciosa.

–Por supuesto que no –respondió ella riendo. Había ciertas partes de su cuerpo, partes íntimas y femeninas que palpitaban con intensidad a la espera de recibir el contacto masculino–. Todavía tengo tu camiseta, ¿puedo usarla?

–Quédate con ella si quieres.

–Gracias –la sensación de poseer algo suyo era reconfortante.

Él dobló la esquina hacia la ducha y la dejó en libertad para que lo siguiera o no, pero Lucy estaba decidida y, al cabo de unos segundos, se encaminó tras él, librándose de sus prendas por el camino. Cuando lo vio desnudo bajo el chorro de agua fría, se le cortó la respiración.

Él alargó una mano para agarrarla y atraerla hacia sí. Sus cuerpos apenas se rozaron bajo la ducha, hasta que Chris empezó a acariciar sus hombros para luego mimar sus pechos, pellizcando ligeramente sus pezones.

Ella deseaba tocarlo, pero él la mantuvo a una distancia mínima y le recorrió el vientre con las manos, antes de volver a acariciarle los rotundos pechos y besarla en la boca, en la nariz , en los ojos y, finalmente en los pezones de nuevo. Cuando los succionó, ella se arqueó, gimió de placer con un sonido ronco y prolongado y empezó a jadear entrecortadamente.

Chris le pasó las manos por la espalda y le agarró con fuerza el trasero para estrecharla contra sí. Al entrar en contacto directo con su cuerpo, Lucy pudo sentir la presión de su virilidad encendida contra su pelvis y lo abrazó, recorriendo con los dedos los músculos y las costillas de su espalda hasta alcanzar la cremosa piel de la

masculina cintura.

Él separó su boca de la de ella y, mientras le chupaba y mordisqueaba el lóbulo de una oreja, extendió una mano para tomar el frasco del champú y exprimir una generosa cantidad sobre la otra mano, que luego lo aplicó con suavidad sobre el cabello de Lucy antes de empezar a frotar con una energía repleta de ternura y de deseo carnal.

Lucy lo imitó, disfrutando de la suavidad del champú enredado en sus rizos dorados. A continuación le llegó el turno al gel de baño. Chris se separó un poco de ella y recorrió todas las curvas de su cuerpo con las manos llenas de jabón líquido, mientras Lucy empezaba a temblar de pasión. Cuando le pasó las manos enjabonadas por su entrepierna ella pensó que jamás podría olvidar a ese hombre. Agarró el frasco de gel y le devolvió el favor, recorriendo todo su cuerpo, curva por curva, hueco por hueco hasta terminar acariciando su miembro viril durante un instante.

Chris la abrazó y la besó mientras dejaban que el chorro de agua aclarara sus cuerpos durante unos instantes eternos. Finalmente, Chris la empujó contra la pared para poder cerrar el grifo.

–Sabes que no soy el tipo de mujer que disfruta de una aventura de una sola noche, ¿no? –murmuró Lucy.

–Lo sé, pero eso es todo lo que puede llegar a ocurrir entre nosotros. El futuro no existe. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? –preguntó con esa mirada que le llegaba directamente al alma–. Piensa que te marchas mañana y yo no quiero hacerte daño.

–Podríamos escribirnos… o llamarnos por teléfono –sugirió con timidez.

–No funcionaría. Es mejor que nos despidamos para siempre.

–¿Quieres que me marche ya?

–No –aulló él–. Quiero que te quedes, pero no deseo hacerme ilusiones con respecto al futuro.

–No tengo ilusiones –musitó Lucy, a sabiendas de que mentía–. A lo mejor podríamos dormir juntos, solo dormir…

–¿Has dormido alguna vez con un hombre en una hamaca? –preguntó él con una sonrisa.

–Mi primera experiencia con una hamaca fue la de la otra noche.

–Bien, ahora seremos dos.

Se secaron el uno al otro con sendas toallas, y luego se acomodaron juntos en la hamaca. El deseo de Chris presionaba contra uno de sus muslos y ella le agradeció en silencio el sacrificio que estaba haciendo.

–¿Cómo sabes que no soy una mujer de una sola noche?

–Puedo verlo en tus ojos.

–Pero tú estás acostumbrado a tener aventuras y si yo te deseo... ¿qué importa que para mí sea la primera vez?

–Haces demasiadas preguntas, Lucy.

–Creo que no quieres encariñarte conmigo, creo que aquella bióloga te rompió el corazón y que te has propuesto no volver a amar a una mujer en serio.

–Voy a echarte de menos Lucy, pero no estoy dispuesto a sufrir cuando me abandones.

Ella cerró los ojos, soñolienta aunque llena de deseo. Él se acomodó de nuevo, abrazándola, y Lucy pasó una pierna por encima de las suyas. Sus cuerpos desnudos estaban entrelazados castamente.

Lucy no quiso pensar en su marcha al día siguiente, deseó que ese momento no llegara jamás, y se dio cuenta por enésima vez en los últimos días de que amaba a ese hombre como jamás podría haber amado a nadie.

Lucy abrió los ojos a la luz de la mañana y se encontró con la sonrisa de Chris a escasos centímetros de su rostro. Se sintió inundada de gozo y se dijo que lo amaba más que a nada en el mundo. Aunque su relación era imposible, pensó con un escalofrío. Sus cuerpos seguían unidos en la misma postura que tenían al dormirse. Ella acarició el pecho varonil y lo encontró cálido y firme; deseaba quedarse para siempre con ese hombre que le ofrecía seguridad y calor, y sentía que ella le pertenecía.

–Suelo levantarme a las cinco y media, hago un poco de ejercicio y me marcho a trabajar –dijo para romper el silencio, retomando una pregunta del día anterior–. Generalmente, celebro tres reuniones cada día, con los clientes o con el departamento creativo. Vivo presionada por las fechas límite de entrega y si dispongo de un poco de tiempo, busco nuevos negocios. Estoy

segura de que mi plan no te resultaría nada atractivo.

–Ni siquiera puedo imaginármelo. Pero supongo que mi vida tampoco le resultaría atractiva a la mayoría de la gente.

–Es una vida poco habitual, quizá heroica.

–No es heroísmo, solo hago lo que creo que debo hacer.

Eso era precisamente lo que más le gustaba de él: jamás alardeaba de su talento, era un hombre sencillo y honesto, además de apuesto, tierno y atento. Lo amaba, solo lo conocía desde hacía una semana, pero estaba segura de que lo amaba.

–Me gustaría quedarme otro día más –dijo.

–Te encontrarás bien en cuanto vuelvas a tu rutina, ya lo verás. ¿A qué hora sale tu vuelo?

–A las dos.

–Te llevaré al hotel para que hagas el equipaje, ¿de acuerdo? Luego, podrías pasar un momento por el zoo marino para despedirte, ¿qué te parece?

Ella asintió con la cabeza y luchó para evitar las lágrimas que asomaban a sus ojos. Sin decir palabra, se levantó de la hamaca y tomó la cámara para hacer unas fotos del paisaje. Cuando ya estaba en la playa, se dio cuenta de que seguía desnuda. «Dios mío, me estoy volviendo bohemia», pensó.

Lucy se despidió de Bill e hizo los arreglos necesarios para que él y Bailey se ocuparan del zoo marino mientras ella tomaba una decisión. Bailey la iba a llevar al aeropuerto en su vieja camioneta. Se dirigió a la piscina de Liberty para sacarle una foto.

–Más fotos –exclamó Chris.

–No quiero olvidarme de él.

–A veces es mejor olvidar, ¿no crees?

Se le encogió el estómago al pensar que Chris podría olvidarla rápidamente.

–Liberty, pásalo bien cuando estés en libertad, ¿me oyes?

–Está empezando a utilizar el sonar, pronto podré llevarlo a la playa de la Plantación para que se acostumbre a la vida salvaje.

–Es una criatura increíble –comentó Lucy.

–¿Tienes que irte ya al aeropuerto?

–Eso parece.

–Pues vamos –dijo él saliendo de la piscina y secándose con una toalla.

–¿Vas a llevarme tú?

–Bailey me ha prestado su camioneta.

Lucy dirigió una última mirada al zoo marino que había pertenecido a su padre.

–No tienes por qué quedarte hasta que salga el vuelo –dijo Lucy.

–¿Quieres que me marche?

–No, claro que no, simplemente trataba de facilitarte la despedida.

Inmediatamente anunciaron la salida del vuelo hacia Miami y ambos se pusieron de pie al unísono. Se miraron durante un largo instante antes de que Lucy tomara la iniciativa:

–Gracias por todo.

Él tomó su rostro y la besó.

–Que seas feliz, Lucy.

Ella no pudo evitar entregarle una tarjeta de visita, abriendo así una ventana hacia el futuro, aunque Chris había dejado bien claro que se despedían para siempre.

–Adiós –murmuró mientras tomaba su bolsa de mano para dirigirse hacia la puerta de embarque con lágrimas en los ojos.

Chris se despidió con un ademán y salió hacia el aparcamiento. Ahora podría concentrarse en Liberty. Lucy había sido una distracción, una distracción placentera, pero solo una distracción... aunque la iba a echar de menos.

Capítulo Doce

–Cariño, no te preocupes, simplemente estás bajo los efectos de una fuerte fiebre tropical –diagnosticó Vicki mientras almorzaban juntas.

–¿Eso crees?

–Tuviste una aventura con el hombre del delfín, eso es todo.

–No tuve una aventura –se defendió Lucy.

–Mentira –contestó Vicki con tono escéptico–. Te brillan los ojos de manera desconocida para mí y te sonrojas cada vez que hablamos de ese hombre.

–Bueno, la verdad es que nos hicimos muy... amigos.

–¿Amigos?

–Amigos... sí, aunque llegamos a ducharnos juntos.

–¡Lucy!, ¿me estás diciendo que te duchaste con él, desnuda supongo, y que no dejaste que las cosas siguieran su curso?

–Sí, eso es lo que te estoy diciendo. Pasamos la noche juntos, desnudos, en una hamaca, pero no lo hicimos.

–¿Qué? Lucy, eso es lo más romántico que he oído jamás. ¿Cómo te sientes ahora?

–No lo sé, confusa quizá...Todo lo que sé es que quiero volver allí.

–Es la fiebre tropical, ya te lo he dicho. Llegas al paraíso terrenal y te enamoras...

–¿Qué te hace pensar que me he enamorado?

–Lo veo en tus ojos, pero no tienes por qué preocuparte; los romances tropicales son un mal común, pronto te acostumbrarás a tu vida de siempre y tu aventura se convertirá en un simple recuerdo maravilloso.

–Eso mismo dijo Chris, pero... no sé, creo que esto es... diferente.

–Lo superarás, créeme.

–Eso espero. Ahora mismo me siento miserable, vacía y sola. Lo echo de menos, sé que nunca podré compartir su vida, pero siento una y otra vez la tentación de llamar a la agencia de viajes para

reservar un vuelo a las Bahamas.

–Regresar es lo peor que puedes hacer; no es bueno prolongar algo que debe terminar, sobre todo si ya te está haciendo tanto daño. Y lo que está claro es que no hay nada serio entre vosotros: él no va a abandonar sus delfines para venirse contigo a Minnesota, ni tú vas a abandonar tu negocio para irte con él a proteger el medio ambiente.

–Sé que nunca podría funcionar.

El ex marido de Lucy había pasado toda la mañana de reunión en reunión, pero pasó por el despacho de ella al volver de almorzar.

–Así que por fin ha vuelto la chica de la isla –dijo Tom acomodándose en una de las butacas–. ¿Qué tal?

–Hum , muy bien –dijo ella, sorprendiéndose al encontrar cierto parecido entre Tom y Crandall.

–Estás... distinta.

–Es por el sol, estoy morena.

–No, es otra cosa. Pareces... relajada. Y te lo advierto, no te relajes demasiado ahora que estás aquí, porque tenemos un montón de trabajo que hacer. Además, tengo muy buenas noticias, he conseguido la cuenta de los hoteles Empire.

–Eso es genial.

–¿Genial? Es fantástico. La cadena Empire es la mayor del mundo.

–Me alegro por ti –dijo ella tomando el taco de cartas que su secretaria había dejado en la mesa del despacho.

–Lo voy a celebrar comprándome un Porsche y un Rolex. Me lo merezco.

–Que lo disfrutes –le deseó insertando el abrecartas de oro en uno de los sobres.

–Venga, Lucy, admite que te mueres de envidia.

–¿Crees que hacemos algo realmente importante en esta empresa? No me refiero a ganar dinero, sino a ayudar a la gente.

–Ganar dinero es importante, Lucy. ¿Qué te pasa? –preguntó él enarcando una ceja.

–He conocido a un hombre que dedica su vida a liberar delfines cautivos. Eso es importante. Nosotros no salvamos vidas ni almas, ni

nada por el estilo.

–Te recuerdo que no nos metimos en el negocio de la publicidad para salvar almas, sino para ganar dinero a través de un trabajo creativo.

–Lo sé.

–Pues no lo olvides. Tengo que marcharme –dijo consultando el reloj–. *Ciao.*

Sin duda, sufría la típica fiebre tropical. Siempre guardaría un buen recuerdo de su relación con Chris y con Liberty, pero su vida estaba en Minnesota. Quizá tardaría una semana o dos en acostumbrase de nuevo a la rutina diaria.

–Que vas a hacer, ¿qué? –exclamó Tom, con los brazos en jarras.

–Regreso a las Bahamas.

–Acabas de volver y has tardado casi dos semanas en bajar de las nubes y, ahora, ¿quieres marcharte otra vez?

–Tengo negocios que atender allí.

–¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

–No lo sé.

–¿Qué? Deberías estar buscando nuevos clientes. Hace ya mucho tiempo que soporto casi toda la carga del negocio y nunca me he quejado, pero ha llegado el momento de hablar de ello.

–¿Por qué no compras mi parte? –le respondió Lucy airada.

–No sabes lo que dices.

–Mira, Tom, he puesto mi alma y todo mi esfuerzo en conseguir que esta empresa sea un éxito, pero no puedo seguir dejándome la piel aquí, necesito tener una vida propia. Quiero encontrar un hombre con el que compartir mi vida, con el que poder soñar.

–¿Ese hombre del que hablas es el de los delfines?

–Aún no lo sé. Lo único que tengo claro es que debo volver allí. Ya hablaremos cuando regrese, ¿de acuerdo?

«Estoy loca, ¿por qué hago esto?, no va a funcionar», se dijo mientras recorría en un taxi la distancia que separaba el aeropuerto del zoo marino. No quiso pensar en que Chris no había llamado ni escrito en esas dos semanas y que, probablemente, la habría

olvidado por completo. Sin embargo, no viajaba con la idea de unirse para siempre a la vida de Chris, al contrario, lo único que deseaba era volver a verlo para constatar de nuevo que sus ideales eran completamente distintos y despedirse de él de una vez por todas.

Cuando llegó al zoo, su corazón se sobresaltó al no ver la motocicleta de Chris aparcada bajo el arco de entrada. Bajó del taxi y entró en el zoo.

–Señorita Lucy –dijo Bill con una sonrisa–, qué sorpresa.

–Y que lo digas.

Chris no estaba en la piscina de Liberty, aunque era ya mediodía. Intentó detener el golpeteo de su corazón mientras saltaba la valla de la piscina del delfín. Estaba vacía, ni siquiera tenía agua.

–No –murmuró–, no puede haberse marchado ya –no tenía forma de ponerse en contacto con él. «Qué estupidez haber venido sin llamar antes», pensó, dirigiéndose a la oficina–. ¡Bailey! –gritó al verlo junto a un grupo de turistas, exagerando como siempre y presumiendo de haber cazado al pez sierra él mismo. Cuando la vio, le dirigió una mirada exculpatoria, se despidió de los turistas con una broma y se acercó a ella.

–Señorita Lucy, ¿qué hace usted aquí? Creía que se había marchado para siempre.

–¿Dónde está Chris? –preguntó casi sin respiración.

–Se ha ido. Se llevó al delfín, diciendo que ya era hora de sacarlo de aquí. Probablemente esté en la Plantación, acostumbrándolo al la vida salvaje. Al menos eso dijo.

Lucy salió corriendo para llamar a un taxi, pero Bailey la detuvo.

–¿Quiere que la lleve hasta allí?

–Sí, por favor, rápido.

Lucy rezó para sus adentros: «Por favor, Dios mío, que siga allí. No podría soportar perderlo para siempre».

Al llegar a la Plantación, Lucy reconoció su cabeza coronada de suaves rizos dorados en la playa.

–Déjame aquí, Bailey –pidió con tono imperioso. Sacó su equipaje y lo escondió entre unos arbustos.

–Jesús, el amor vuelve loca a la gente –suspiró Bailey.

«¿Amor?». No podía ser amor, pero lo único que ella deseaba era volver a estar entre sus brazos de nuevo. Con el corazón en la garganta, corrió hacia la playa.

Capítulo Trece

El viento sacudió la melena de Lucy mientras se acercaba a Chris, que estaba metido en el mar hasta la cintura. Él aún no la había visto. Las dudas la embargaron de nuevo. ¿Qué pasaría si no se alegraba de verla? Todavía estaba a tiempo de darse la vuelta y poner a salvo su dignidad.

Chris lanzó un pez vivo a Liberty y este buceó en pos de él. Ella se quitó las sandalias para caminar mejor sobre la arena y llegar hasta la orilla. Aunque todo su cuerpo le pedía marcharse para evitar un desastre, algo la contuvo mientras Chris se daba cuenta de que tenía compañía. Se dio la vuelta y parpadeó.

–¿Lucy?

–Exacto –contestó ella, metiendo los pies en el agua.

–¿Eres tú realmente, o estoy alucinando? –dijo él con una sonrisa, con esa sonrisa que era capaz de hacer que ella se derritiera de gusto al comprobar que él se alegraba de verla.

–Soy yo –dijo acudiendo a su encuentro dentro del agua, sin que le importara mojarse la ropa. Él la abrazó con fuerza y se sintió tan bien acogida como nunca–. Hum, qué bien hueles, qué guapo estás.

–Tu también estás preciosa –corroboró él separándose de ella unos centímetros para poder observarla.

Lucy no podía creerse que estuviera allí de nuevo, en sus brazos. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. «Debo de haberme vuelto loca». Pero la sonrisa que iluminaba su rostro no dejaba lugar a dudas.

–¿Tengo hoyuelos? –preguntó.

–Claro –contestó él colocando los pulgares en cada uno de ellos–. ¿Qué haces aquí?

–Yo... yo olvidé algo.

–¿Has venido hasta aquí solo porque has olvidado algo? ¿Qué puede ser tan importante?

–Mi corazón.

–On, Lucy –dijo él estrechándola en sus brazos de nuevo para

besarla–. Es una locura.

–Lo sé, he estado pensando en ello durante semanas, pero solo conseguí recobrar la sonrisa cuando decidí volver, y aquí estoy.

–Estoy contente de verte, te he echado de menos.

–¿De veras?

–Más de lo que puede aguantar un hombre.

–¿Por qué no me has llamado o escrito?

–Habíamos decidido zanjar el asunto para siempre.

–¿Quieres decir que no hubieras intentado ponerte en contacto conmigo jamás?

–Para ser sincero, no lo sé. Quizá cuando se me hubieran aclarado las ideas.

Liberty se frotó contra ella y levantó la cabeza para tocar su mano a modo de saludo.

–Estuve en el zoo y me asusté al no encontrarte allí, pero veo que has decidido traerlo ya a la playa.

–Sí, esas redes me permiten tenerlo bajo control en esta zona cercana a la playa, y él ya está haciendo funcionar su sonar para atrapar los peces que atraviesan las redes. También ha empezado a nadar en línea recta –volvió a abrazarla con un suspiro que hizo revolotear su cabello–. Preciosa, esta vez no voy a dejar que te vayas.

Lucy acusó el mensaje en sus entrañas y todo su cuerpo respondió confirmando la afirmación de Chris. Ella tampoco tenía la menor intención de volver a perderlo de vista.

–Pensaba que te habías ido para siempre y traté de convencerme de que eso era lo mejor –añadió él–, pero ahora estás aquí y sé que te deseo como no he deseado a ninguna mujer en toda mi vida. ¿Has hecho alguna vez el amor en una hamaca?

–No, creo que no.

Aún abrazados y mojados, Chris la condujo hasta el embarcadero y la depositó sobre la hamaca.

–Bien, déjame que te enseñe cómo se hace –dijo con una sonrisa cómplice.

En cuanto Lucy se hubo acomodado, sintió cómo la lengua de él le lamía los dedos de los pies, para seguir con las pantorrillas y los muslos. Besó el suave vello que cubría el centro de su feminidad e introdujo los dedos para acariciar su interior. Lucy se arqueó y

gimió de gozo, agarrando con fuerza los rizos dorados. Podía sentir cómo su virilidad crecía contra su muslo y al instante supo que jamás había deseado a un hombre de una manera tan ferviente e incondicional.

–Mmm –gimió Lucy mientras dejaba que la inundaran varias oleadas de placer. Acto seguido se propuso devolverle el favor y tomó entre las manos su potente virilidad y la acarició con un movimiento de vaivén, siguiendo el ritmo del oleaje cercano, hasta que brotó su simiente mientras él gemía de placer.

Al cabo de unos momentos, Chris le quitó la camiseta y le acarició los pezones de tal manera que ella estuvo a punto de estallar de nuevo, pero en esa ocasión él decidió establecer un contacto más íntimo y, deslizándose hacia abajo, adoptó una postura cómoda para introducirse en ella. Al intentarlo, encontró resistencia.

–Estás tensa.

–Hace más de un año que no lo hago...

–¿No has hecho el amor desde hace un año?

–Desde que me divorcié.

–Dios mío, eres encantadora –dijo él mientras se ponía de rodillas y borraba con sus besos el recuerdo de tantas noches de soledad.

Dejó que los dedos volvieran a entrar gentilmente entre sus muslos, acariciando suavemente la carne trémula.

Lucy estuvo a punto de decirle que necesitaba que la penetrara ya, pero fue incapaz al verse de nuevo recorrida por oleadas de placer. Cuando abrió los ojos, él la estaba mirando maravillado y ella lo abrazó y lo atrajo hacia sí, rodeando su cintura con las piernas. Y entonces, sí, él entró centímetro a centímetro en su interior, iniciando una gentil serie de empujones, mientras musitaba el nombre de ella con una ternura tal que Lucy se enardeció de nuevo y ambos alcanzaron el éxtasis al unísono.

Descansaron acurrucados, escuchando el piar de los pájaros.

–Lucy –dijo Chris, por fin–, después de esto me va a resultar muy difícil olvidarme de ti.

Evidentemente, él no contaba con que ella se quedase y Lucy debería sentirse aliviada al saberlo, pero no era así. No tenía la menor intención de tirar por la borda lo que acababa de conseguir y

quería que él lo supiese, pero... ¿no sería mejor esperar a que él se lo pidiera?

Aquella tarde, cuando el sol empezaba a lanzar destellos rojizos sobre el mar, Lucy miró a Chris desde el embarcadero. Él estaba ajustando la redes de Liberty. Si no tuviera que pensar en qué pasaría al día siguiente, o a la semana siguiente, o al mes siguiente, la vida sería perfecta. Liberty se acercó al embarcadero y Lucy extendió un brazo para tocarlo.

–No lo toques, Lucy, ni siquiera lo mires –advirtió Chris–. Debe acostumbrarse a prescindir de la atención de los seres humanos.

–Pero es tan difícil no hacerle caso...

–Lo sé, forma parte de su programa de entrenamiento. Dentro de un par de días dejaré de hablarle. Espérame mientras me ducho y estaré listo para que nos vayamos al bar de Barney a cenar.

El local de Barney estaba lleno de gente y la música nativa era atronadora. Se sentaron en una mesa, el uno al lado del otro, como haría cualquier pareja que se encontrara de vacaciones.

–No estarás pensando en el trabajo, ¿verdad? –preguntó Chris.

–No, claro que no –contestó Lucy con una sonrisa abstraída.

–Entonces, estás pensado en cuándo vas a marcharte –la tristeza ensombreció el rostro de ella, dando a entender que había acertado–. ¿Cuándo te marchas, pues?

–Tengo un billete de avión para la semana que viene, pero no me importaría cambiarlo. ¿Cuándo crees que vas a poder dejar a Liberty en libertad?

–En cuanto sea capaz de procurarse su propio alimento. El veterinario le ha hecho un análisis de sangre y hemos comprobado que no tiene ninguna enfermedad que pueda resultar mortal para el resto de los delfines. Cuando lo suelte, tendré que vigilarlo durante una semana y luego volveré al cabo de un mes para intentar encontrarlo con un helicóptero y comprobar que todo va bien.

–Me gustaría quedarme hasta que lo liberes –dijo Lucy con la garganta seca.

–Ese plan me gusta –contestó Chris con una sonrisa.

Cuando regresaron al embarcadero, Chris se fue a ver cómo estaba Liberty, mientras Lucy se sentaba en el borde y hundía los pies en el agua, contemplando la puesta de sol. El astro rey parecía una inmensa bola de fuego naranja, apoyada sobre el horizonte. Chris estaba con Liberty por última vez, puesto que había decidido que, a partir de ese momento dejara de tener contacto con los seres humanos. De hecho, Liberty ya hacía incursiones con la intención de sobrepasar las redes que lo retenían.

Chris se encaminó hacia el embarcadero sin poder apartar los ojos de la figura resplandeciente de Lucy. Su melena ondeaba al viento y él se acercó para sentarse detrás de ella colocando las piernas a cada lado de su cuerpo. Los dos tenían las piernas metidas en el agua.

La sensación de proximidad era tan natural que Chris se sintió en la gloria cuando ella volvió la cabeza para darle un beso en la mejilla. Se preguntó cómo sería tener una esposa, contar con una mujer que lo acompañara en sus viajes alrededor del mundo. Ella había vuelto a las Bahamas para volver a verlo y él no podía dejar de pensar en ello. ¡Lucy había dicho que volvía para recuperar su corazón! El sabor de esa mujer lo hizo pensar en que la vida no solo estaba compuesta de delfines necesitados. Había algo más, y se estremeció de dolor al pensar que ella volvería a marcharse dentro de una semana.

–Delfines –murmuró ella al ver que se acercaba un grupo–. ¿Han venido para conocer a Liberty?

–Ya han estado por aquí un par de veces, Liberty empezó a lanzar señales con su sonar en cuanto lo traje a la playa, y parece que hay un grupo de delfines que ha respondido a ellas.

–¿De verdad? ¿No sería conveniente dejarlo en libertad mientras esos otros delfines están aquí?

–Todavía no está preparado. Tenemos que confiar en la suerte y esperar que sigan viniendo hasta que llegue su día.

Los delfines estuvieron jugando con Liberty a través de la red durante unos quince minutos.

–Por favor, no os vayáis. Liberty os necesita –rogó Lucy.

–No hay problema –dijo Chris acariciando su hombro y

presionando sus labios contra su espalda–. Todo va a salir bien, ese grupo de delfines lleva meses en la zona y no creo que se marchen antes de que Liberty pueda ser liberado. Una vez libre, se olvidará de nosotros.

–¿Eso es lo que pensabas sobre mí? ¿Qué podría olvidarme de vosotros fácilmente?

–En realidad, sí, pero has vuelto y eso significa algo.

–Y tú, ¿me olvidaste en cuanto me marché de aquí?

–Estuve varios días esperando que aparecieras de nuevo –confesó, a sabiendas que hubiera sido más fácil decir lo contrario y no tener esperanzas.

–Creo que te amo, Chris Maddox.

–No digas eso, Lucy.

–¿Por qué? ¿Porque te asusta saberlo?

–No, porque me hace desearte aún más y cuando te vayas me va a doler el corazón.

–Podemos mantenernos en contacto. Ya sé que las llamadas telefónicas y las cartas no resuelven nada, pero es mejor que despedirnos para siempre.

–No. O todo o nada, ese es mi carácter.

–¿Por qué no me pides que lo abandone todo para acompañarte en tu cruzada medioambiental? –preguntó ella con una sonrisa burlona.

–No puedo hacerlo.

–¿No me quieres?

Él le contestó con un beso.

Capítulo Catorce

Para Lucy, hacer el amor con Chris resultaba tan natural como si llevaran haciéndolo toda la vida, como si sus almas fueran gemelas, a pesar de que el destino los había llevado en diferentes direcciones.

Sabía que en Nassau había encontrado por primera vez su auténtico yo, había encontrado a la mujer que podía disfrutar de una vida carente de lujos superfluos pero llena de placeres auténticos y naturales, como por ejemplo, el amor compartido con un hombre sincero consigo mismo, o la belleza de una puesta de sol. En Nassau se comportaba como una mujer que amaba las cosas más sencillas de la vida, pero... ¿iba a ser capaz de abandonar el caro esplendor de su vida en Minnesota? Chris la mantenía abrazada por detrás y, en ese momento, pensó que no necesitaba nada más para ser feliz.

–¿Piensas que ahora soy distinta de la mujer que llegó hace tres semanas a las Bahamas? –preguntó.

–Creo que has descubierto con una parte de ti misma que desconocías –respondió él frotando la boca contra su espalda.

–¿Piensas que soy una esquizofrénica?

–No –repuso Chris riendo entre dientes–. Creo que nunca habías tenido la oportunidad de disfrutar de las cosas sencillas. Antes eras capaz de dirigir un negocio con éxito, y ahora has aprendido a saborear tus instintos más naturales.

–¿Cómo soy para ti?

–Eres hermosa, apasionada, y quizá, algo más vulnerable de lo que te gustaría ser.

–¿Piensas que soy vulnerable?

–Creo que no sabes qué hacer con la nueva mujer que has encontrado dentro de ti.

–Es verdad. Aquí me siento diferente, desconocida, pero me gusta. Cuando volví a Minnesota, empecé a pensar que si me quedaba allí mucho tiempo, perdería el contacto con la mujer que soy aquí; por eso compré un billete de regreso.

–¿Has venido a buscar a esa nueva mujer? ¿Qué pasará con ella cuando te marches definitivamente?

–Ella se quedará aquí para siempre –contestó ella presionando la mano de él contra su corazón. Pero era consciente de que esa palabras no le brindarían ningún consuelo durante las noches solitarias que la esperaban en Minnesota; al contrario, serían un tormento.

A la mañana siguiente, Chris y Lucy trabajaron con Liberty hasta que una voz los saludó desde el embarcadero. Era Ima, ataviada con un vestido de flores que ondeaba al viento. Habían conocido a la reportera del *Bahama Journal* la noche anterior en el bar de Barney, y Lucy había conseguido que se interesara por escribir un reportaje sobre la liberación de Liberty para su revista. El resto de la mañana la pasaron conversando con ella y tomando fotos del delfín. A mediodía, frente a unas lubinas recién pescadas y asadas a la brasa, Ima hizo una entrevista a Chris sobre las actividades de la Asociación de Delfines Libres y sobre los pormenores de su trabajo. Sorprendentemente, también dirigió algunas preguntas a Lucy, que se sintió inmensamente orgullosa de formar parte de la vida de Chris.

–El reportaje saldrá mañana si consigo escribirlo a tiempo. Gracias por dedicarme vuestro tiempo –dijo Ima a modo de despedida–. Es evidente que los dos amáis vuestro trabajo; se os nota en la cara.

–Bueno, en realidad, yo... gracias –repuso Lucy, disfrutando del cumplido y volviendo el rostro hacia Chris, que sonreía complacido.

–Es verdad, los dos amamos nuestro trabajo –sentenció él.

Cuando Ima se hubo marchado, fueron a la ciudad para almorzar en una pizzería y después compraron un par de filetes para cenar. Chris la llevó en moto hasta el zoo, mientras ella lo distraía acariciándole el pecho.

–Vas a conseguir que nos estrellemos si continúas haciendo eso.

–Moriremos felices –contestó ella.

El zoo estaba prácticamente desierto. Bill estaba limpiando el

polvo de los recuerdos que se vendían en la tienda y Bailey estaba barriendo el suelo con una escoba gigante, pero se detuvo al verlos llegar.

–Hola, señorita Lucy. Hola, señor del delfín.

–Se llama Chris.

–Lo sé, lo sé –contestó Bailey con una sonrisa–. Señorita Lucy, mi amigo David está aquí visitando la finca con mucho interés –añadió poniendo los ojos en blanco.

Lucy miró en la dirección que él señalaba y vio a un hombre bajo y de color que vestía una camiseta floreada y unos pantalones de algodón. Bailey lo llamó y él volvió la vista. Al divisarlos se dirigió hacia ellos con una sonrisa genuina.

–Encantado de conocerla –le dijo a Lucy estirando el brazo para que ella pudiera estrechar su mano–. No tenía idea de que iba usted a volver tan pronto. ¿Es su marido? –añadió mirando a Chris.

–Solo un amigo.

–Es el tipo del delfín –aclaró Bailey.

–Ah, sí, el hombre del delfín, ya sé. La finca es preciosa –dijo echando un vistazo a su alrededor–. ¿Ha tomado ya una decisión sobre su futuro?

–Mi asesor financiero está estudiando todos los detalles, pero creo que su propuesta puede prosperar, siempre que se garanticen los puestos de trabajo de Bill y Bailey.

–Eso son buenas noticias, me alegro de oírlas. No hay ningún problema con los puestos de trabajo. Bill y Bailey podrán seguir trabajando en la finca. También estoy interesado en comprar algunas de las criaturas marinas; he pensado que podría resultar un atractivo para los clientes. Podríamos construir un restaurante lleno de acuarios. Me gustaría llegar a un acuerdo sobre el precio de venta lo antes posible.

–Tengo que pensarlo.

–No estará pensado en tener delfines como reclamo, ¿verdad? –preguntó Chris cruzando los brazos.

–No, solo animales pequeños. ¿Qué harían ustedes con todos los que hay aquí si no los venden?

–¿Liberarlos? –sugirió Lucy.

–¿Para qué? Valen mucho dinero.

–A lo mejor se merecen vivir en libertad.

–Lo mejor será que lo discuta con su asesor financiero –apuntó el amigo de Bailey con una sonrisa.

–Puedo tomar esa decisión yo misma, pero creo que podremos llegar a un arreglo final sobre la finca, si acepta mis condiciones.

–Eso espero. Ha sido un placer conocerla. Estaremos en contacto –dijo David dirigiéndose hacia la salida.

–¿Cómo van las cosas, Bailey? –preguntó Lucy.

–Hemos tenido un grupo esta mañana, pero no ha venido nadie esta tarde; todo el mundo quiere ver al delfín.

–Dígales que vean los documentales de la televisión –dijo Chris con acritud.

–Señorita Lucy, este amigo suyo es duro de pelar, pero no es un mal tipo.

–Vaya –contestó Chris–, parece que merezco su aprobación.

Al día siguiente se publicó el artículo sobre el trabajo de Chris.

Una criatura tan inteligente como el delfín se merece disfrutar de una vida propia en el salvaje océano, los delfines tienen un gran aliado en Chris Maddox, leyó Lucy en voz alta.

Tal y como había prometido, Ima no había revelado dónde se alojaban ellos. Las fotos que ilustraban el reportaje podían haber sido tomadas en cualquier playa de la isla, por lo que nadie los molestó. Al cabo de un par de días, Ima apareció con un paquete de cartas que había recibido en contestación al artículo, e incluso un par de cheques bancarios como aportación a la causa.

Lucy se preguntó por enésima vez si sería capaz de abandonar para siempre su vida en Minnesota para seguir a Chris. Su madre le hubiera dicho que cometía una locura, pero ella deseaba tomar una decisión por sí misma, sin depender del consejo de nadie. Chris había dicho que todo o nada, pero no parecía decidido a hacerle ninguna propuesta en serio.

Crandall marcó un número de teléfono mientras sostenía un ejemplar del *Bahama Journal* con una foto de Chris en portada.

–¿Mike? Soy Crandall.

–Hola, ¿qué pasa?

–¿Todavía sigues en contacto con ese amigo que captura delfines para venderlos a los zoos marinos?

–Sí, es Dover Pike. ¿Para qué lo necesitas?

–Sé que la próxima semana se va a liberar a un delfín que vivía en el zoo marino de Nassau. Si Dover lo atrapara podría venderlo a muy buen precio porque ya sabe hacer todos los trucos necesarios para divertir a la gente.

–Seguro que le interesa, pero... ¿qué sacas tú de todo esto?

–Digamos que quiero darle una lección a alguien, eso es todo.

–Bien, te llamo dentro de unos minutos, en cuanto haya hablado con Dover.

Al cabo de un rato, sonó el teléfono.

–¿Crandall?

–Sí.

–Soy Mike, acabo de hablar con Dover y me ha dicho que ya había preparado una expedición por esa zona; al parecer hay un grupo de delfines que está por allí desde hace tiempo. ¿Cuándo piensas que van a soltar a ese delfín?

–Según dice el artículo, esta misma semana. Todo lo que tiene que hacer Dover es echar el ancla y esperar –contestó Crandall colgando el teléfono y relamiéndose de satisfacción. Nadie se reía de Crandall Morton sin recibir su merecido.

–Ya está preparado, ¿no? –preguntó Lucy.

–Está deseando sentirse libre de nuevo –corroboró Chris–. Creo que podríamos liberar a Liberty hoy mismo. Lo seguiremos con la barca hasta que se aleje con el grupo.

Ella se sintió feliz de que él la incluyera en sus planes. Formaban un equipo, aunque ella se hubiera comprometido a volver a Minnesota al día siguiente. Miró hacia el océano y vio lo que estaba esperando desde por la mañana: el grupo de delfines se acercaba a visitar a Liberty y una hembra separándose de los demás para jugar con él.

–Allí hay un barco anclado –comentó Lucy, señalándoselo a Chris. En realidad, no era el único, pero sí el que más cerca estaba

de las redes que protegían a Liberty.

–Parece el..., no... es imposible –Chris estaba exultante ante la perspectiva de liberar a Liberty, pero prefirió no pensar en que eso significaba volver a perder a Lucy... esta vez, para siempre.

Las últimas noches las había pasado pensando en qué sentiría cuando llegara ese momento, pero hacía tiempo que había decidido dedicarse a los defines y no podía cambiar su vida de pronto, sobre todo si ello lo obligaba a comportarse como un ser civilizado en la fría y lejana Minessota.

Lucy también había sufrido momentos de insomnio en los que se imaginaba a sí misma vendiendo su casa y su participación en la agencia de publicidad para seguir a Chris en su aventura. Ambos estaban felices y... tensos.

–Voy a hacerlo ahora mismo –decidió Chris zambulléndose en el agua para soltar las redes que colgaban de las boyas.

Después volvió al embarcadero y abrazó a Lucy por la espalda para observar juntos la singladura de Liberty. Este no se hizo esperar, siguió a la hembra con la que había estado jugando y pronto se convirtió en un miembro más del grupo. Podían distinguirlo desde la lejanía porque Chris había insertado un triángulo amarillo en su aleta dorsal, con el fin de poder seguir sus pasos durante los próximos años.

Lucy se estremeció en los brazos de Chris.

–Dios mío, ya es libre –suspiró con los ojos llenos de lágrimas, apretando las manos de Chris contra su corazón. Él la estrechó aún más fuerte, pero de repente se separó de ella inquieto.

–Voy por los prismáticos –explicó, desapareciendo en el interior del embarcadero.

Cuando regresó, ajustó las lentes y, sin perder la serenidad, anunció:

–Ese barco es el Captivator, se dedica a capturar delfines para los zoos marinos y va detrás de Liberty.

Capítulo Quince

–¿Cómo puedes estar tan seguro? –preguntó Lucy con el corazón encogido.

–Porque nuestro amigo Crandall está a bordo. Seguramente, le ha contado a Dover que yo iba a liberar a Liberty y en el artículo aparecía una foto suya con la marca amarilla en la aleta dorsal.

–Dios mío, debe de haber leído el artículo. Me dijo que me arrepentiría de haberlo tratado así.

–¿Te amenazó? ¿Por qué no me lo contaste?

–No me lo tomé en serio, pensé que eran meras palabras –dijo con angustia Lucy tirándose al agua con decisión.

–¡Lucy, vuelve, no quiero que te hagan daño!

–¡Es culpa mía y voy a intentar detenerlos!

Lucy nadó furiosamente hasta el Captivator, que ya había lanzado una red para capturar a un grupo de seis delfines que incluía a Liberty. Chris la siguió en la barca. Sin duda, los ejercicios matinales que Lucy practicaba desde hacía años la mantenían en buen estado de forma física.

–¡Eh, tú, lárgate! –aulló una potente voz masculina.

–¡Lo siento, Dover, pero estos son míos! –gritó Chris.

–¡Te lo advertí, Lucy Donovan! –chilló Crandall.

–¡Estás armando todo este lío porque no me quise acostar contigo! –contestó ella agarrando el borde de la red para hundirla con fuerza y permitir la salida del grupo de delfines atrapados.

Chris se zambulló junto a ella y fue empujando a los delfines, uno a uno, para que salieran por la abertura de la red.

–Dover, ¿ahora te dedicas a sabotear liberaciones? Te veré en los tribunales.

–¡Y yo a ti y a tu socia!

–¡Me alegro de que te hayas fijado en ella, es más dura de lo que parece! –Chris se subió a la barca e izó a Lucy–. Eres increíble, ¿lo sabías?

–Solamente he hecho lo que debía hacer, socio –contestó ella

con una amplia sonrisa.

Él la rodeó con sus brazos durante un instante y luego se separó para mirarla.

–Lucy, yo... –dijo mientras sus ojos buscaban los de ella. Lucy estaba pendiente de sus palabras, pero él optó por besarla con un sentimiento que parecía amor verdadero–. De momento están fuera de peligro –dijo al concluir el beso–. Si llego a enterarme que alguien ha vuelto a capturar a Liberty, haré todo lo que sea necesario para liberarlo de nuevo. Incluso es posible que te llame para que vengas a ayudarme –añadió con una sonrisa.

–Formamos un buen equipo, ¿no? –preguntó ella risueña.

–El mejor. Vamos a celebrarlo.

–Lucy, por favor, no llores.

–Son lágrimas de felicidad –balbució ella mientras se secaba las lágrimas con la mano, pero sin poder detener el torrente que inundaba su rostro.

–No pareces muy feliz.

–Estoy contenta de que sea libre, pero me siento triste de haberlo perdido para siempre.

–Lo sé –afirmó él estrechándola en sus brazos.

–¿Cómo puedes soportarlo? ¿No te sientes triste?

–Estoy triste porque me encanta trabajar con los delfines, pero sé que ellos pertenecen a su mundo y yo al mío.

Lucy hizo un esfuerzo para tragar saliva al darse cuenta de que sus palabras podían aplicarse también a ellos mismos.

–Llévame al zoo –pidió Lucy, incapaz de explicarle todo lo que estaba pasando por su cabeza.

Chris no puso objeciones y la llevó hasta el zoo marino en la moto. Ella se pegó a él tratado de inhalar el masculino olor a salitre, pero consciente de que no podría llevarse consigo el alma de Chris; al igual que Liberty, ese hombre era un espíritu libre.

Bailey estaba explicando la captura de una anguila a un par de familias, poniendo un poco de sal y pimienta de su parte, como siempre.

–Bailey –lo llamó Lucy.

–Señorita Lucy, ¿qué tal?

–Bien, ¿podemos vernos un minuto en la oficina?

–Sí, claro –contestó despidiéndose de los clientes para acompañarla–. ¿Hay algo importante que quiera decirme?

–Sí, vamos a cerrar el zoo hoy mismo. Te ruego que devuelvas el dinero de la entrada a la gente y que los escoltes amablemente hasta la salida. Te doy libertad para que inventes una excusa... razonable. Sé que eres capaz de hacerlo.

Bailey miró a Chris en busca de confirmación, pero él se limitó a encogerse de hombros.

–Ella es la que manda –dijo.

–Vamos a liberar a todos los animales del zoo hoy, en cuanto la gente se marche. Si no me equivoco, en los archivos consta que todos proceden de las aguas que rodean esta isla, por lo que podemos estar bastante seguros de que podrán sobrevivir, sin causar ningún daño a otras especies –se volvió hacia Chris en busca de confirmación y añadió–: Supongo que no hay asociaciones ecologistas que sepan cómo desentrenar a un tiburón o a una raya, ¿verdad?

–Hum, creo que no, pero estoy seguro de que los animales van a reaccionar bien.

–Señorita Lucy, ¿se encuentra usted bien?

–Perfectamente. Lo que pasa es que he llegado al convencimiento de que los animales deben vivir en libertad –dijo mirando a los ojos de Chris–. De hecho, he pensado hacerle una oferta a tu amigo David, con dos condiciones. Por una parte, no habrá criaturas atrapadas entre las cuatro paredes de un acuario, pero podrá atraer a los turistas ofreciendo paseos marinos en una barca que tenga el suelo de cristal, para observar la vida subacuática en su elemento. Y la segunda condición es que debe mantener las instalaciones del delfín en buen estado para que la Asociación de Delfines Libres pueda utilizarlas si las necesita para trabajar con algún delfín cautivo. ¿Y bien? –preguntó dirigiéndose a Bailey. Este la miraba con una expresión huraña y Lucy se apresuró a aclarar qué pasaría con sus puestos de trabajo–: Os pagaré el mismo sueldo que cobráis ahora, hasta que tu amigo David abra el negocio. Luego, trabajaréis para él, ¿estás de acuerdo?

–Gracias, señorita Lucy, es usted muy amable –contestó él, obviamente aliviado, mientras se alejaba para reagrupar a los

clientes y devolverles su dinero.

–Has creado un monstruo –le confesó Lucy a Chris con una sonrisa de complicidad.

–Eso parece, pero te adoro.

Sin más, se pusieron de acuerdo para pasar el resto del día liberando criaturas marinas en el océano. En cuanto estas tocaban el agua desaparecían a toda velocidad para esconderse en los arrecifes o camuflarse en la arena; todo indicaba que se adaptarían bien a su nuevo entorno. ¿Tendrían memoria o era solo instinto? Cuando hubieron soltado a la última anguila, se dieron por satisfechos y Chris la abrazó y besó.

–Ya son libres –dijo Lucy.

–Sí, todos y cada uno de ellos.

–No ha sido tan duro como liberar a Liberty.

–No habíamos llegado a cogerles cariño.

–Excepto a esa langosta –intervino Bailey que regresaba de vaciar el agua de los acuarios, acariciándose el estómago. Ante la mirada furibunda de Lucy, añadió–: Es solo una broma.

–De acuerdo, Bailey, os voy a extender un cheque a ti y a Bill ahora mismo, para que dejéis el zoo limpio antes de que aparezca tu amigo David con los materiales de construcción.

–Gracias por su ayuda –dijo Bailey con una sonrisa–. Ha sido un placer conocerla. Y, ahora, se marchará usted para siempre.

–Sí, ahora volveré a mi mundo.

–Parece haber sido muy feliz aquí –comentó Bailey mirando a Chris.

–Lo he sido, pero debo regresar.

–Todos debemos estar en el sitio donde se encuentra nuestro corazón –repuso Bailey llevándose una mano al pecho–, eso es lo que importa.

Capítulo Dieciséis

Después de una semana, Lucy se sentía en la Plantación Caribe como en su propia casa. El olor fragante de su hermoso jardín les dio la bienvenida cuando llegaron aquella noche. Ni siquiera pensó en que se habría sentido más cómoda alojándose en la mansión; el embarcadero y la hamaca ya formaban parte de su vida. Miró hacia el océano iluminado por la luna y tomó una gran bocanada de aire limpio y fresco, algo que jamás podría hacer en la ciudad.

–¿Estás segura de que no quieres hablar de ello? –preguntó Chris, solícito.

–¿Sabes lo que quiero? Quiero sentarme en la tumbona y mirarte durante toda la noche.

–Te aburrirías al cabo de diez minutos –dijo él enarcando una ceja en tono burlón.

–No lo creo.

Se sentaron en silencio bajo la luz de la luna. Mientras Chris se preguntaba qué pasaría con Lucy en el futuro, estaba convencido de que ella lo amaba. Sin embargo, Lucy desterró todos sus pensamientos para concentrarse en los rasgos de Chris, en su barbilla, sus ojos, su cuerpo... Sus rodillas se rozaron en un movimiento involuntario y el deseo estalló en ambos. Ella dejó que la oleada de calor la recorriera por completo y que cobrara intensidad en el centro de su pelvis, pero siguió callada. Estaba sorprendida de lo fácil que resultaba no hacer ni decir nada en compañía de Chris, compartiendo emociones muy intensas.

Sus manos se unieron y sus dedos se apretaron, aumentando la sensación de intimidad y sellando un acuerdo de deseo mutuo. De pronto, Lucy se sintió golpeada por un pensamiento pertinaz: amaba a ese hombre, ¿cómo iba a conseguir separarse de él para siempre?

Él volvió ligeramente la cabeza para mirarla a los ojos y ella descubrió que el dolor de la próxima despedida también estaba impreso en su mirada. Chris se arrodilló frente a ella y la ayudó a

quitarse la sudada camiseta de algodón rosa para acariciar sus pechos. Lucy estuvo tentada de cerrar los ojos y abandonarse al placer, pero no quería apartar la mirada de ese hombre que, en una vida anterior, debía de haber sido un delfín, pero que en esos momentos era el ser más atractivo del sexo opuesto que ella se había encontrado en toda su vida.

Él acarició su vientre y desabotonó sus pantalones cortos, y ella se levantó y con un gesto experto y natural se quedó desnuda frente a él, como una diosa nacida de las aguas.

Chris pasó los dedos por la sensible piel de sus muslos y Lucy se desperezó del todo, sintiéndose alerta y necesitada de amor. Aquella era su última noche, antes de que ella hiciera el equipaje a la mañana siguiente para partir, y quería saborear cada instante de ese ardor tan urgente. Era posible que su relación con Chris no hubiera sido muy larga, pero, desde luego, no se trataba de una simple aventura. Ella lo amaba y lo recordaría siempre.

Las manos de él ascendieron por sus muslos hasta tocar y acariciar su lugar más oculto y femenino. Lucy gimió y empezó a jadear entrecortadamente, mientras él continuaba sus caricias hasta casi dejarla sin aliento.

Ella se agarró a los rizos dorados de Chris, que continuaba agachado, colocando su oquedad femenina contra la ansiosa boca de él, mientras se estremecía en oleadas de placer. Él se incorporó y la besó tan salvajemente como ella a él. Lucy sabía, por costumbre, que él siempre era el primero en dar placer, pero ella quería devolverle inmediatamente el favor y dejó que su lengua jugara con la de él, mientras sus manos agarraban el miembro viril que presionaba su vientre y lo acariciaban con suavidad hasta que ella oyó cómo él emitía un ronco y prolongado sollozo de placer.

Una vez satisfechas sus necesidades más imperiosas, se tumbaron sobre la hamaca para seguir haciendo el amor durante toda la noche. Él se introdujo en ella con desenvoltura, poseyéndola con entrega, y la embistió con suaves empujones, al tiempo que dedicaba unos instantes a succionar sus pezones y rodear con la lengua la curva de sus pechos. Ella clavó los dedos en su espalda y abrazó su cuerpo con las piernas, logrando un contacto tan perfecto que cuando la turbulencia del placer la inundó, superó en varios grados el éxtasis anterior, llevándola hasta regiones desconocidas de

dicha. Él la estrechaba con tanta fuerza que parecía que nunca iba a dejarla marchar y, con un último movimiento de vaivén, descargo su simiente en ella.

Cuando ambos se apaciguaron, mantuvieron con un abrazo el silencio que los unía más que las palabras, bajo la delicada luz plateada de la luna. Ella se sentía contenta y a salvo entre sus brazos, arrullada por el leve balanceo de la hamaca que coincidía con el ritmo de las olas. Deseó poder pasar toda la noche despierta, pero el cansancio del día la fue adormeciendo con un solo pensamiento en su mente: «¿Qué ha hecho este hombre conmigo?». Fuera lo que fuera, estaba claro que el daño era irreparable.

Lucy se despertó pensando que había soñado con Liberty, pero Chris estaba de pie al borde del embarcadero y ella se acercó. Allí estaba Liberty, no había sido un sueño. Su compañera no andaba muy lejos, a la espera de que él volviera para reunirse con ella. Chris se zambulló en el mar y llegó hasta Liberty para comprobar cómo habían evolucionado sus magulladuras. Liberty parecía muy contento y la cicatrización seguía su curso.

–Hola, Liberty –dijo Lucy–, no sabes lo feliz que me siento de volverte a ver.

–Está perfectamente –anunció Chris desde el agua–. Aunque su compañera parece algo inquieta: tenemos que dejar que se marche. Liberty, muchas gracias por venir a contarnos que te encuentras bien, pero ahora debes reunirte con tu grupo, adiós –añadió con una amplia sonrisa, antes de trepar por la escalerilla del embarcadero.

Liberty estuvo varios minutos al lado del embarcadero, esperando recibir la atención de Chris y Lucy, pero cuando ella fue a decirle algo, Chris la atrapó con los brazos y puso un dedo sobre su boca. Mantuvieron la distancia y el silencio, mientras Lucy lloraba, hasta que Liberty decidió alejarse con su compañera.

–No quiero que vuelva cuando nos hayamos ido –explicó Chris–. Si se acerca a la costa y la gente empieza a darle de comer, todo nuestro trabajo habrá sido en vano.

–Lo sé, pero parecía tan necesitado de jugar con nosotros… que resultaba difícil no hacerle ningún caso.

–Es por su propio bien. Recuerdas la teoría de que es mejor

separarse para siempre, ¿no?

–Claro. Y eso es lo que vas a hacer conmigo también, ¿verdad? No vas a responder a mis cartas ni a mis llamadas. ¿O sí?

–O todo o nada, Lucy, recuérdalo.

–Pero nunca me lo has pedido todo –se quejó ella.

–No lo he hecho porque esa mujer urbana que llevas dentro, la que ama los buenos restaurantes y las joyas, jamás será capaz de ser feliz conmigo –contestó él con el rostro ensombrecido–. Cuando trabajo con los delfines, sé que un día se marcharán para siempre. Pero si tú decides abandonar tu vida en Minnesota para quedarte conmigo, pensaré que te unes a mí y a mis delfines hasta que la muerte nos separe. Si te marchas, solo tardaré diez minutos en olvidarte, porque volveré a concentrarme en mi trabajo.

Ella se sintió frustrada y quiso golpearlo, pero no tenía nada de qué quejarse. Él acababa de demostrar que sí había pensado en ella como pareja permanente, aunque no estaba dispuesto a cambiar de vida por su causa. Si alguien tenía que hacer un esfuerzo para salvar la relación, esa era ella.

Se ducharon y vistieron y Lucy hizo el equipaje, para irse a almorzar a la ciudad antes de tomar el avión, pero se encontró incapaz de probar bocado una vez tuvo su ensalada de arroz con gambas delante.

–Come –ordenó Chris.

–¿Pretendes tratarme como a tus delfines? –preguntó ella con suspicacia.

–¿Vas a lanzarme una pelota de plástico? –repuso él. Lucy sonrió forzadamente–. Esta tarde voy a salir a dar una vuelta en helicóptero para vigilar a Liberty.

–¿Qué pretendes, animarme o hundirme aún más en la miseria?

–Solo pretendía charlar –contestó él encogiéndose de hombros.

–No quiero saber nada de tus planes, a no ser que vayas a llamarme o a escribirme para que sigamos en contacto –él no respondió y ella sabía por qué: «o todo o nada». «Pídemelo todo», gritó su mente en silencio, a pesar de que sentía pavor al pensar que su respuesta significaría abandonar para siempre una vida de lujo y opulencia–. Quiero marcharme ya –dijo al fin, resueltamente.

–Pero aún faltan dos horas para la salida de tu vuelo.

–Quiero llegar al aeropuerto para poder concentrarme en mi vuelta a casa.

Tomaron un taxi hasta el aeropuerto y ella entregó su equipaje a la azafata de tierra.

–Prefiero que no esperes hasta la salida del vuelo –rogó Lucy.

–¿Estás segura? –preguntó Chris alzando las cejas.

–Claro –se forzó a decir–. Ya sabes: o todo o nada. Si me despido ahora, es para siempre –dijo levantando la mirada con el rostro congestionado por el llanto que pugnaba por derramarse.

–Espera un momento –dijo él tendiéndole una tarjeta de visita–, aquí puedes intentar encontrarme siempre que quieras –dijo con una sonrisa–. Adiós, señorita Lucy –añadió abrazándola y lamiendo sus lágrimas antes de darle un tierno beso de despedida.

–Adiós –contestó Lucy haciendo un gran esfuerzo para mantener el control, mientras se daba la vuelta para pasar la aduana.

Sentada en la sala de espera con el corazón maltrecho, pensó que esa vez se marchaba para siempre, pero guardó cuidadosamente la tarjeta de visita en el bolso.

Capítulo Diecisiete

De vuelta en su mundo, Lucy se sentía como un delfín cautivo, encerrada en una oficina totalmente acristalada que parecía un acuario. Miró por la ventana y solo vio decenas de modernos edificios acristalados como el suyo. Desde que había llegado, la gente la trataba de forma diferente, como si padeciera algún tipo de enfermedad terminal. Hacía ya tres semanas que había llegado y no había hecho ningún tipo de vida social.

Sacó por enésima vez la tarjeta de Chris y con solo tocarla volvió a sentirse en calma. Por las noches solía echar un vistazo a los mapas oceanográficos de su padre, señalando puntos de interés. ¿Sería emocionante visitar todos esos lugares? ¿Llevaba la sangre aventurera de su padre en las venas? En el fondo sabía que siempre había soñado con compartir las aventuras imaginarias de su padre, pero su férrea educación orientada a la estabilidad económica y al éxito social había sido tan estricta que nunca había pensado en ello seriamente. Sin embargo, Chris había aparecido para enseñarle las ventajas de una vida modesta, aunque llena de aventuras y satisfacciones.

Se apresuró a eliminar tales pensamientos de su mente, para concentrarse en un anuncio de ropa interior masculina para la televisión, pero al cabo de unos instantes, abandonó la ropa interior y se puso a buscar imágenes de delfines en Internet.

Al finalizar la tarde, había preparado una tarjeta de visita para la Asociación de Delfines Libres con un logotipo de tres defines saltando sobre las olas en una esquina. Además, había seleccionado las fotos y escrito el texto para un folleto publicitario y había redactado una carta de agradecimiento y solicitud de nueva financiación para los miembros de la asociación; toda una campaña publicitaria al servicio de los fines altruistas de Chris Maddox. Una vez finalizado el trabajo, se sintió satisfecha por primera vez en mucho tiempo, pero se dio cuenta de que había perdido completamente la cabeza.

–Lucy, ¿qué demonios estás haciendo? –exclamó Tom al irrumpir, como siempre en su despacho sin anunciarse y viendo el despliegue de material sobre la campaña de liberación de delfines que Lucy había sacado por la impresora–. Lucy –dijo con tono serio–, tenemos que hablar.

–Te escucho –contestó ella con calma.

–La gente murmura, tú te paseas por la oficina como si fueras un fantasma, no has conseguido atraer a ningún cliente nuevo desde que llegaste, y todo esto que tienes sobre la mesa es solo basura, estás trabajando para un cliente que no existe. Incluso tu madre está preocupada por ti.

–¿Has hablado con mi madre?

–Pensé que quizá podría arrojar luz sobre el asunto, pero está tan perpleja como yo, ya no eres la misma.

–¿Y quién se supone que soy?

–Lucy, necesitas la ayuda de un psiquiatra –dijo él con suavidad, para no asustarla–. Es posible que el divorcio te haya afectado más que a otras personas. Sea como sea, me siento responsable de ti y quiero que vuelvas a ser la de antes.

–¿Quieres saber lo qué me pasa?

–Sí, claro.

–No sé quién soy, no me reconozco, ni siquiera me acuerdo de cómo era antes.

–¿Te sientes abducida por extraterrestres? ¿Poseída?

–Mas bien poseída.

–Por el hombre de los delfines, ¿no? Lucy, eso fue solo una aventura. Somos amigos, si necesitas compañía, yo estaría dispuesto a colaborar.

Lucy contuvo una risotada.

–¿Piensas que he perdido el norte por insatisfacción sexual?

–No lo sé.

–Olvídalo.

–¿Crees estar enamorada de ese hombre o algo así?

–Sí –contestó ella con la desagradable impresión de estar comportándose como una ilusa–. Pero sé que nuestra relación jamás prosperaría porque estamos acostumbrados a vivir de formas muy diferentes. Sin embargo, me paso la mitad del día preguntándome para qué necesito tanto dinero. ¿Estoy realmente tan satisfecha con

mi apartamento de lujo, mi BMW de último modelo, mis trajes de diseño y mis joyas? ¿Estás tú satisfecho con todo eso?

–Sí, sí lo estoy.

–Es la gran mentira capitalista, ya sabes. Si prescindes de todo lo que posees, ¿qué queda de ti como persona?

–Hum, yo... te estás volviendo loca, Lucy.

–Yo tampoco fui capaz de contestar a esa pregunta hace un mes y medio y... ¿sabes lo que sentí? Sentí miedo. Ahora sé que la parte más sincera de mi corazón está en las Bahamas, con Chris Maddox y con Liberty y... ¿sabes por qué no lo abandono todo para volver con él? Porque tengo miedo de que la gente que me conoce en Minnesota piense que estoy completamente loca. No lo estoy, me encuentro mejor que nunca.

»Además ya no siento la presión del éxito, he olvidado por completo el pánico que sentía antes al pensar en la posibilidad de quedarme en la ruina si nuestro negocio llegaba a fracasar, he comprendido que la satisfacción no depende del dinero, sino del placer que se siente al trabajar para conseguir que el mundo sea más habitable.

–Todo eso que me estás contando suena horrible –se quejó Tom, estupefacto.

–Para ti lo es porque no conoces otro mundo, pero yo llevo toda la vida soñando con el temperamento aventurero de mi padre. La publicista de éxito que creía ser ya no existe. Deseo reunirme con Chris. A pesar de que a la gente le parezca una idea disparatada, con él he conocido lo que significa la palabra «felicidad» –dijo de un tirón, sintiendo cómo la verdad se adueñaba de sus pensamientos y de su cuerpo.

–No sabía que te sintieras así –comentó Tom cautamente–. Entonces... ¿ese hombre está dispuesto a casarse contigo y llevarte con él a salvar delfines?

–No lo sé.

–¿Estás dispuesta a dejarlo todo por él y ni siquiera sabes si va a aceptarte? –preguntó Tom, incrédulo.

Lucy se sonrojó y su ritmo cardiaco se aceleró, mientras alguien llamaba a la puerta.

–¿Se puede? –preguntó la secretaria–. Ha llegado un paquete para ti, de Cayo Largo.

–Gracias, Eddie.

–De tu hombre, supongo –aventuró Tom. Lucy deshizo el envoltorio con nerviosismo y sonrió al ver las fotos que Ima había tomado de ella y de Liberty en la playa. Tom se asomó para curiosear–. Dios mío, estás... preciosa.

–Tengo hoyuelos, ¿lo sabías? Cuando sonrío feliz, tengo hoyuelos en las mejillas.

–No me había dado cuenta –repuso Tom.

–Yo tampoco lo sabía hasta que me encontré con Chris –explicó ella sacando la carta que contenía el paquete.

Querida Lucy:

Ima me ha enviado estas fotos y yo he hecho copias para que tú también puedas disfrutarlas. Como verás, no hay ninguna duda de que tienes hoyuelos en las mejillas. Estoy en mi casa desde hace un par de días, pero parece que pronto tendré que viajar a Hawaii para tramitar la liberación de un par de delfines que viven en el acuario de un hotel. Por lo visto, Liberty se encuentra perfectamente, pero este fin de semana volveré a Nassau y alquilaré un helicóptero para comprobarlo personalmente. Le daré recuerdos tuyos.

Te echo de menos.

Chris.

Lucy tomo una bocanada de aire y apretó la carta contra su corazón. ¡Había escrito! La echaba de menos y quería mantener el contacto.

–Me voy –dijo tomando el bolso–. Hoy no voy a trabajar más, necesito poner en orden mis pensamientos –le explicó a Tom.

–Como si pudieras presumir de haber trabajado mucho últimamente –se quejó Tom, aunque ella hizo caso omiso.

Lucy abandonó el edificio y se sentó en el banco de un parque. Releyó la carta de Chris, buscando un indicio que aclarase si él deseaba volver a verla o no, estar junto a ella para siempre o no. La echaba de menos, eso estaba claro, pero no le había propuesto reunirse con ella en Nassau. Él pensaba que ella pertenecía al mundo del dinero y el lujo, pero quizá se equivocaba. Miró hacia el edifico que albergaba su oficina y se preguntó: «Si abandono mi puesto de trabajo hoy mismo, ¿me arrepentiré?». Volvió a mirar las fotografías y supo que jamás se

arrepentiría. Se acercó a un puesto de perritos calientes y tomó prestada una servilleta.

Chris:

Gracias por las fotografías, han llegado justo a tiempo, porque estaba a punto de olvidarme de esa mujer con hoyuelos en las mejillas. En estos momentos me encuentro algo confusa, quizá tan desorientada como Liberty debía de sentirse en la piscina del zoo cuando acababan de capturarlo. No logro librarme del dolor que supuso nuestra última separación y me pregunto una y otra vez: ¿seríamos capaces de compartir una vida en común? Ya sé que te gusta trabajar a solas, pero... yo podría asociarme contigo para dedicarme a las relaciones públicas de tu proyecto de vida en defensa del medio ambiente. Lo único que sé es que pienso en ti constantemente y que sería feliz de volver a verte. Ya no me interesa nada de lo que antes me parecía importante, si lo comparo con la felicidad de estar a tu lado y ayudarte a liberar a los delfines cautivos. Te equivocaste al pensar que mi experiencia contigo no conseguiría cambiar mi vida, también te equivocaste al pensar que podría ser feliz de nuevo en Minnesota. Es probable que creas que soy una cobarde al escribirte, en vez de llamar por teléfono o aparecer, y tendrías razón. Me siento tan sola que no podría soportar que me rechazaras en persona. Si no quieres que me inmiscuya en tu vida, por favor, escríbeme para que yo lo sepa. En cierta ocasión me dijiste:«o todo o nada», pero nunca me lo pediste todo. Eso es lo que me gustaría que hicieras: pedírmelo todo, ya sabes, una de esas relaciones para toda la vida.

Por favor, no tardes en contestarme.

Con amor,

Lucy.

Volvió a la oficina y metió la servilleta en un sobre, junto al programa publicitario sobre el salvamento de delfines que había estado preparando durante la mañana, y lo puso en el correo con un beso.

El viernes a mediodía, Lucy decidió que debía de haber una huelga de correos o algo así, que justificara no haber recibido

todavía noticias de Chris.

–¿Nos vamos a almorzar? –preguntó Vicki–. Me muero de hambre.

Eddie golpeó la puerta antes de entrar.

–Lucy, tienes una visita.

La puerta se abrió del todo y a Lucy le flaquearon las piernas al ver a Chris. Él vestía como de costumbre y parecía estar completamente fuera de lugar, como si fuera un antiguo dios indígena.

–Chris –dijo Lucy con un suspiro–. ¿Eres realmente tú o estoy alucinando?

–Me temo que soy yo –contestó él con una sonrisa.

Vicki contuvo el aliento mientras estrechaba la mano que él le tendía.

–Yo soy Vicki –dijo–, es un placer conocerte. Lucy me ha hablado de ti... sin parar –añadió mirando a su amiga con aprobación–. Supongo que tendremos que posponer nuestro almuerzo, Lucy. Pasadlo bien, chicos –añadió mientras se dirigía hacia la puerta, salía y la cerraba tras de sí.

Lucy se puso de pie con un ligero tambaleo, pero él se acercó con determinación y la estrechó entre sus brazos. Ella sintió cómo su cuerpo se derretía e inhaló el suave olor fresco y salado que él emanaba. Su mente se pobló con las escenas que habían compartido: el brillante azul del mar, la luz de la luna, sus cuerpos desnudos bajo la ducha...

–Qué maravilla volver a verte –exclamó él por fin.

–Chris... –empezó ella anonadada–, estás aquí. ¿Recibiste mi carta?

–¿Carta?

–Sí, te envié una carta.

–No me ha llegado. Salí con dirección a Hawaii, después de mandarte las fotografías. Las recibiste, ¿no?

–Sí, claro. Entonces... ¿no has leído mi carta?

–No, lo siento, pero puedes contármelo todo en persona.

–¿A qué has venido?

–No podía dejar de pensar en ti y decidí venir a verte. Te amo, Lucy, no puedo vivir sin ti. No puedo ofrecerte una vida de lujo y abundancia, pero puedo ofrecerte mi amor, mi aventura y mis viajes

y, además, bajo nuevas reglas: nuestra relación es lo más importante para mí. Los delfines ocupan ahora un segundo lugar, aunque forman parte del trato. ¿Por qué lloras?

Ella se echó en sus brazos.

–Son las lágrimas de sufrimiento que no he dejado correr desde que salí de Nassau. Ahora se han convertido en lágrimas de felicidad por estar contigo.

–¿Hacemos un trato, pues?

–¿Me estás pidiendo que me case contigo?

–Ya me conoces, Lucy, o todo o nada.

–La respuesta es «sí, mil veces sí» –exclamó Lucy, convulsionada por el llanto.

–Me parece demasiado fácil –bromeó Chris–, pensaba que iba a tardar horas, o incluso días, en convencerte.

–Lo comprenderás mejor cuando leas la carta.

–¿Estás segura? –preguntó él después de besarla–. Quiero decir que esta oficina es bonita, seguramente tu apartamento también lo sea...

–No es una decisión repentina –explicó Lucy–. No pienso en otra cosa desde que volví de las Bahamas. Lo único que me importa es ser feliz, y para ello necesito estar contigo.

–Bien, señorita Lucy, estamos de acuerdo, pues. ¿Te gustaría pasar en fin de semana en Nassau a ver si encontramos a Liberty?

–Contigo iría a cualquier parte.

–¿Qué te parece que nos casemos allí mañana mismo? Al fin y al cabo, esa isla tiene un valor sentimental para nosotros.

–Sin duda. Oh, Chris, jamás pensé que pudiera ser tan feliz. Le venderé a Tom mi participación en la agencia y me convertiré en la relaciones públicas de la Asociación de Delfines Libres. Eso es lo que necesito para sentirme libre y disfrutar de la vida.

Epílogo

Un año más tarde....

–¿Qué opinas? –preguntó Lucy entregando a Chris la carta que acababa de redactar para el gobierno de Antigua.

Él se acercó y rodeó con un brazo a su esposa para leer la carta.

–Perfecto –dijo–, tendrán que retractarse y dejar entrar a Matt en el país para supervisar el estado de los delfines cautivos.

Matt Adamson era el nuevo socio de la Asociación de Delfines Libres. Además, contaban con la ayuda de una secretaria y habían abierto una oficina en Keys.

–Escucha, Chris, tengo algo que decirte. Me temo que no podré ir contigo y con Matt a Curaçao el próximo otoño. Estoy... embarazada.

–¿Embarazada?

Aún no habían hablado sobre la posibilidad de tener hijos y Chris parecía genuinamente sorprendido.

–Durante los últimos meses no podré trabajar al cien por cien –prosiguió ella con entereza–, pero prometo tener todo el trabajo administrativo al día –añadió escrutando su rostro con cautela.

–¡Vamos a tener un hijo! –exclamó él besándola y levantándola del suelo con un abrazo–. ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Cuándo está previsto el parto? ¿Es niño o niña? ¿Qué nombre le pondremos? ¿Quieres tener más? ¿Cuántos? –Lucy rio de satisfacción y dio gracias al Cielo por haber encontrado al mejor hombre del mundo y estar en sus brazos... para siempre–. Tendremos que cambiar los términos de nuestro matrimonio. Desde ahora mismo los hijos ocuparán el primer lugar en nuestras prioridades, después nosotros y detrás, los delfines. ¿Te parece un buen plan?